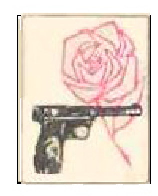


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El último tentáculo, vol. 1 y 2

Desde siempre ha estado claro que la señorita Montfort es un incordio para aquellas personas que ya están practicando el mal o que tienen proyectos criminales. Estas personas, evidentemente, son malvadas, es decir, la clase de ser que según Brigitte Baby Montfort están de más en el mundo. ¿Y qué se hace con lo que está de más? Pues, sencillamente, se le elimina de un modo definitivo.

Mas no siempre se consigue esa eliminación definitiva. A veces quedan… «residuos» de maldad que pueden llegar a ser más malvados que la maldad misma.



Lou Carrigan

El último tentáculo, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 57

Brigitte en acción - 58

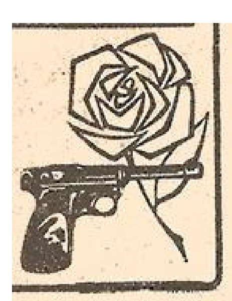
ePub r1.0

Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Cada vez que aquella magnífica representación del sexo femenino entraba o salía del Cristal Building, el portero se derretía de gusto abriendo y cerrando puertas a su paso. Normalmente se dedicaba a leer el periódico, novelas de espionaje y *westerns*, o a charlar por teléfono con algún amigo… Pero cuando ella entraba, todo lo demás perdía absolutamente la poca o mucha importancia que pudiera tener. Algunos de los inquilinos pasaban inadvertidos, o merecían apenas una mirada y un saludo más o menos amable, sonriente quizás. Pero ella…

—¡Buenas noches, señorita Montfort!

Y abría las puertas como si detrás de la reina del espionaje llegase su numerosa corte de servidores. La de la calle, la del vestíbulo, la del ascensor… Todo. Y siempre con una sonrisa de oreja a oreja, brillantes los ojos de simpatía y afecto. ¿Qué importaba que él tuviese sesenta años y la señorita Montfort estuviera en la edad primaveral? Precisamente, cuando uno empieza a ser viejo es cuando sabe apreciar la juventud en todo su valor…

—Buenas noches. Pete. ¿Cómo ha ido el día de hoy?

—Como siempre… Psé. ¿Y usted? ¿Lo ha pasado bien, señorita?

—Como siempre. Psé… —sonrió Brigitte—. Ya sabes, hay que trabajar.

—Lo cual, con su permiso, es un asco.

—Con mi permiso y sin mi permiso es un asco —rió Brigitte—. ¿Tengo correspondencia?

—Hoy no. Pero cualquier día me dedicaré a escribirle cartas de amor, y así tendrá siempre algo para leer. Algo divertido, claro.

Brigitte dio un pellizquito en una mejilla del portero.

—Eres un granujilla. Pete.

—Ojalá… —suspiró el hombre—. ¿Puedo servirla en algo?

—No, no… Eres muy amable. Hoy voy a acostarme pronto. Estoy cansada.

—¿Lo ve? Es un asco.

—Por completo. Buenas noches, Pete.

—Usted las tenga mejores.

El portero cerró las puertas del ascensor y pulsó el botón del piso veintisiete. También se daba el caso de que desconocía los pisos de algunos de los adinerados inquilinos del edificio. Pero ni una sola vez había tenido la menor vacilación respecto al de Baby Montfort.

El ascensor era ultrarrápido, igual que los otros dos. El montacargas de servicio, situado en un vestíbulo aparte, era más lento. Pero los tres del vestíbulo principal eran capaces de recorrer todo el edificio en menos de diez segundos.

Y en menos de ese tiempo, el utilizado por Brigitte se detenía en el piso veintisiete, donde tenía su lujoso apartamento desde el cual se veía la Quinta Avenida y Central Park.

Puso la llave en la cerradura, entró y cerró tras ella.

—Peggy —llamó.

Pero su bonita y fiel doncella no contestó. Tampoco acudió, como era habitual, el fiel Cicero, el diminuto perrillo chihuahua que casi parecía un ratoncito. Todavía un poco distraída, Brigitte cruzó el vestíbulo, hacia el *living*, quitándose los guantes, taconeando con aquella gracia exclusiva para ella en todo el mundo.

—¿Cicero? —llamó, ahora.

Dejó los guantes sobre una de las mesitas de centro, abrió la caja de cigarrillos y enseguida llenó el aire la Rapsodia Húngara número 2, de Listz. Estaba encendiendo el cigarrillo cuando frunció el ceño, ahora ya sorprendida por aquel silencio.

—¿No hay nadie en casa? —insistió.

Estaba dejando el encendedor, y a punto de cerrar la caja musical de cigarrillos, cuando apareció el hombre, en el hueco del corto y amplio pasillo que llevaba al dormitorio. Un hombre alto, de hombros anchos, mirada dura, facciones ásperas. Se apoyó en la pared, pero su imponente pistola, provista de un largo tubo silenciador no se apartó ni una décima de pulgada de la dirección que marcaba el camino hacia el corazón de Brigitte.

Se quedó mirándola, en silencio, expectante. Había un cierto

destello de interés, de curiosidad, en sus ojos fríos y claros.

—¿Quién es usted? —preguntó serenamente la espía.

El hombre encogió el hombro que no se apoyaba en la pared y, a su vez, preguntó:

—¿Es usted Brigitte Montfort?

—Sí.

—¿La agente Baby, de la CIA?

Brigitte volvió a fruncir el ceño. Pero enseguida comprendió que aquel hombre sabía muy bien cuál era la verdad. De modo que cerró la cajita de música y dio una fumada al cigarrillo, asintiendo con la cabeza.

—Yo soy Baby, de la CIA, en efecto.

El hombre pareció decepcionado.

—Esperaba otra cosa —admitió.

—¿Otra cosa?

—Una mujer diferente.

—Oh… ¿Quizás una señora de seis pies de estatura, bigote y muchos músculos, cara avinagrada…?

El hombre casi sonrió.

—Me llamo Ralph —dijo—. Lo lamento, pero tengo orden de matarla.

—¿Por qué?

—Ni idea. ¿La he asustado?

—Ni una pizca, señor Ralph. ¿Tampoco puedo saber quién le envía a cometer tan desagradable acción?

—Lo siento. No puedo decirlo. ¿Será tan amable de venir hacia su dormitorio?

—Desde luego. Tengo por costumbre cambiarme siempre que llego de la calle. Me gusta estar cómoda.

El hombre se apartó un poco, pero siempre apuntando a Brigitte. La dejó pasar y fue tras ella hacia el dormitorio.

Había otro hombre allí, también pistola en mano y con un maletín junto a los pies. La miró, frunció el ceño, al parecer también sorprendido, y cambió una rápida mirada con el llamado Ralph.

—Es ella, Morton —explicó Ralph.

Brigitte estaba mirando a Peggy y a Cicero. Los dos estaban en las mismas condiciones: atados y amordazados, tendidos en su

cama. Peggy tenía los ojos muy abiertos, terriblemente asustados. Estaba sofocada por la mordaza y no cabía duda de que había sido atada de tal modo que jamás conseguiría soltarse. Con todo, el espectáculo más lastimoso lo ofrecía el chihuahua, el diminuto Cicero, sólidamente atadas sus cuatro patitas y con un pañuelo cerrando su alargado morrito…

—Tenga la bondad de desvestirse, señorita Montfort. Brigitte miró fríamente a Ralph.

—¿Desvestirme?

—Exactamente. Le aseguro que no es un placer personal… Son órdenes, simplemente.

—¿De quién?

—No insista. No sabrá nada. Simplemente, desvístase.

Brigitte miró a Morton, cuya fijeza de mirada podía producir escalofríos a quien no estuviese acostumbrado a jugarse la vida un montón de veces al año, tal cual era el caso de la agente Baby…

Luego se quedó mirando a Ralph.

—Está bien… ¿Debo desnudarme completamente, o bastará que me quite el vestido?

—Bastará que se quite el vestido. Pero muy despacio. En realidad, sólo queremos saber si lleva armas… o alguna otra cosa peligrosa encima.

—No llevo nada.

—Ya lo veremos. Por favor, desnúdese… Es decir, quítese el vestido. Le aseguro que no nos estamos divirtiendo. Por nuestro gusto, acabaríamos enseguida, de unos cuantos balazos. Pero…

Brigitte se quitó el vestido. Y tuvo que hacer lo mismo con la combinación a una seña de Ralph, que pareció satisfecho cuando, al quedar la espía en sujetadores y braguitas, fue evidente que no ocultaba arma alguna bajo las ropas.

—¿También debo quitarme los zapatos? —preguntó indiferente —. ¿O se considera que así estoy bien?

—Tenemos orden de que reciba directamente el castigo, sin protección de ropas. Así ya está bien.

—¿Qué castigo…?

—Colóquese de cara a nosotros en esa pared. Y ponga las manos detrás de la nuca.

Brigitte obedeció. Al alzar las manos, los senos subieron

impetuosamente, erguidos, ocultos bajo los finos sujetadores. Ralph tragó saliva y miró un instante a Morton.

—Móntalo ya —dijo roncamente.

Morton se acuclilló, abrió el maletín y sacó una caja metálica. Luego, un tubo que parecía de una aspiradora. Lo enroscó en el correspondiente orificio de la caja metálica, se aseguró de que quedaba bien fijado, y levantó el aparato con la mano derecha. Con la izquierda movió un dial, y al instante una llama de tres pies de largo salió del tubo, roja y morada… Un lanzallamas.

Brigitte palideció intensamente y se quedó mirando aquella lengua de fuego unos segundos. Luego miró a Peggy y a Cicero. El perrillo parecía a punto de asfixiarse, y Peggy había abierto mucho más los ojos, y estaba tan pálida como un cadáver.

—Un poco más a la izquierda, señorita Montfort, por favor.

—¿Hacia mi izquierda o hacia la suya? —Tembló la voz de Baby.

—Hacia mi izquierda. Hacia el armario.

La espía obedeció, sin bajar las manos. Quedó a unos tres pies del armario, en aquel trozo de pared que no tenía adornos. Tuvo que esforzarse al máximo para no mirar hacia su derecha, esto es, hacia el armario. El armario de una espía.

Morton miró a Ralph, que asintió con la cabeza, señalando a Brigitte. Morton se adelantó hacia ella, con la rugiente llamarada por delante. Todavía casi a tres yardas, Brigitte notó ya el tenue calor que llegaba a su cuerpo.

—Esperen… —pidió roncamente—. ¿Van a matarme así?

—Son las órdenes.

—Yo puedo… puedo darles otras órdenes. ¿Cuánto les han pagado?

—Una buena cantidad. Pero está perdiendo el tiempo si piensa doblarla o decuplicarla, señorita Montfort. Lo lamento. Y no insista, se lo suplico. Un momento, Morton… —Sacó una pequeña cámara tomavistas y la accionó, de modo que empezó a tomar la película de todo lo que iba a suceder allí—. Cuando quieras.

Enfocó a Brigitte, empezando a filmarla, por simple orientación de la máquina, sin recurrir a visor de ninguna clase. Era obvio que el objetivo cubría sobradamente la zona que a Ralph le interesaba filmar: esto es, Brigitte Montfort siendo abrasada por el lanzallamas.

La espía esperó todavía a que Morton estuviese a dos yardas, ya notando un considerable calor.

—Entonces, saltó hacia el armario empotrado, dio un puntapié a la base y las luces del apartamento se apagaron inmediatamente. Al mismo tiempo, su mano derecha asía frenéticamente el pomo y tiraba de él hacia abajo. A la luz del lanzallamas, la hoja de acero sujeta al pomo brilló intensamente…, sobre todo porque la llama se acercó a ella en el acto. Se oyó un chisporroteo, y algunos de sus cabellos se chamuscaron, con breve y fugaz llamita maloliente.

Pero la espía saltó hacia atrás, alejándose del armario, donde la punta de la lengua de fuego dejó marcado un clarísimo lengüetazo… Mientras, Brigitte se había dejado caer de espaldas y rodó hacia atrás enérgicamente, semejando su cuerpo una llama dorada y roja, velocísima. Dio la vuelta hacia atrás sobre su nuca, quedó de rodillas lejos del alcance de la llama, y su mano derecha se alzó por encima del hombro. Ralph lanzó una exclamación.

—¡No sea…!

Quiso disparar hacia Brigitte, comprendiendo que ella no pensaba hacer caso a ninguna amenaza, Pero Baby había ya lanzado hacia delante su mano derecha, con fuerza. El cuchillo camuflado en el pomo del armario rasgó el aire, con fino sonido. Se oyó el apagado «plop» del disparo efectuado por Ralph, pero la bala dio en el techo.

En cambio, el cuchillo lanzado por Brigitte se hundió en su garganta hasta el pomo, con sordo choque de acero y carne… Y todavía estaba Ralph en pie, muriendo a toda velocidad, cuando Baby tuvo que saltar hacia un lado, para esquivar la llama que dirigía hacia ella el llamado Morton.

Notó el ardiente lengüetazo en la espalda, a pesar de que la llama pasó a más de cuatro pies, debido a sus veloces movimientos. Chocó contra un escabel forrado de raso azul, en el cual dormitaba a veces Cicero, y sus manitas se aferraron a él con desesperación. De nuevo se puso de rodillas, alzando el escabel. Y no era su intención usarlo para sentarse, ni mucho menos… Lo impulsó con todas sus fuerzas hacia Morton, que instintivamente alzó el lanzallamas. El escabel dio en el tubo, con fuerza, levantándolo de modo que su centro dio en la cara de Morton… Éste lanzó un alarido y, al mismo tiempo, el lanzallamas escapaba de sus manos.

Rebotó en el suelo, y la lengua de fuego quedó orientada hacia el lecho donde yacían sólidamente atados Peggy y el perrillo chihuahua.

Rugiendo de dolor, Morton quiso sacar entonces su pistola, dispuesto a terminar como fuese…

La elástica figura de Baby Montfort se le vino encima, como el silencioso y solapado ataque de una pantera. Las pequeñas y bellas manos de delicada apariencia se crisparon en la garganta de Morton mientras los dos rodaban por el suelo. Se oía el rugir del lanzallamas, a cuyo calor las ropas de la cama empezaban a tomar un tono marrón, que tendía hacia el rojo. En pocos segundos, sólo con el calor, las ropas empezarían a arder.

Y en el suelo, Baby, colocada encima de Morton, apretaba con sus deditos la gruesa garganta del hombre, frenéticamente, jadeando, moviendo sus rodillas de modo que impedía a la mano del hombre llegar a la pistola enfundada en la axila.

Y, mientras tanto, apretaba. Apretaba, apretaba… Apretaba tanto, que Morton comprendió que mientras él insistía en coger la pistola, aquella fiera le iba a estrangular, por muy pequeñas que fueran sus manos y muy delicados que fueran aquellos deditos, cuyas manicuradas uñas se estaban clavando fieramente en su garganta…

Decidió olvidar la pistola y usar de su fuerza, sin duda muy superior a la de Baby. Sin duda.

Se la quitó de encima de un brutal manotazo en un lado de la cabeza, tirándola rodando hacia la cama. Enseguida se puso en pie, tambaleante, tosiendo, notando en la garganta los hilillos de sangre que brotaban de los profundos ojales abiertos por las uñas femeninas. Quiso sacar la pistola una vez más, pero volvió a gritar cuando la lengua de fuego apareció ante sus ojos. Borrosamente y sólo por un instante vio tras la llama la figura de Baby Montfort, adelantando hacia él con el lanzallamas que había recogido del suelo…

Pero ya una llamita iba creciendo en el lecho, ascendiendo… Morton alzó ambas manos para proteger el rostro, olvidando de nuevo su pistola. La llama llegó a sus brazos, chamuscó sus cabellos, la ropa, y los arañazos del cuello parecieron convertirse en brasas… Con un chillido de dolor y miedo, Morton se tiró de cabeza contra

la espía y el lanzallamas. El encontronazo fue violentísimo. La espía salió disparada hacia un lado, y el lanzallamas hacia el lado opuesto, quedando su llama apuntando a Ralph, caído de lado, abiertos los ojos, que ya sólo expresaban muerte.

Todavía estaba Morton en el suelo, intentando apoyar sus abrasadas manos en el suelo, para levantarse, cuando la pantera cayó de nuevo sobre él, esta vez por la espalda. Las esbeltas piernas femeninas se cruzaron sobre el vientre de Morton, en una dura y firme presa. El brazo derecho rodeó la garganta del hombre, y el izquierdo se cruzó ante él, efectuando una tracción hacia atrás súbita, dolorosa, asfixiante.

Morton quiso sacudirse de encima a la espía, pero ésta estaba como soldada a él, igual que un desbravador a lomos de un caballo sin domar. El hombre pudo ponerse en pie, pero siempre llevando sobre su espalda a la espía, cuyos brazos no dejaban de apretar, en un tenaz deseo de conseguir la estrangulación. Se lanzó de lado contra la pared, machacando allí la pierna derecha de Brigitte, mientras con sus manos intentaba arrancar los bracitos que rodeaban su cuello. Pero la espía resistió aquel golpe en la pierna y continuó apretando. Morton se volvió de espaldas a la pared y se tiró contra ella, aplastando entre él y la pared el delicado cuerpo femenino… Pero los bracitos continuaron apretando, como si cada golpe les diese más fuerza.

Morton oía junto a su oído el jadeo fuerte y desacompasado de la mujer. De pronto, oyó un zumbido, que fue creciendo, creciendo, creciendo…

Ni siquiera se dio cuenta de que había caído de rodillas. Sus manos, ahora débilmente, intentaban deshacer aquel abrazo mortal, pero no podía…

¡No podía, no podía, no…!

Ya muy borroso, y como si estuviese en la cubierta de un barco metido de lleno en una tempestad, vio a Ralph, iluminado por la llama del lanzallamas, caído de lado. Su imagen se iba haciendo más y más borrosa, ennegreciéndose… Poco a poco, sólo fue quedando aquella lengua de fuego, visible para él. Primero había habido sombras extrañas en el dormitorio, yendo de un lado a otro, hacia el techo… Pero ya sólo quedaba aquel alargado resplandor, que se iba apagando, apagando, apagando… Y el jadeo contenido

de la fiera que tenía colgada a su espalda… Y el zumbido… Y la negrura total, que iba llegando…

Durante unos pocos segundos más, en el silencio sólo roto ahora por el rugir del lanzallamas, Baby estuvo apretando, hasta el final. Luego quedó jadeante, mirando como si no comprendiese las llamas que iban ascendiendo por las ropas de la cama, todavía notando sobre ella el peso del cadáver de Morton. Lo apartó, se puso en pie, tambaleándose, y dio un paso hacia la cama…

Vio a la mujer una décima de segundo antes de que ésta disparase. La vio a la roja luz del lanzallamas, en la puerta del dormitorio, con la pistola en la mano, apuntándola… Se dejó caer de rodillas y oyó el «plop» y el silbido de la bala sobre su cabeza Se tiró de lado, escondiéndose tras el corpulento Morton. Notó en la carne de éste los choques de dos balas, mientras le quitaba frenéticamente la pistola. Sacó solamente, la mano y disparó hacia la puerta del dormitorio, hacia la mujer menuda, delgada, pelirroja, que apenas había entrevisto. Oyó el chasquido de la madera del marco de la puerta al saltar en astillas, y el rápido taconeo, alejándose.

Se puso en pie, lista la pistola. Pareció dispuesta a perseguir a la mujer, pero las llamas estaban alcanzando ya proporciones alarmantes en el lecho. Justo cuando llegaba junto a ellas, oía el batir de la puerta del apartamento.

Cogió uno de los almohadones y sofocó las llamas rápidamente. Luego, se dejó caer en uno de los silloncitos, derrengada, temblando fuertemente por el esfuerzo nervioso y muscular, por el miedo que había pasado… En el centro del dormitorio, el lanzallamas seguía rugiendo, siempre iluminando el cadáver de Ralph, pero lo dejó durante medio minuto, recuperando el dominio de sí misma, el ritmo respiratorio, el equilibrio nervioso…

Por fin, se puso en pie, fue al armario, y con el único zapato que le quedaba puesto volvió a golpear en la base. Las luces se encendieron.

Fue al lanzallamas, lo apagó y regresó al armario. Cogió una bata, se la puso y fue a su cama.

Lo primero que hizo fue quitarle el pañuelo a Cicero, que gimió débilmente. Luego hizo lo mismo con Peggy, que empezó a llorar con todas sus fuerzas, convulsivamente, estremeciéndose como si

fuese a partirse en pedazos.

—Cálmate —susurró Brigitte—. Por favor, Peggy, cálmate…

Tras un vistazo a las cuerdas, comprendió que le costaría demasiado trabajo deshacer los nudos. Fue hacia Ralph, le quitó el cuchillo del cuello, lo limpió en las ropas quemadas de la cama y cortó las cuerdas de Peggy y de Cicero. Peggy continuaba llorando, ahora silenciosamente, pero intercalando profundos hipidos. El chihuahua gemía cada vez más fuertemente, hasta que, por fin, lanzó uno de sus estridentes ladridos. Y luego otro, y otro, y otro… Se estremecía, temblaba con mucha más fuerza que Peggy. Brigitte lo tomó en brazos, dio la vuelta a la cama y se sentó en el borde, en el lado donde no estaba quemada la ropa.

—Quédate aquí, Peggy. Tranquila. —Le dio un cachetito cariñoso en una mejilla—. No ha pasado nada.

Pero ella misma estaba muy pálida. Fue al bar del *living*, cogió dos vasos y una botella de *whisky* y regresó al dormitorio. Peggy estaba todavía tendida, fijos los ojos en el techo, con la cara llena de lágrimas.

—Creo que necesitamos un trago.

Siempre manteniendo a Cicero apretado contra ella con un brazo, sirvió dos buenas dosis de *whisky*, tras dejar los vasos sobre la mesita de noche. Tendió uno a Peggy.

—Vamos, vamos… Levántate y bebe. Eres la doncella de Baby, no una doncella cualquiera… ¿Okay? —sonrió.

Peggy se sentó en la cama, tomó el vaso con manos temblorosas y bebió un largo trago. Se oía el chocar de sus dientes contra el cristal. Brigitte también tenía el pulso un poco alterado, pero se dominaba muchísimo mejor que su doncella.

—Que-querían… querían…

—Sé lo que querían, Peggy. Pero ya ves que no lo han conseguido.

—Dios mío… Nunca la había visto a usted… así… Siempre había creído que… que eso de ser una espía era… era…

—¿Un juego divertido?

—No sé… Bueno, no tanto, pero… ¡Los ha matado a los dos, ha podido con ellos, ha…!

—No te excites. Es sólo cuestión de estar siempre bien entrenada… Y de tener en casa algunos pequeños trucos de

seguridad. Eso es obligado para un espía. ¿Estás más calmada?

—Sí, sí…

—Magnífico. Acaba el *whisky* y dedícate a arreglar esto para que no se note nada. Mañana compras un escabel nuevo. Y avisas a Pete para que vengan a cambiar el marco de aquella puerta… Y que arreglen lo de la pared, allí, donde se ha quemado… ¿Viste a la mujer?

—Sí… Pero no podía avisarla…

—Naturalmente, mujer, ya sé eso. ¿La conocías?

—No…

—¿Te fijaste bien en ella?

—Temo… temo que no, señorita…

—Está bien… Bueno, ya lo hice yo… ¿Ella entró con los dos hombres?

—No, no… Ellos llegaron solos, y llamaron. Yo fui…

—Primero arregla esto, mientras yo llamo a tío Charlie por la radio directa del armario. Luego, mientras lo esperamos, me contarás cómo fue todo. Pero, sobre todo, tranquilízate. El asunto del lanzallamas, ha terminado… por ahora.

Capítulo II

Charles Pitzer y el agente Simón, ambos radicados en servicio permanente de jefatura y enlace entre los agentes del sector de Nueva York y la sede central de la CIA en Washington, llegaron casi media hora más tarde, apresurados, tensos los rostros. La propia Brigitte abrió la puerta y los recibió con una sonrisa.

Si bien amonestó:

—No se han apresurado demasiado, queridos.

—El tráfico —gruñó Pitzer, que la miraba tan ansiosamente como el simpático Simón—. ¿Está bien, Brigitte?

—Completamente bien… ahora. Todavía un poco nerviosa, desde luego… ¿*Whisky*?

Señalaba hacia el *living*. Los dos hombres fueron hacia allí. Peggy salía del dormitorio, pero no sonrió cuando Simón le guiñó un ojo, como era costumbre entre ellos cada vez que se veían; raramente en el apartamento de Brigitte, pero con alguna frecuencia en la floristería donde «tío Charlie» tenía su instalación de espionaje.

—Dos *whiskies*, Peggy.

—Sí, señorita.

Todavía estaba muy pálida. Fue hacia el bar, mientras Brigitte y los dos hombres se dirigían al dormitorio. Examinaron el escenario, ya parcialmente arreglado, y los dos cadáveres. Después de examinar a Morton, Pitzer comentó:

—Esto haría comprender a cualquier perezoso que un espía debe estar siempre al día en sus entrenamientos físicos. Imagino que no le fue demasiado fácil.

—Pero lo hice. Se asombraría de la fuerza que puede tener una débil mujercita como yo cuando sabe que quieren matarla quemándola en vivo con un lanzallamas.

—Ha sido un buen trabajo —aprobó Simón—. Ni yo mismo lo

habría hecho mejor.

—Eso es un halago —sonrió Brigitte—. Aquí tienen su *whisky*.

La bandeja temblaba un poco en las manos de Peggy. Los dos tomaron su vaso y volvieron a mirar a su alrededor.

—Es un bonito dormitorio —comentó Simón—. Casi me resulta emocionante estar aquí. Tan grande, tan hermoso, tan elegante… Y tan peligroso. ¿Tiene más trucos, aparte del pomo de la puerta del armario?

—Algunos más —sonrió de nuevo la espía—. ¿Quiere probarlos?

—No, no —se espantó cómicamente Simón—. Prefiero verla sonriente y con una bata tan…, ¿cómo diría yo…?, tan sugestiva y poco… espesa. ¿Nunca lleva nada, debajo de la bata?

—Tendré tiempo cuando sea viejecita.

—Ah… Sin duda. Pues digo que me gustaría ver su cara cuando está en acción. Daría algo por haber visto ese rostro angelical en el momento en que estaba estrangulando a ese hombre.

—Tanto no puedo ofrecerle, Simón —rió la espía—. Pero mientras llegaban he revelado la película que ése quería tomar mientras el otro me quemaba viva.

—¿Cómo? —tartamudeó Simón.

—¿Querían tener una película con…? —tartamudeó también Pitzer.

—Tomaron mis primeros movimientos… ¿Quieren verla?

Sacó del armario un proyector, en el cual estaba ya colocada la película. Dio un golpecito en la base, las luces se apagaron, y proyectó el corto filme en la pared. Simón lanzó un silbido y luego se quedó como alelado. Cuando, cinco segundos después, Brigitte apagó el proyector y encendió de nuevo las luces por el procedimiento del golpecito en la base del armario, Simón la miraba como hipnotizado.

—Demonios… Eso es belleza, diría yo.

—Pero ¿por qué la película? —musitó Pitzer.

—Evidentemente, alguien quería verme morir de tan horrible manera… Pero no tuvo valor para venir a presenciarlo personalmente. Por eso exigió la película con mi muerte. No es una obra digna de una filmoteca, pero es fácil suponer que quien sea vería muchas veces esa película, con lo cual se sentiría muy satisfecho… o satisfecha.

—¿Satisfecha?

—Había también una mujer. Pero será mejor que empiece por el principio, tío Charlie. Peggy me ha contado que una hora antes de llegar yo llamaron a la puerta. Fue allá, abrió tranquilamente y entraron estos dos hombres, que según parece se llamaban Morton y Ralph. Le taparon la boca, la trajeron aquí y la ataron y amordazaron, amenazándola con las pistolas. También ataron y amordazaron a Cicero. Luego me esperaron.

Yo llegué del Morning News, entré, llamé a Peggy, pero no contestó. Cuando estaba encendiendo un cigarrillo…

Explicó lo ocurrido. Mientras ella hablaba, Pitzer registró los dos cadáveres. Sólo tenían cosas corrientes, si se exceptuaba la posesión de una pistola por barba y aquel lanzallamas desmontable. Tenía ambas billeteras en las manos cuando Brigitte acabó el minucioso y perfecto relato de lo sucedido, sin omitir nada.

—Se llamaban Morton Steel y Ralph Lee. Norteamericanos. Treinta y seis y treinta y cuatro años, respectivamente. Domiciliados en Miami. Profesión, representantes.

—Representantes ¿de qué? —inquirió Simón.

—De la muerte, seguramente —sonrió Brigitte—. Gente que se dedica a matar por encargo. Muy vulgar.

—Enviaremos esto a la Central. Quizás allí sepan algo de estos dos pájaros.

—No creo —movió negativamente la cabeza Brigitte—. Estoy segura de que no tienen nada que ver con el espionaje. Simples asesinos a sueldo de quien les paga, y eso es todo.

—De todos modos intentaremos saber algo.

—Más bien creo que los conocerán en el FBI —sonrió la espía internacional.

—Lagarto, lagarto —sonrió también Simón—. ¿Vamos a pedir ayuda a esos pobres chicos de Hoover?

—Si no están en nuestros archivos, lo haremos —gruñó Pitzer—. Una cosa es la rivalidad profesional y otra cosa es llevarla al terreno de un mal entendido orgullo… ¿Qué me dice de la mujer, Brigitte?

—Era pelirroja, menuda, delgada… No podía perseguirla fuera de aquí, por… porque se estaba quemando la cama.

—Je, je… —rió Simón, divertido—. ¿No podría quedarme yo con esa película, Baby?

—Es para mi colección particular —rió Brigitte—. Pero quizá le interesen unas fotografías de Morton y Ralph. También se las he tomado, para que viajen hacia Washington. En cuanto a los cadáveres…

—Eso es cuenta nuestra.

—Estupendo.

Pitzer se sentó en un silloncito y estuvo pensativo unos segundos, bebiendo sorbitos de *whisky*.

Por fin, murmuró:

—No tiene sentido… Sí tiene sentido que alguien quiera matar a un agente de la CIA, por diversos motivos. Pero ¿por qué con un lanzallamas? ¿Por qué no meterle unas cuantas balas en el cuerpo, y asunto concluido?

—Vaya… No es usted muy amable, tío Charlie. Si hubiesen querido hacer eso, yo estaría muerta ahora.

—Desde luego. Pero todo tendría sentido.

—Eso no me alegra, precisamente.

—No tiene sentido… Nosotros hemos eliminado a muchos espías enemigos, de muy diversas maneras… Usted misma ha llevado a cabo algunas eliminaciones. Un disparo de lejos, con un rifle silencioso, y ya está. Cómodo, fácil y efectivo. Pero esto del lanzallamas refleja un cierto sadismo, un… rencor muy especial hacia usted, Brigitte. ¿Mató a alguien alguna vez con un lanzallamas?

—No…

—¿Y qué hacía aquella mujer pelirroja aquí? ¿De dónde salió?

—Esto tenía que estar muy bien preparado —murmuró Simón—. Es seguro que tenían llave del apartamento. La consiguieron en cualquier momento, con un molde, o como fuese… Sin embargo, los dos hombres no entraron utilizando esa llave porque era mejor que, cuando entrasen, Peggy estuviese cerca de ellos. Así la amordazaban enseguida y evitaban el escándalo que ella podía hacer si los veía por el apartamento sin estar al alcance de ellos.

—Hasta aquí, todo muy lógico, Simón. ¿Cree que pudo enviarlos la mujer, y que ella estaba esperando, comprendió que algo no iba bien y entró en el apartamento para matar a Brigitte a balazos?

—Parece que no cabe duda de eso, señor.

—Bien… Sí, eso parece. Convendría buscar a la mujer esa, por

si… Se calló de pronto, porque Brigitte había alzado una mano, tras permanecer pensativa, sin escuchar las deducciones de los dos.

—Un momento —musitó la hermosa espía—. Sé de una persona que murió abrasada por un lanzallamas. Pero no puede ser…

—¿Qué dice…?

—¿Recuerda la Organización Octopus, tío Charlie?[1]

—¡Claro que la recuero! Pero todos fueron apresados. Absolutamente todos los habitantes del Arrecife de las Gaviotas pasaron a poder de la CIA. Hizo usted uno de sus mejores trabajos en aquella ocasión, Brigitte.

—Sí… Eso me proporcionó felicitaciones de la Central… Y también me proporcionó unos cuantos amigos en diversos sistemas de espionaje mundiales… ¿Recuerda usted bien el caso, tío Charlie? El jefe era aquel loco llamado Najo Vakan, el armenio… Tenía prisioneros a varios agentes secretos de diversos países…

—A los que usted dejó libres —gruñó Pitzer.

—Sí —sonrió Baby—. Así fue. Por eso son amigos míos ahora. Rivales, pero amigos. Najo Vakan tenía un prisionero especial, un ruso llamado Yuri Sivonov, de la MVD, al cual mantenía vivo y en continuo tormento físico. Cuando yo arreglé las cosas, Yuri Sivonov, moribundo, quemó a Najo Vakan con un lanzallamas…

—Es cierto… —musitó Pitzer—. Pero ¿qué puede tener que ver todo eso con usted, ahora, teniendo en cuenta que la Organización Octopus quedó totalmente destruida, y muerto su jefe, y apresados todos sus cómplices en todo el mundo? OCTOPUS murió, desapareció del todo.

—Pues no encuentro otra explicación para que a mí quisieran matarme con un lanzallamas.

—Bien… Una cosa es segura: Octopus fue eliminada totalmente. Sin embargo, usted tiene, sin duda, muchos enemigos en el mundo, Baby. Igual que cualquier espía. Cualquiera de ellos puede haber querido matarla… Lo del lanzallamas puede haber sido simple sadismo, sin que tenga forzosamente que estar relacionado con nada anterior. Un sadismo que se comprende, se perfila fácilmente, si pensamos que querían tener la película de su muerte abrasada viva por las llamas… ¿Me está escuchando?

Brigitte alzó la cabeza, pensativa. Estaba recordando el asunto de OCTOPUS. Un hombre que gobernaba a siete más, distribuidos

en todo el mundo, formando una tupida y eficacísima red de espionaje privado. Un hombre que, junto con los otros siete, formaba los ocho tentáculos de un pulpo… OCTOPUS, en latín. El emblema de Organización Octopus había sido un pulpo… Pero los ocho tentáculos habían sido cortados… La CIA había amputado los ocho tentáculos del pulpo y había pisoteado su asquerosa cabeza-vientre. Sin embargo…, ¿quizás aquel pulpo había tenido nueve tentáculos, en lugar de ocho? Un pulpo corriente tiene ocho tentáculos, pero… aquél no había sido un pulpo corriente… ¿Quedaba, quizás, un último tentáculo…?

—No… Perdone, tío Charlie… Estaba distraída. ¿Verdad que no existen los pulpos de nueve tentáculos?

—No. Física y biológicamente, no…

—Pero el pulpo que se hacía llamar Organización Octopus quizá tenía un tentáculo suelto, en algún lugar del mundo… El noveno, el último tentáculo…

—Imposible, Brigitte. Fueron sometidos todos a unos interrogatorios que duraron un mes. Todo confrontó. La Organización Octopus había quedado completamente aniquilada.

—Bien… Bueno, pueden ser figuraciones mías… Resumiendo, entonces: no puedo imaginar quién quería matarme con un lanzallamas, y tener una película de tan… simpático momento, para ir viéndola y gozando con mi muerte de ese horrible modo.

—Yo diría que la mujer fue quien contrató a los dos asesinos.

—Sí… Posiblemente esa pelirroja menuda y delgada sea la que quiere matarme… No sé.

—La buscaremos. Y enviaremos estas fotos y estos hombres a la Central. Si tienen antecedentes de alguna clase, lo sabremos.

* * *

Veinticuatro horas más tarde se recibía la respuesta de la Central de la CIA, que al mismo tiempo incluía la consulta a los archivos del FBI: Morton Steel y Ralph Lee no estaban fichados por ninguna clase de delito.

Absolutamente desconocidos en los archivos. En cuanto a la mujer menuda, delgada y pelirroja, cuya edad ni siquiera la propia Brigitte había podido definir, se tenían poquísimas esperanzas de

encontrarla. De cualquier modo, se la estaba buscando por Nueva York y todo el estado, utilizando una foto-robot que la propia Brigitte había dictado… Una foto-robot que no podía servir de nada, porque todo lo que pudo ver la espía fue unos cabellos rojos, que podían ser una peluca, y alguien, vestido como una mujer, que tras dispararle escapaba al ver que le replicaban a los disparos. Un rostro del todo indefinible.

Y buscar unos cabellos rojos era absurdo.

De modo que Brigitte tuvo que resignarse a no saber, por el momento, nada más sobre el asunto del lanzallamas.

Pero sí sabía una cosa, con toda seguridad: volverían a por ella.

Capítulo III

A pesar de que era poco probable que un enemigo siquiera fuese medianamente inteligente intentara repetir el ataque contra Brigitte en su propio apartamento, la espía encargó a Peggy ciertas medidas de seguridad que, en resumen, eran una sola: no abrir la puerta absolutamente a nadie que fuese desconocido. Aparte, la doncella de la espía internacional recibió la severa orden de tener siempre a mano la pistola que tiempo atrás le regalara Brigitte, y a la cual no había hecho el menor caso hasta entonces, convencida de que el espionaje era… un juego divertido.

Podía serlo para Brigitte Montfort, pero, después de ver lo ocurrido en el dormitorio de ésta, Peggy aseguró firmísimamente que no la volverían a sorprender. Entre esto, la puerta a prueba de balas y la radio que comunicaba directamente con tío Charlie, el apartamento quedó convertido en un lugar no sólo peligroso, sino de muy difícil acceso.

Así pues, tranquilamente, Brigitte Baby Montfort, tres días más tarde, tenía poco menos que olvidado el «incidente», como uno más de los muchos por los que había pasado.

Y aquella tarde estaba en su despacho privado del Morning News, conversando siempre humorísticamente con su adorador más furibundo, Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del diario al cual pertenecían ambos.

—¿Y un bailoteo en el Club 66? —proponía Minello.

—Que no, Frankie…

—¿Y por qué no? Nunca encontrarás a nadie que esté dispuesto a conseguir que te diviertas a lo grande. Además, estoy loco por ti, lo sabes muy bien.

—¿Vas a proponerme matrimonio otra vez?

—¿Aceptarías? —suspiró Minello.

—No.

—Ah… Ya me parecía a mí… Oye, podemos ir al Madison Square… ¿Qué te parece? Hay una velada de lucha libre de lo más bestia. Nada menos que el «Tigre de las Rocosas» contra Jenofonte, el «Hércules Negro»…

—No me gustan las peleas con truco. Son aburridas. Además, parece que los tipos que salen a darse cachetes se están burlando del público… Un público que grita mucho… Lo cual tampoco me gusta.

—¿Te gustaría ver una buena ópera?

—Vaya… Eso es otra cosa, querido…

—Y tanto —farfulló Minello—. Sabes muy bien que si vamos a la ópera yo voy a dormirme como un niño.

—Así no tendrás que cantarte tú mismo una nana.

—¡Nunca me tomas en serio! —protestó Minello.

—Frankie, te tomo muy en serio. Por eso no te concedo… falsas esperanzas. Mira, tengo mucho trabajo… Miky Grogan está poco menos que convencido de que robo mi sueldo en el periódico, y cuando tiene la menor oportunidad me carga la mesa de papeles, ideas, órdenes para reportajes especiales… ¿Por qué no te vas al bar a tomar una cocacola fresquita?

Frank Minello quitó la pierna de sobre la mesa y quedó en pie delante de Brigitte.

—¿Y al cine? —propuso—. ¿Qué te parecería una buena película?

—Prefiero la televisión.

—¡Estupendo! Entonces, podríamos cenar en tu apartamento… Podríamos cenar viendo la televisión. Y luego… —Simuló tocar el violín—. Luego, ¡ñiguñiguñíiii!, podríamos bailar música romántica…

—Y tú me apretarías como siempre, como si quisieras partirme las costillas. No, gracias.

—¿Y un paseo por la playa en Long Island?

—Allí te pones demasiado romántico. Frankie, te lo pido por favor: déjame que… Perdona —admitió la llamada por el interfono, moviendo una tecla roja—. ¿Dígame, señor Grogan?

—Venga a mi despacho, Brigitte —dijo su jefe.

—Enseguida.

Se puso en pie, recogió unos cuantos papeles y se quedó

mirando irónicamente al italoamericano.

—¿Vienes conmigo?

—¡Ni soñarlo! No tengo el menor interés en ver a Grogan. Está de mal humor hoy.

—Como siempre —suspiró la espía—. Hasta luego, Frankie.

Salieron los dos del despacho encristalado de la mejor periodista del Morning News. Minello se colocó a su lado, dispuesto a seguir insistiendo hasta el último segundo.

—¿Y al béisbol? Tengo dos buenas entradas para el partido de esta noche…

—No, Fankie.

—Podríamos cenar en un *nightclub* que han abierto hace poco en Chinatown. Es muy pintoresco: aletas de tiburón, mariposas en salsa verde…

Brigitte se echó a reír. Caminaba rápidamente, con aquel balanceo tan exótico y personal de sus bonitas caderas. Iba recogiendo silbidos de admiración y repartiendo sonrisas, saludando a todos sus compañeros del periódico.

—No seas palurdo, Frankie. Hoy día, si quieres comer comida china, te tienes que ir a China. Y, aun así, buscar un restaurante que no esté occidentalizado.

—Bueno… Podríamos ir a mi club, al Bowling… ¿Qué te parece una partida de bolos americanos?

Tras recorrer toda la amplísima sección de ejecutivos y directivos, Brigitte se detuvo delante de la puerta de cristales, en la cual se leía: Miky Grogan - Director.

—¿Entras conmigo?

—Traidora —masculló Minello—. Mañana volveré a la carga.

—Bien… Al menos tengo toda una noche de descanso. Adiós, querido.

—¡Querido! —bufó Minello—. ¡Eso se lo dices a todos!

Se alejó, refunfuñando. Brigitte abrió la puerta, entró en el despacho de Miky Grogan y le dirigió una penetrante mirada, buscando adivinar el estado de ánimo de su jefe periodístico. Su humor parecía ser el de siempre.

Es decir, no malo, pero tampoco precisamente como para escuchar chistes.

—Buenos días, amado jefe —se sentó en un sillón, le enseñó a

Miky Grogan las rodillas, en verdad generosamente, y sonrió—. ¿Qué se le ofrece al Rey de los Periodistas?

—Mire, a mí no me venga con cuchufletas, Brigitte.

—¿Cuál es el problema de hoy?

Grogan señaló un teléfono blanco, sobre su mesa. Estaba descolgado el auricular.

—Llamada personal para usted por la línea privada. No me gusta que dé el número privado del periódico para sus asuntos personales.

—Sólo tengo una clase de asuntos personales, amado jefe. Y si no le gustan estas escasísimas llamadas, sí le gustan, en cambio, esos reportajes que le ofrezco de cuando en cuando, y que mantienen el Morning en el primer lugar de…

—Bueno, bueno, bueno —masculló Grogan—. Conteste al teléfono. Ya hablaremos luego.

Brigitte desistió de mejorar el humor de Grogan. Tomó el auricular.

—Brigitte Montfort. ¿Diga?

—Oh, tío Charlie… ¿Qué tal?

—¿…?

—Yo, muy bien. ¿Ocurre algo?

—Ah… Bueno, no sé… Supongo que sí podré salir de este penal. Pero ¿no sería mejor que fuese usted a mi apartamento a las…?

—Bien… Sí, sí, entiendo… ¿Es algo relacionado con lo del otro día?

—No… Bueno, es igual. Estaré ahí dentro de media hora, como máximo. Hasta luego.

Colgó el auricular y se quedó mirando a Miky Grogan, que la contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Qué? —explotó Grogan al fin, con sorna—. ¿Va a decirme que tiene que marcharse?

—Pues sí —sonrió la espía.

—¿Y los artículos que…?

—Ya los escribiré. Pero alegre esa cara, hombre. Pitzer me ha llamado con urgencia. Lo cual quiere decir que quizá tengamos otro buen asunto en perspectiva. No sé si volveré hoy.

Se puso en pie, dándose un tirón a la faldita. Miky Grogan se puso de peor humor cuando dejó de ver las espléndidas rodillas.

—Cualquier día la despediré.

—Sí, sí, claro… ¿Qué ha desayunado hoy? ¿Vinagre…, como todos los días?

Miky Grogan soltó un áspero gruñido.

—Todos los artículos que le he pedido deberán estar listos para la edición dominical. Ahora, haga lo que quiera…, menos acordarse de mí.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente.

—Bien… —Pareció decepcionada la espía—. Entonces, tendré que aceptar la invitación de Frankie.

—¿Qué…? ¿De quién…? ¿De qué…?

—Frankie ha estado pidiéndome toda la mañana que aceptase su invitación para esta noche. Estaba a punto de decirle que sí cuando me ha llamado usted. Y he cometido la tontería de pensar que quizá quería invitarme también, por lo que le he dicho a Frankie que no contase conmigo esta noche. Pero iré a decirle que saldré con él.

Miky Grogan se puso rápidamente en pie.

—¡Un momento! —tronó—. ¡Yo no sabía…!

—Pues ya lo sabe.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, haciendo bailar los ojos de Grogan con su balanceo sensacional.

—¡Espere, Brigitte! ¡Si quiere que salgamos esta noche, con mucho gusto yo…!

—Demasiado tarde, querubín —rió la espía.

Y cerró la puerta tras abandonar el despacho.

* * *

Cinco minutos después estaba en el garaje del edificio, caminando hacia su coche y repartiendo, como siempre, sonrisas a los empleados del garaje privado del Morning News, que hacían las mil tonterías al verla pasar: desde caer de rodillas llevándose las manos al corazón, hasta poner los ojos en blanco y quedar como paralizados…

Llegó a su hermoso y siempre flamante coche, abrió la portezuela y se sentó ante el volante. Una de las muchas ventajas de ser, además de hermosísima, una chica simpática, era que en cuanto dejaba el coche en el garaje del periódico, un montón de empleados

acudían a quitarle el más pequeño vestigio de polvo, con tanto entusiasmo que parecía que les iba la vida en ello. De tal modo que el coche de Baby era en todo momento el más rutilante de New York City.

Encendió un cigarrillo, cerró la portezuela y se dispuso a poner en marcha el motor. Estaba apenas tocando las llaves introducidas en la ranura del contacto, cuando vio el estropicio. Sorprendida, apartó la mano de las llaves y la acercó al lugar de la portezuela donde debía haber una manecilla para abrir la puerta por dentro. No estaba… En la otra puerta tampoco estaba… Ni estaban las manecillas que hacían descender los cristales a prueba de balas que había hecho colocar dos días antes, a raíz del asunto del lanzallamas, por si acaso…

Empujó la portezuela y no se abrió. Tampoco la otra. Ni bajaban los cristales.

Fruncido el ceño, golpeó en un cristal, para llamar la atención de uno de los mecánicos… No podía salir a la calle en aquellas condiciones, pues no podría apearse al llegar a la floristería de tío Charlie… Pero los mecánicos habían vuelto a su trabajo, pues una vez dentro del coche el espectáculo de la bella espía ya no era el mismo. Golpeó más fuerte, pero los solidísimos cristales apenas sonaron bajo sus deditos.

Se quedó sentada, fruncido el ceño, con una expresión entre irritada y sensación de ridículo. Iba a dar otra fumada al cigarrillo cuando notó el olor. Un olor… Un olor a gas… ¡A gas mortal!

En el mismo momento en que se le ponían los pelos de punta, vio al mecánico. Llevaba el «mono» blanco con letras rojas del garaje, pero no lo había visto nunca antes por allí. Era menudo, llevaba unos gruesos lentes oscuros… Estaba junto a la portezuela derecha, mirándola, sonriendo implacablemente, con cruel sarcasmo.

El súbito conocimiento de la verdad fue como un mazazo en plena frente de la espía. Brigitte sacó la pistola, apuntando a la cabeza del hombre, pero éste sonrió y golpeó burlonamente con los nudillos en el cristal a prueba de balas. Cierto, no podía ninguna bala llegar hasta Brigitte Montfort, pero no era menos cierto que ella, a su vez, tampoco podía disparar hacia el exterior a través del cristal inastillable.

Se desplazó en el asiento y empezó a golpear el cristal con su pistolita de cachas de madreperla, que había decidido llevar encima durante unos días. Pero apenas producía ruido. Los cristales parecían acolchados. Y, además, en el garaje sonaban con fuerza los rugidos de otros motores, probándolos.

El mecánico que estaba junto al coche la miraba fijamente y sonreía. Sólo eso. Sonreía como quien espera presenciar el mejor espectáculo que pueda ofrecérsele. Brigitte dejó la pistola en el asiento y abrió la guantera. Si allí hubiese una llave inglesa, podría intentar romper el cristal… En vano, seguramente, pero no podía dejarse morir bajo los efectos de aquel gas que iba nublando rápidamente sus sentidos…

No había llave inglesa. No había nada. Solamente aquel gas, que empezó a amodorrarla mortalmente…, mientras fuera del coche el mecánico desconocido no cesaba de mostrar aquella sonrisa cruel, implacablemente satisfecha, regocijada…

Brigitte miró a todos lados, desesperada, notándose cada vez más somnolienta, más torpe, más débil… Y el hombre seguía sonriendo, fuera del coche… Le vio acercar el puño derecho al cristal de la ventanilla, con el pulgar tieso, apuntando hacia el techo. De pronto, invirtió la mano, y el pulgar señaló hacia el suelo: muerte.

Muerte para Brigitte Montfort.

Quiso tocar el claxon, pero había sido desconectado. Se sentía pesada, sumergiéndose rápidamente en un sueño del cual sabía que jamás podría despertar. El gas iba haciendo su efecto. Un gas lento, taimado, bien preparado… Un gas que permitía «gozar» de una larga agonía soporífera… Una agonía auténtica, durante la cual la víctima, por fuerza, tenía que saber que aquel sueño era el que la llevaba hacia la muerte.

El hombre había sacado una pequeña máquina filmadora y estaba tomando la película de los apuros de Brigitte Montfort, con gran complacencia.

Seguramente, captaría su gesto entre somnoliento y desesperado, el esfuerzo por mantener abiertos los hermosos ojos azules que expresaban espanto, miedo, el lento parpadeo, la boca abierta con angustia, con anhelo…

La mano derecha de Brigitte se acercó a la llave del contacto. La

hizo girar…, y el motor se puso en marcha. Inmediatamente, a través de los párpados pesadísimos, vio el gesto de sobresalto del hombre.

La espía puso la marcha atrás y el coche salió lanzado, de modo que el hombre del «mono» blanco quedó solo en aquella parte del garaje, erguido, como sorprendido. Inmediatamente, Brigitte lanzó el coche contra él, pisando el pedal del gas hasta el fondo… Pareció que el auto había sido lanzado por una gigantesca catapulta… Pasó a menos de diez pulgadas del hombre, que había saltado torpemente hacia un lado…

Luego echó a correr hacia la rampa de salida, siempre torpemente, como si sus facultades físicas fuesen en verdad deficientes. El auto de la espía pasó junto a otros dos coches, se detuvo, dio de nuevo la marcha atrás y se lanzó como un bólido de competición hacia la rampa, detrás del hombrecillo…

Al volante, la espía internacional más entrenada del mundo vio la menuda silueta subiendo con grandes dificultades la rampa de salida, con varias ramificaciones hacia los aparcamientos volantes. El coche subía a todo gas, casi tocando los talones del hombrecillo, que de pronto salió de aquella rampa, entrando en otra… El automóvil azul eléctrico siguió hacia arriba, tomó otra de las rampas, dio la vuelta y volvió a la carga, marchando en un claro y alarmante zigzag, directo mortalmente hacia el hombrecillo, cuyo rostro expresaba el más claro espanto ante la decisión de aquella agente de la CIA que estaba muriendo y, sin embargo, iba a por su asesino, evidenciando una potencia cerebral y nerviosa escalofriante, admirable… El hombrecillo saltó a un lado, esquivando el coche, y volvió hacia la rampa de salida, tan pálido como la propia Brigitte, y, desde luego, mucho más asustado que la espía…

El coche salió del aparcamiento volante, apareció de nuevo en la rampa y se lanzó hacia arriba, siempre pisando los talones del hombrecillo, que se volvía, descompuesto el rostro por el miedo, el terror más absoluto… Esquivó el auto azul metiéndose de nuevo en otro aparcamiento volante, y Brigitte siguió hacia arriba, hasta el siguiente ramal de la rampa; se metió dentro, dio marcha atrás, salió con la trasera hacia la salida y bajó a toda velocidad, directa hacia el aparcamiento donde se había metido el hombrecillo.

En el garaje se oían ya gritos, carreras, exclamaciones… El rechinar de los neumáticos del bonito coche azul de la espía era escandaloso cuando giró para entrar en el aparcamiento volante, sobre dos ruedas laterales… El hombrecillo vio venir el coche, y pareció que se iba a quedar como paralizado, viéndolo venir hacia él… Pero pudo reaccionar.

Saltó a un lado, esquivando de nuevo la acometida, y salió una vez más a la rampa, siempre hacia arriba… Parecía que sus piernas apenas pudiesen sostenerle, se tambaleaba, su rostro estaba lívido, había sudor en su rostro… Brigitte salió tras él, pero comprendió que ya no podía más… Estaba a pocos segundos del sueño eterno.

Entró de nuevo en la rampa, salió con la trasera del coche hacia la subida y se lanzó luego hacia el fondo del garaje, directa hacia la solidísima pared de rojos ladrillos. Unos cuantos mecánicos aparecieron y desaparecieron delante del coche, con gestos sobresaltados… El mundo se iba tornando de color negro y rojo, y todo parecía que empezaba a girar, a girar, a girar… Pero en un sopor dulce, suave, lento.

La pared de ladrillos rojos estaba ante ella, muy cerca. Tenía que llegar allá, estrellar el coche, hacerlo reventar, que saltasen en mil pedazos los cristales a prueba de balas, las planchas metálicas, las puertas…

El muro estaba tan cerca que no podía fallar. Y no falló.

* * *

—¿Cómo se siente?

Vio un punto luminoso… Una luz, claro… Luego, un techo blanco… Paredes. Una ventana… Afuera todo estaba negro. Muy negro.

—¿Es… es de… de noche…? —musitó.

—Sí.

—Ah…

—No está muerta —dijo la voz, tensa, pero intentando bromear —. A los muertos no les interesa el día o la noche.

—¿Dónde estoy?

—En una clínica. ¿Sabe quién soy, Brigitte?

—Claro: tío Charlie…

—Exacto. Simón está conmigo… ¿Puede verlo?

Movió la cabeza, hacia la derecha. Dejó de ver la ventana y la negrura de la noche afuera. Vio con toda claridad a Pitzer, sentado en una silla, junto a la cama. Y a su lado Simón, intentando sonreír, pero un poco pálido, rígido el rostro.

—¿Qué… qué tal, Simón? —saludó Baby.

—Bien.

—Me alegro… ¿Todo va bien?

—Eso parece. Pero pudo ir muy mal. Ha sufrido usted una fortísima intoxicación de gas letal, Brigitte.

—Ah, sí… El hombrecillo… ¡El hombrecillo!

Intentó incorporarse, pero Pitzer se lo impidió, colocándole una mano en un hombro.

—No se mueva. Ya está bien, pero no hay que precipitarse. Tendremos tiempo para hablar.

—Sí… Es cierto… No pude llegar esta mañana a la floristería…

—Eso fue ayer por la mañana, Brigitte —sonrió cariñosamente Pitzer.

—No, no… Ha sido hoy, esta mañana. Usted me llamó por el teléfono privado del Mor…

—Fue ayer. Tómeselo con calma. Dentro de cinco minutos van a venir el doctor y su enfermera. Parece ser que podrá volver mañana a su apartamento. Hasta entonces, Simón estará afuera, en el pasillo… Me gustaría saber quién va a poder pasar a través de él.

—No quisiera que Simón se molestase…

—Tonterías —masculló Simón—. En mi vida habré hecho nada con más gusto, Baby.

—Lo dice en serio —sonrió Pitzer—. Ahora, esté tranquila; el doctor verá qué tal va el asunto, y mañana podremos conversar con más tranquilidad en su apartamento. Peggy y Cicero están afuera, pero los llevaremos a su domicilio. Nos veremos mañana, Brigitte. Sea buena.

El recio y viril rostro del simpático Simón apareció de pronto ante ella.

—Baby, si quiere algo, llámeme. Por favor.

—Sí… Gracias, Simón.

* * *

Pitzer se la quedó mirando cariñosamente.

La habían dejado sentada en el sofá del *living*, y, aunque todavía pálida, no cabía duda de que la recuperación era un hecho. Simón estaba recorriendo el apartamento, examinándolo todo. Otros dos hombres, tan ceñudos como Simón, pero que sonreían cuando la miraban a ella, le estaban ayudando. No era perceptible al simple ojo humano, pero, para el experto ojo de la espía, aquellos dos hombres llevaban una pistola en el sobaco izquierdo.

Además, los conocía. A los dos podía llamarlos simplemente Simón, porque eran dos de los muchos agentes que la habían ayudado en distintas ocasiones. Uno de ellos, en Miami. El otro, precisamente de eso hacía muy poco, en un lugar de la costa del Atlántico.

—Hola —sonrió Brigitte—. ¿De dónde salen estos simpáticos muchachos?

—Voluntarios —aclaró Pitzer—. Se enteraron en la Central de lo que ocurría, y se han ofrecido de guardaespaldas. Se ofrecieron cuarenta y dos agentes, Brigitte.

—Qué barbaridad… Ni que yo fuese patrimonio nacional.

—Es de tontos no cuidar lo que vale mucho.

—Esto es ridículo…

—Quizá. ¿Va usted a discutir las órdenes del propio director de la CIA?

—No, no… ¿Qué están buscando? ¿Algún artefacto mortífero?

—¿Por qué no? Dicen que a la tercera va la vencida… Ya sabe: lo que no se consigue ni a la primera ni a la segunda…, puede que se consiga a la tercera. Sólo que, a partir de ahora, para llegar hasta usted tendrán que matar a dos agentes de los mejores de la CIA. Cosa un tanto difícil, a mi entender. ¿Cómo va eso?

—Me siento bien… Muy bien, de veras, tío Charlie. ¿Por qué no registran el frigorífico?

Charles Pitzer se sobresaltó.

—¿Cree que allí puede haber algo que…?

—¿Que sea peligroso? Según como se mire… Pero de lo que sí estoy segura es de que tiene que haber alguna botella de Perignon 55… Ve tú misma a buscarla, Peggy. Y copas para todos.

Peggy asintió. Estaba muy asustada… Cuando se dirigía hacia la cocina, uno de los agentes dijo que no con un dedo, y fue él hacia la

cocina. Regresó poco después, con una botella de Perignon 55… y el recipiente de cristal con las guindas.

—Buena memoria, Simón… —sonrió Brigitte—. Veo que no se olvida de lo que sucedió en Miami.

—De aquello, sí. Pero no es fácil olvidarla a usted. Yo mismo le serviré su champaña helado con una guinda.

—Muy amable… Están todos invitados.

El Simón de Miami sonrió. Destapó la botella, examinando escrupulosamente el tapón y la armazón protectora, así como el sello. Luego, escanció un poco de champaña en una copa y la olió. Probó el champaña, quedó pensativo unos segundos con el ceño fruncido y, por fin, aprobó con la cabeza.

—¿Teme que esté envenenado? —rió Brigitte.

—Una cosa es segura —dijo Simón—. A partir de ahora, para llegar hasta usted hará falta un carro de combate.

Brigitte encogió los hombros; tomó la copa que le tendía Simón, esperó a que los demás tuviesen la suya llena, y entonces la alzó.

—Un brindis, señores.

—Oh, sí… Con gusto… ¿Brindamos por su vida?

—No, no —rió fríamente Baby, la espía de lujo de la CIA—. Vamos a brindar por mi éxito.

—¿Cuál de ellos? —rió Simón.

—El próximo.

—¿El… el próximo? —musitó Pitzer.

—Ajá… ¿Estoy bien de verdad? ¿No me rompí ningún hueso en el choque contra el muro?

—No… Una ligera conmoción, intoxicación… La verdad es que es usted una persona con mucha suerte.

—Ya lo sé. Por eso, no envidio la suerte de quien ha querido matarme por dos veces. A partir de ahora no esperaré: atacaré yo.

Capítulo IV

Charles Pitzer se la quedó mirando hoscamente.

—¿Está loca? —Gruñó descortésmente—. ¿Piensa que vamos a brindar por eso?

—Exacto, tío Charlie. Vamos a brindar por mi ataque. A menos que se les ocurra una idea mejor a ustedes.

—¿Una idea mejor?

—Sí, sí… Una idea mejor que tenerme encerrada en mi apartamento, cualquiera sabe por cuánto tiempo, y vigilada por dos agentes de la CIA que pueden hacer falta en otra parte. También yo puedo hacer falta en otra parte, tío Charlie… ¿No le parece?

El Simón de la floristería apuntó a Pitzer con un dedo.

—Se lo dije, señor. Ella no aceptará esto. Y también se lo dijeron ellos dos —señaló a los otros espías—. Baby no es de las que se quedan, bien protegidas, esperando a la muerte…, o que el asesino se aburra. Se lo dije.

Charles Pitzer estuvo pensativo unos segundos. Por fin, miró a Brigitte, esforzándose en contener una sonrisa de admiración y, al mismo tiempo, de satisfacción.

—¿Está hablando en serio, Brigitte?

—Por una vez, sí. ¿Brindamos o no?

—Chinchin —dijo Simón—. Por un feliz ataque. Dios tenga piedad del alma de su enemigo, Baby.

—Amén.

Bebieron todos, y luego Pitzer se quedó mirando a Brigitte.

—De acuerdo. Explíqueme lo que ocurrió, y luego le explicaré yo lo que hemos averiguado.

Brigitte contó lo ocurrido en el garaje del Morning News. Luego, Charles

Pitzer explicó lo que ellos habían averiguado…

—Si es que puede llamarse averiguar algo. En resumen, ésta es

la verdad, nada. El hombrecillo del «mono» blanco que usted ha mencionado, salió del garaje. Uno de los mecánicos parece que se dio cuenta de que aquel hombre no era un empleado de allí, y fue tras él, rampa arriba. Cuando llegó a la calle, aquel hombre se metía en un taxi, que se alejaba inmediatamente de allí. Tomó el número del taxi, la matrícula… Pero era falsa. Respecto a su coche, fue «arreglado» por alguien que preparó todo el asunto. Se encontraron unos cristalitos junto a una de las portezuelas. Creemos que la ampolla de gas fue colocada de modo que cayera al cerrar la portezuela, esto es, cuando usted estuviera dentro del coche. Respecto al estropicio de las manillas de las puertas y de los cristales, fueron quitadas a propósito, naturalmente. Una trampa bien preparada… Aquel hombre pudo deambular por allí sin que nadie se fijase demasiado en él. Afortunadamente, su coche fue hacia la pared cuando usted se desvaneció, y se rompió y…

—No fue una casualidad, tío Charlie. Yo lancé el coche contra la pared. Necesitaba aire fresco, y el único modo de abrir el coche era reventarlo contra la pared.

—Lo pensé —dijo Pitzer—. Es un recurso muy propio de usted.

—Cualquier recurso es bueno.

—Sí, por supuesto… Todos son buenos y todos son malos. Sólo dependen de los resultados.

—¡Así es! —rió Brigitte—. ¿Para qué me había llamado a la floristería, tío Charlie?

—Bueno… Había pensado enviarla a La Habana…

—¿A Cuba? —exclamó Brigitte—. ¿Por qué?

—Porque parece que hay algo que hacer allí, naturalmente.

—¿Qué cosa?

—Averiguar quién estaba relacionado con Peter Grows.

—¿Quién es Peter Grows? ¿Tiene algo que ver con esto mío?

—No creo… Es muy poco probable, desde luego. La verdad es que constituye el segundo suceso de la serie…

—Tío Charlie, no entiendo nada de nada.

—Claro… Será mejor que empiece por el principio. Hace unos seis días ocurrió algo en Aden, en el Golfo Pérsico. Un muchacho norteamericano, un estudiante universitario, disparó contra un árabe llamado Salim Ben Omar, hiriéndolo gravemente. Salim Ben Omar es el jefe de un pequeño Estado árabe en el este de África,

que tiene unos importantes yacimientos de petróleo… Muy importantes. Estados Unidos le propuso la explotación de esos pozos de petróleo, pero Salim Ben Omar no quiso aceptar. Prefirió ceder la explotación a los británicos.

—Bien… —Parpadeó Brigitte—. Pero ¿qué tiene que ver eso con La Habana?

—Hace tres días, otro estudiante norteamericano, sorpresivamente ausente de la universidad, igual que el primero, estaba en La Habana. El primero, llamado Chris Morton, fue el que quiso asesinar a Salim Ben Omar, y procedía de la Universidad de Los Ángeles. El segundo, el que quiso matar a Fidel Castro…

—¡A Fidel Castro! —exclamó Brigitte, casi atragantándose con el champaña.

—Así es. Quiso hacerlo durante uno de los programas de televisión a que tan aficionado es Castro. Ese chico, digo, se llamaba Peter Grows… Y es el que me gustaría que investigara. A ver qué hacía en La Habana, cómo había llegado allí, quién le había dado el dinero, por qué había abandonado la Universidad de Columbia donde estudiaba…

—¿La Universidad de… de Columbia?

—La de usted, exactamente —sonrió Pitzer—. Por eso me pareció que usted podría encargarse de esto. Podría empezar visitando su Universidad, preguntar por Peter Grows… Luego, se traslada a La Habana, y allá busca a personas que pudieron haberse relacionado con ese chico.

—Pero… ¿por qué no preguntarle a él?

—Está muerto. Tanto Chris Morton como Peter Grows, fueron acribillados tras su intento de asesinato, el primero en la persona de Salim Ben Omar, y el segundo en la de Fidel Castro.

—¿Los dos muchachos han muerto?

—Acribillados a balazos. En Aden, Chris Morton parece que fue corriendo hacia un coche, corriendo con otro hombre tras disparar contra Salim Ben Omar. Pero el coche estaba en marcha, el muchacho cayó al suelo… y allá fue acribillado por el séquito de Ben Omar. Respecto al de la Universidad de Columbia, el llamado Peter Grows, disparó contra Fidel Castro dentro de los estudios de la televisión cubana, cuando Castro se dirigía hacia uno de los estudios. Apareció como un tonto, pistola en mano, delante mismo

de los guardias personales de Fidel Castro, que lo acribillaron profusamente. Igual que Chris Morton, murió en el acto.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Pitzer, entornando los bellísimos ojos.

—Creo que estoy comprendiendo el asunto, tío Charlie. Ahora, tanto Fidel Castro como ese Salim Ben Omar, están acusando a Estados Unidos de haber intentado asesinarles. A Castro, por la diferencia de… ideas políticas respecto a nosotros; a Ben Omar, por no habernos cedido la explotación de sus pozos de petróleo y habérsela cedido a los ingleses… ¿No es así?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Resulta que Ben Omar y Castro no acusan precisa y directamente a los Estados Unidos, sino a la CIA.

—¿Cómo? —musitó Brigitte.

—A la Central Intelligence Agency —sonrió secamente Pitzer.

—Pero… ¿por qué?

—Después de muertos esos dos muchachos por los respectivos guardianes de Salim Ben Omar y Fidel Castro, fueron investigados, naturalmente. Chris Morton había llegado a Aden procedente de Los Ángeles, en avión. Peter Grows, también en avión, había llegado a La Habana procedente de Columbia. Parece que seguían la misma línea operatoria: buscaron un hotel discretísimo, se alojaron allí, y al siguiente día de llegar intentaron su respectivo cometido. Una vez descubiertos sus alojamientos, tanto en Aden como en La Habana, sus reducidísimos equipajes fueron registrados. En ambos casos, se encontraron pruebas de que esos dos jóvenes universitarios norteamericanos estaban trabajando para la CIA.

—Es absurdo —musitó Brigitte—. De ese tema están hablando estos días los periódicos, pero ningún universitario está siendo utilizado por la CIA para esos… menesteres. La CIA no necesita niños de veintidós o veinticuatro años para asesinar a nadie. Hay mujeres como yo, y hombres como Simón, que pueden hacerlo mucho mejor…

—Por supuesto, nosotros sabemos que la CIA tiene una cierta… influencia en el mundo universitario. Pero en modo alguno nos interesa que eso se divulgue demasiado. En todo caso, si utilizamos a unos cuantos muchachos inteligentes, son para pequeños…

servicios de vigilancia, sondeo en las Universidades… Es evidente que la CIA no ha enviado a esos dos chicos, Chris Morton y Peter Grows, a matar a Salim Ben Omar y a Fidel Castro. Pero encontraron pruebas. En ambos casos, una carta con el membrete oficial de la CIA en la cual sólo estaba escrito el nombre de la víctima y lugar y día donde encontrarla.

—¡Es absurdo! —exclamó Brigitte—. ¡Jamás he llevado conmigo ninguna clase de instrucciones escritas! ¡Ni la Central ha cometido la estupidez tan enorme que significa enviar a un agente una carta indicándole el nombre de la víctima y demás tonterías…!

—Eso, al parecer, lo ignoran en Aden y La Habana —sonrió secamente de nuevo Charles Pitzer.

—Pero… pero son idiotas, vamos… ¿Cómo se les puede ocurrir que la CIA recurra a chiquillos torpes que…?

—El hecho cierto es que están acusando a la CIA de asesina. No sólo de personas ajenas a Estados Unidos, sino asesina de sus estudiantes universitarios. Se dice que la CIA dispone de chicos que no saben lo que hacen, que los fascinan, les prometen dinero y gloria…, y los envía a cometer un asesinato… y a ser asesinados. En suma: que la CIA está destruyendo el mundo universitario de Estados Unidos.

—¡Nunca en mi vida había oído tontería semejante!

—Bueno… Eso puede usted decírselo a los periódicos y a las madres de los estudiantes universitarios.

—¿Lo han creído todos?

—Todo el país. Hasta el punto de que se rumorea algo sobre una marcha de madres de estudiantes universitarios hacia Washington, para rodear la Central de la CIA.

—Pero… ¡pero es absurdo, es una estupidez…!

—Lo es. Sólo tenemos que convencer a doscientos millones de norteamericanos de que, en efecto, eso es una estupidez. Por el momento, la cosa está realmente difícil, ya que la CIA no cuenta con nada que pueda rebatir hechos evidentes: dos universitarios norteamericanos que desaparecen de su Universidad y tienen dinero suficiente para llegar en avión a Aden y La Habana; que tienen armas; que intentan asesinar respectivamente a un jefe árabe y a Fidel Castro; que son hallados muertos con una pistola recién disparada en su poder… Para colmo de males, se marchan de

Estados Unidos sin decir nada a nadie. Y el colmo de todos los colmos: en sus equipajes se encuentran sendas cartas, con membrete de la CIA, especificando el nombre de la persona contra cuya vida se ha atentado, así como el día, el lugar y la hora en que el ataque debe producirse. Si añadirnos esto al jaleo que hay actualmente en el país respecto a que la CIA subvenciona asociaciones estudiantiles de un modo… digamos encubierto, la bomba no puede tener resultados más catastróficos para la CIA. El desprestigio es total: utilizamos muchachos que están estudiando, los enviamos a matar… y a la muerte. ¿Se da cuenta, Brigitte, de la situación en que estos hechos han colocado a la CIA?

—Me doy perfecta cuenta… ¿Qué puedo hacer yo?

—Ir a la Universidad de Columbia. De allí partió Peter Grows, el muchacho que quiso asesinar a Fidel Castro. Investigue.

—¡Pero eso es de una envergadura colosal! ¡No podría jamás hacerlo yo sola!

—Hemos pensado en eso. Pero hay dos buenos motivos para enviarla a usted a Columbia. Uno, que así escapará del radio de acción de su maniático y desconocido enemigo de estos días. Dos, que usted, como ex alumna de la Universidad, quizá tenga mejores medios que otros agentes para investigar de un modo absolutamente discreto… ¿Conoce a alguien en la Universidad de Columbia?

—¿A alguien? —sonrió Brigitte—. Bueno, no sé… Supongo que el profesorado habrá cambiado bastante… Pero estoy segura de que al menos una de las cátedras tendrá la misma profesora.

—¿Quién es ella?

—*Miss* Galloway, mi profesora de Literatura.

—¿La recordará a usted?

—¡Naturalmente que sí! Una vez me aseguró que jamás en su vida había tenido una alumna con mi capacidad para hacerle perder la paciencia… Estoy segura de que todavía no ha podido olvidarme.

Pitzer sonrió extrañamente.

—Espero que esa *miss* Galloway no sea pelirroja, bajita y delgada…

—¿Peli…? ¡Por Dios, tío Charlie! —rió Brigitte—. ¿Está pensando que ella puede ser la mujer que estuvo en mi apartamento y que…? Oh, supongo que bromea. Además, no es bajita, ni

delgada, ni pelirroja… ¡Ni mucho menos! Y ella se parece mucho a usted, en el fondo: mucho refunfuñar y ponerme gesto agrio, pero siempre dispuesta a demostrar un gran cariño cuando es necesario. La verdad es que la tenía en el bolsillo.

—Bueno, bueno —refunfuñó Pitzer—. Nadie ha dicho aquí que sienta un gran cariño hacia usted, ¿verdad?

Los tres Simones sonrieron irónicamente. Brigitte se quedó mirando con amable sonrisilla a Pitzer y, por fin, tras un sorbito de champaña, preguntó:

—¿Cuándo debo salir para Columbia?

—Cuando esté en condiciones.

—Mmm… Mañana mismo. Estoy bien, se lo aseguro.

—La creo. Nunca he visto un caso como el suyo: parece una delicadísima y frágil muñequita, y… Bueno, todos sabemos aquí que pelear contra usted es jugarse la vida muy en serio.

—No tema nada, tío Charlie: usted es amigo mío.

Los agentes de la CIA rieron ahora abiertamente, y Pitzer les dirigió una mirada fulminante. Se puso en pie, aparentemente malhumorado.

—Le proporcionaré datos complementarios respecto a lo sucedido en Aden y La Habana. Y con esos datos y lo que pueda averiguar en Columbia, empezará a trabajar en serio… lejos de aquí.

—Es… como una huida. ¿No es cierto?

—Es una misión para la agente Baby.

—Está bien… Hay tiempo. Me fastidia que mi desconocido enemigo crea que huyo, pero… hay tiempo. Estoy segura de que volveremos a vernos.

—Si hay algo que a un espía le sobre, es el orgullo, Brigitte.

—Sí… Ya sé. Pero cada uno es como es. Yo tengo mucho amor propio, lo siento. De todos modos, mañana saldré hacia Columbia. No hay nada en esta vida que no pueda esperar, y, en cambio, hay cosas que merecen absoluta prioridad. Me ocuparé de ese asunto de los universitarios.

—De acuerdo. Hasta la vista. Vamos, Simón. Ustedes dos se quedarán con Baby.

—Nada de eso —negó Brigitte—. No quiero espantar la caza. Si vuelven a por mí, quiero que lleguen. Será divertido… y definitivo.

Pitzer vaciló.

—Está bien… Pero si piensa salir del edificio, avísenos, y ellos vendrán para… para…

—¿Para escoltarme?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Nada. Me encanta que mis niños me quieran tanto —sonrió—. De acuerdo: si fuese a salir hoy del apartamento, pediría la escolta por la radio privada. Adiós, queridos. Peggy les acompañará, porque yo me siento un poquito cansada.

—Es natural…

Brigitte recibió tres sonrisas y un gruñido de despedida, y los hombres de la CIA abandonaron el apartamento. Peggy regresó de acompañarlos a la puerta, y Brigitte dijo, sonriendo:

—Ellos saben que yo sé que no se van a marchar, que estarán por el edificio, quizás incluso vigilando la puerta del apartamento; pero los espías somos muy raros. ¿Quieres que te diga una cosa, Peggy?

—¿Qué cosa, señorita?

—No le he dicho a tío Charlie algo que descubrí cuando lo del gas en el coche.

—¿Qué descubrió?

—Pues… Una cosa rara… Quizás esté equivocada. Estoy «casi» convencida de que la pelirroja que disparó la otra noche contra mí en el dormitorio y el hombro menudo y delgado del «mono» blanco que me puso el gas en el coche, son la misma persona.

—Pe-pero pero eso… ¡eso no puede ser!

—¿Verdad que no? Y, sin embargo, es cierto, lo juraría.

—Pero, señorita…, una persona es hombre o es mujer, no las dos cosas… Si primero era mujer, luego no pudo ser hombre. Y si luego era hombre, antes no pudo ser mujer… Quiero decir…

—Te entiendo, mujer, te entiendo. Pero cualquiera puede disfrazarse,

¿no es cierto? La incógnita se reduce a esto: ¿es hombre o es mujer? Pero, indudablemente, sea hombre o sea mujer pelirroja, es la misma persona.

—¿Por… por qué no se lo ha dicho al señor Pitzer…?

—Porque rengo demasiado orgullo.

—Pero el orgullo no…

—No me ha ido mal hasta ahora teniendo orgullo. Y a esa persona, Peggy, sólo otra persona la puede cazar: la agente Baby. No consentiré que nadie me quite la presa… Ve a abrir. Pero mira antes quién es.

Habían llamado a la puerta. Peggy fue a abrir. Regresó poco después, con dos cartas.

—Era Pete, señorita. Han llegado dos cartas para usted. Me ha dicho una tontería…

—¿Qué tontería?

—Que se pone ahora mismo a escribirle la que le prometió hace días.

Brigitte se echó a reír.

—Dame esas cartas… ¿De quién son?

—No sé… No lo dice.

La espía de lujo de la CIA tomó las dos cartas y se quedó mirándolas, pensativa. No había dirección del remitente en ninguna de ellas, ni conocía la letra. Abrió una de ellas. Era un simple papel, escrito con mayúsculas, que decían:

POR EL MOMENTO, ME RESULTA MÁS ÚTIL VIVA, AGENTE BABY. ESO QUIERE DECIR QUE HE CAMBIADO MIS PLANES. PERO VOLVEREMOS A VERNOS, Y ENTONCES LA MATARÉ.

Sin que su expresión se hubiera alterado, Brigitte examinó mejor la carta. Había sido enviada desde New Haven, Connecticut, el día anterior. Igual que la segunda. Sólo que la segunda carta, evidentemente, no había sido escrita por la misma persona.

Admirada señorita Montfort:

En muchas ocasiones me ha asombrado usted con su admirable estilo periodístico, que tiene, a la vez, gran calidad literaria.

Además, sus artículos son siempre de un interés absoluto, apasionante; los más apasionantes son los de espionaje, en el cual parece usted tener especial habilidad periodística, y supongo que muy buenas fuentes de información. Yo puedo ser una de esas fuentes… No le pido dinero, ni nada. Es sólo por simpatía personal, se lo aseguro. El asunto está referido a la intromisión de

la CIA en la vida universitaria, y, convencido de su procedencia universitaria, la invito a sostener una entrevista conmigo, en la seguridad de que el tema merece su interés.

Tengo un pequeño apartamento, el 3, en el número 44 de George Street, cerca de la Universidad de Yale, en la cual, como ya puede comprender, estoy estudiando.

Cualquier tarde, a partir de las siete, será muy grato para mí recibirla y conversar con usted. Insisto en que el tema será de su interés.

Con admiración, la saluda atentamente

Larry Cukor.

—Dame la radio de bolsillo, Peggy.

—¿Ocurre… ocurre algo…?

—Nada. Tengo que llamar a tío Charlie.

Lo hacía poco después, con la pequeña radio que Peggy fue a buscar al armario del dormitorio.

—¿Tío Charlie? Regrese.

—¿Cómo? —mascullό Pitzer.

—Quiero que regrese a mi apartamento. Enseguida.

—¡¿Qué ha ocurrido?!

—Nada, no se alarme… Pero ocurrirá. Vamos a alterar un poco los planes.

—¿Por qué? No creo conveniente…

—Usted venga aquí inmediatamente. Leerá un par de cartas, y luego podremos hablar.

* * *

—¿Y bien? —preguntó Pitzer, tras leer las dos cartas.

—Evidentemente, es una trampa —sonrió Brigitte.

—¿La quieren llevar a New Haven para matarla allí? —sonrió despectivamente Simón—. Eso es muy, burdo, Brigitte.

—Por el contrario. Es de una astucia diabólica.

—¿Astucia diabólica? Bueno, no sé… Parece que las personas que han escrito estas cartas no tienen nada en común. Sin embargo, desde luego no podemos descartar la posibilidad de una trampa. No

sé qué clase de trampa, porque está claro que usted no va a ir como una tonta al apartamento de ese muchacho llamado Larry Cukor.

—Es sabido que no iré como una tonta, tío Charlie. Pero están seguros de que iré. Con todas las ventajas posibles, pero saben que no dejaré de acudir a esa cita.

—¿Ventajas? Por el momento, usted está siempre en desventaja. Su asesino la conoce, y usted no sabe ni siquiera con quién puede vérselas en un momento dado.

—No me importa. Porque en esta ocasión, tío Charlie, no temo por mi vida, sino por la de ese muchacho, Larry Cukor.

—¿La vida de él? ¿Por qué?

—Porque quieren matarlo también. Es evidente.

—Bueno… Será evidente para usted, querida. Pero yo no entiendo nada, se lo aseguro.

—Un plan en verdad diabólico… Pero no puedo asegurarlo, por el momento. Para estar segura, tendré que ir a New Haven hoy mismo… Esta tarde quiero visitar a Larry Cukor.

—¿Sola? —mascullό sarcásticamente Pitzer.

—¿No se da cuenta, tío Charlie? Por no sé qué extraños designios, la persona que quiere matarme a mí está relacionada con el asunto de los estudiantes universitarios. Y usted me ha encargado ese asunto, ¿no es cierto?

—Sí, sí, pero…

—Pero nada. Felicitémonos por ello. Me encarga usted un trabajo, y resulta que la persona que quiere matarme está metida en el asunto De lo cual se desprende que podré matar dos pájaros de un tiro. Asimismo, se desprende que querían matarme para evitar, quizás, eso: que yo entrase en este asunto de los universitarios.

—¿De dónde saca usted que el conjunto de estas dos cartas es una trampa… diabólica?

—Oh, vamos, tío Charlie… Dos cartas de New Haven a la vez… ¡Qué casualidad! En una, se me confía, se me dice que ha habido cambio de planes, y que resulto más útil estando viva. En la otra, se me ofrece en bandeja de plata algo relacionado con los estudiantes y la CIA Hasta un niño sospecharía de eso. Pero mi asesino sabe que yo no puedo ser engañada con una cosa tan… chapucera. Sin embargo, espera que acuda a la cita. Y sabe que si lo hago, lo haré magníficamente protegida. A pesar de eso, me cita. Eso quiere decir

dos cosas. Una, que está convencido de que podrá eliminarme. Dos, que él, o ella, se considera tan a salvo que no le importa que yo llegue magníficamente escoltada… ¿Qué le sugiere esto?

—Nada, de momento —gruñó Pitzer.

—Pues a mí, sí. Escuche atentamente, tío Charlie, y dígame qué le parecen mis teorías y mi plan. Saldré hacia New Haven, y, una vez allí, yo iré a…

Capítulo V

Baby Montfort no llegó al lugar de la cita después de las siete de la tarde, según se le pedía en la carta, sino antes, apenas a las seis y media, cuando empezaba a oscurecer.

Se detuvo delante del número 44 de George Street, y estuvo estudiando unos instantes el edificio, para asegurarse de que todo estaba bien. En efecto, el edificio constaba solamente de planta y un solo piso, y era más bien viejo, deslucido. Allá, si la carta no mentía, cosa que era poco probable pues de otro modo la carta no habría podido surtir el efecto deseado, vivía un muchacho llamado Larry Cukor, en el apartamento 3 del único piso.

Antes de entrar en el edificio, todavía miró Brigitte a su alrededor. No pudo ver a nadie, pero sabía que la estaban vigilando. Por partida doble, además. Se decidió a entrar cuando comprendió que las personas que circulaban por allí no parecían interesadas en ella, salvo los hombres, de un modo muy normal al cual ya estaba acostumbrada.

La trampa estaba allí, y a pesar de que no estaba segura de cómo iba a funcionar, ella tenía que entrar.

Subió al primer piso, llamó a la puerta marcada con el número 3 y metió la mano derecha en el bolso, empuñando la pistola y apuntándola a través de la piel hacia la puerta…

Ésta fue abierta por un muchacho alto, de simpáticas greñas rubias y ojos claros, de expresión en verdad inteligente y simpática. Sus hombros eran muy anchos, y resultaba muy atractivo con su grueso jersey color paja y la gran letra Y en el centro del pecho.

Abrió mucho los ojos, lanzó un simpático silbido de admiración, y saludó:

—¡Hola! ¡Apuesto a que se ha equivocado de apartamento!

—¿Larry Cukor? —sonrió Brigitte.

—Pues… Sí. Sí, sí… ¿De manera que no se ha equivocado?

—Eso parece. ¿Puedo pasar?

—¡Encantado!

Brigitte entró en el apartamento. Por supuesto, no era muy caro, ni siquiera bonito. Pero el muchacho parecía habérselas arreglado para convertirlo en un amable cubil de estudiante: algunas copas obtenidas en competiciones deportivas, bates de béisbol, el guante, el protector facial, banderines, hombreras de *rugby*, un par de *sticks* de *hockey*… Una ventana que daba a la calle y otra al tejado de la casa vecina. Sillas, un sofá, un par de sillones, alfombra, un refrigerador, un armario, una mesa llena de libros… Al fondo y a la derecha, la cama, que durante el día, evidentemente, estaba destinada a servir también de sofá… A buen seguro que aquel apuesto estudiante de Yale había reunido allí a sus amigos más de una vez, y lo habían pasado estupendamente.

Sobre la cama, una maleta con algunas ropas, todavía abierta.

—¿Se va de viaje, Larry?

Lo preguntó volviéndose hacia él, que había estado mirándola con una simpática sonrisa de admiración.

—¿De viaje…? Oh, sí… Pero —miró su reloj— todavía tengo un poco de tiempo.

—Me alegro, porque así podremos charlar con comodidad.

—¿Charlar? Bueno… ¿De qué?

—Soy Brigitte Montfort.

El muchacho abrió la boca, expectante.

—Ah… Ah, muy bien: Brigitte Montfort. ¿Y…?

—¿No me escribió usted una carta, a Nueva York, citándome aquí?

—¿Es una broma? —rió Larry Cukor.

—¿No la ha escrito?

—Desde luego que no.

—¿No sabe quién soy yo?

—La más linda muchacha que he visto jamás. Palabra de Yale.

—¿Eso es todo?

—Oiga… Si yo hubiese sabido que usted estaba en Nueva York, no le habría escrito ninguna carta: habría ido a buscarla personalmente.

—Muy amable —sonrió Brigitte—. Pero quizá no lo será tanto cuando sepa que yo trabajo para la CIA.

Larry. Cukor se echó a reír, divertidísimo.

—¡Yo también! —exclamó.

—¿De veras?

—¡Se lo voy a demostrar!

Fue al armario, lo abrió, y sacó una chaqueta en la cual, en la espalda, se veían las grandes letras: CIA.

Brigitte sonrió amistosamente.

—Se supone que un agente secreto no debe ir pregonándolo por ahí, Larry.

—Oiga, preciosa, ¿qué broma estamos jugando? Ésta es la chaqueta que muchos compañeros y yo hemos encargado al «Culynary Institut of America»… ¿No está de acuerdo?[2]

—Desde luego. El buen humor es envidiable, Larry. ¿Adónde piensa ir de viaje?

—Mire… No sé quién es usted, ni…

—Ya le he dicho que trabajo Para la CIA. Para la verdadera CIA, es decir, la Agencia Central de Espionaje de los Estados Unidos de América.

—¡Déjese de bromas! ¿Qué quiere exactamente?

—Prevenirle. Está usted condenado a muerte a menos que nos hagamos… muy buenos amigos.

—Con gusto —sonrió Larry—. ¿Cuándo empezamos?

La abrazó por la cintura y se quedó mirándola.

Debía de tener veintidós o veintitrés años, y en verdad era simpático y apuesto. Pero Brigitte tenía otra clase de pensamientos en aquellas circunstancias. A pesar de lo cual dejó que el universitario la besara en los labios. Luego, rodeó su cuello con los maravillosos bracitos y le sonrió dulcemente con lo cual el muchacho quedó definitivamente aniquilado.

—Larry, ¿adónde te han enviado? Es decir, ¿adónde tienes que ir?

—Es… es un secreto; no debo comentarlo…

—Escucha, ¿has leído algo respecto a Peter Grows y Chris Morton? Me refiero a los dos universitarios, el primero de Columbia y el segundo de Los Ángeles… ¿Has leído algo de ellos?

—Claro. Los periódicos…

—Muy bien. Pues tú estás destinado a ser el tercero de la lista.

—¿El tercero de la…? ¡No comprendo! Aunque… ¡Un momento!

¿Está sugiriendo que yo voy a matar a alguien y que…?

—Exactamente. Dime la verdad: ¿quién te ha visitado, qué te han dicho para que salgas de viaje?

—No debo decirlo.

—Estás jugando con tu vida —sonrió Brigitte—. Y, aunque no lo creas, yo he venido, a salvarla… ¿Vino alguien de la CIA a verte, a proponerte ese viaje?

—¡Claro que no!

—¿Quién vino, entonces? Alguien te propuso algo… ¿Qué cosa?

—Ninguna.

—Pero te vas de viaje… Te diré lo que está ocurriendo: unas personas están enviando a estudiantes universitarios a diversas partes del mundo. Allá, según todas las apariencias, esos universitarios norteamericanos intentan cometer un asesinato… El asesinato de alguna persona importante; generalmente, una persona que, por un motivo u otro, no sea bien vista por Estados Unidos. Tal es el caso de Salim Ben Omar, que sufrió un atentado en Aden; y el de Fidel Castro, con el cual, precisamente, no se sostienen relaciones en extremo cordiales… Ahora bien, en ambos casos, el estudiante encargado del asesinato, ha fracasado… Lo mismo daría que hubiese conseguido su propósito. Lo mismo daría, digo, porque el plan consiste, principalmente en que un estudiante norteamericano sea acusado de esos intentos de asesinato. A su vez, el estudiante norteamericano debe morir…

—No… no entiendo nada… Mire, si esto es una broma que han preparado mis compañeros…

—No es broma, Larry. ¿Quieres que te diga lo que pienso respecto al asunto de los dos estudiantes muertos, acribillados en Aden y La Habana?

—Bueno…

—Ellos no dispararon. Sin embargo, las cosas fueron muy bien preparadas, y así lo pareció. En Aden, el estudiante no pudo alcanzar el coche que parecía que le estaba esperando. En La Habana, en los estudios de televisión cubana, el estudiante universitario apareció «como un tonto» delante de la guardia de Fidel Castro, pistola en mano… Los dos fueron muertos. Todo estaba preparado. Alguien disparó por ellos, luego les puso una pistola en la mano y los colocó bien visibles para que los matasen,

al verlos armados, seguramente con la misma pistola que había sido utilizada para disparar contra Salim Ben Omar y Fidel Castro. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Está segura de lo que dice?

—Casi segura. Pero la CIA tendrá que demostrarlo. La cosa está bien clara: alguien pretende desprestigiar a la CIA al máximo… Está haciendo todo lo posible para que la CIA reciba las más duras criticas de la historia, por disponer de muchachos universitarios y enviarlos a cometer asesinatos. Eso es lo que el mundo está creyendo ahora.

—¿Y no es cierto? —musitó Larry—. ¿No es cierto lo que dicen los periódicos?

—¡Claro que no! La verdad es la que yo te estoy exponiendo… Quieren desprestigiar a la CIA, asfixiarla con la animosidad mundial por su sistema de utilizar universitarios… ¿Sabes lo que dicen los rusos?

—¿Los… los rusos…?

—Sí, los rusos. Han puesto el grito en el cielo, porque aseguran que Estados Unidos ha enviado muchachos universitarios a Rusia, por medio de la CIA, para que espíen en Rusia, aprovechando el intercambio de estudiantes entre Rusia y Estados Unidos.

—¿Eso… eso dicen?

—Eso dicen.

—¿Y tampoco es cierto?

Brigitte frunció el ceño simpáticamente.

—Supongo que no. Pero lo que positivamente es una mentira, es lo de los universitarios que intentan cometer asesinatos por mandato de la CIA. Las cosas suceden como te he dicho: alguien va con esos muchachos, ese alguien es quien dispara, coloca el arma en la mano del universitario, y luego lo ofrece como pieza de caza a los guardias del personaje al cual aparentemente se ha pretendido asesinar. Se averigua la identidad del muchacho, se sabe que llegó en avión desde tal o cuál sitio de Estados Unidos… Se sabe el hotel en que se alojó al llegar, se encuentra su equipaje y en él una carta con membrete de la CIA Una carta falsa, por supuesto, quizá colocada allí después que el muchacho ha sido muerto. En esa carta consta solamente el nombre de la persona a la cual se ha intentado asesinar, el día, la hora, el lugar donde se ha de disparar contra esa

persona… Y como así han sucedido las cosas, el estudiante muere y la CIA carga con esa muerte y con el intento de asesinato de un jefe árabe, o de Fidel Castro, o de… ¿Quién será el próximo personaje al cual intentará matar un universitario norteamericano? Tenemos que saberlo… Yo sé ya quién será el universitario encargado de eso, según aparecerá a ojos del mundo…

—¿Quién?

—Tú. Te van a enviar a un lugar donde, aparentemente, matarás o habrás intentado matar a alguien. ¿Adónde vas de viaje, Larry?

El muchacho había sostenido a Brigitte abrazada por la cintura durante la explicación de ésta. La soltó de pronto, se mesó los rubios cabellos, entre perplejo y asustado…

—A Hong Kong.

—Nada menos que a Hong Kong… Un largo vuelo. ¿Tenías que salir esta noche?

—Sí… Me dieron un pasaje de avión…

—¿Por qué vas a Hong Kong? ¿Con qué motivo?

—Me ofrecieron… un puesto de preceptor de dos niños norteamericanos, que viven allá… Y me pagan diez mil dólares anuales.

—No es demasiado… Con lo cual resulta convincente. ¿Pensabas abandonar los estudios en la Universidad?

—No, no… La propuesta era que allí podría disponer de tiempo para mis estudios, y… Ahora que usted me ha dicho todo eso… Es raro…

—¿Qué es lo raro?

—Me dijeron que no debía comentarlo con nadie… Tenía que marcharme a Hong Kong sin despedirme… Ese dinero me habría sido muy útil al terminar mi carrera, claro… Y acepté, encantado…

—¿Tienes familia?

—Una tía, en Boston… Ella me ha estado… digamos manteniendo hasta ahora… Es muy buena, pero…

—Pero tú prefieres ganarte la vida por ti mismo. Por eso aceptaste.

—Sí… ¡Pero todo esto no puede ser verdad, no es posible…!

—Lo es. Es el más diabólico plan de venganza que jamás haya conocido. Y he conocido muchos.

—¿Plan de venganza?

—Contra la CIA Y yo diría que, especialmente, contra mí… Han intentado matarme dos veces, en pocos días. Esto ni siquiera se lo he dicho a mis jefes, Larry, pero estoy convencida de los propósitos de quien está organizando todo esto: quieren desprestigiar a la CIA, perjudicarla en todo lo posible. Pero, por encima de todo, quieren matarme a mí… ¿Sabes cómo quisieron matarme la primera vez?

—¿Có… cómo?

—Con un lanzallamas. La segunda, con gas, dentro de mi coche… Conozco el origen de todo esto, pero tengo que encontrar al último tentáculo antes de que ese tentáculo, todavía desconocido para mí, lo intente de nuevo.

Larry se dejó caer en el sofá, como atontado.

—Imagino que… que todo esto debe de ser una pesadilla mía…

—No lo es. Hace unos meses, destruí una organización dedicada al espionaje internacional. Estoy convencida de que quedó alguien con vida… Alguien que ahora quiere vengarse especialmente de mí, y también de la CIA, puesto que bajo mis indicaciones fue la CIA, con numerosos elementos, quien dio el golpe final a esa organización de espionaje llamada OCTOPUS.

—Pulpo… Por eso habla usted del último tentáculo…

—El noveno tentáculo, surgido no sé cómo ni de dónde… Pero viene especialmente a por mí, lleno de odio. Y también contra la CIA, puesto que yo pertenezco a ella. Y para todo ese plan de venganza, está utilizando los últimos rumores, referentes a que la CIA subvenciona asociaciones de estudiantes universitarios en todo el país. ¿Lo comprendes todo ahora?

—Sí… Creo que sí… ¿Qué debo… qué puedo hacer…?

—Ser sincero conmigo. Y olvida ese viaje a Hong Kong, porque es tu condena de muerte. ¿Okay, Larry?

—Bueno… No sé… Esto es tan fantástico…

—¿Qué tenías que hacer al llegar a Hong Kong?

—Una vez allí, debía dirigirme a un hotel llamado Dragón, en un taxi. Y esperar… Un hombre vendría a buscarme y me llevaría a conocer a ese norteamericano residente en Hong Kong que tiene dos niños.

—¿Quién habló contigo sobre esto? ¿Quién te lo propuso?

—Una mujer… Una dama algo mayor, muy amable… Me entregó el pasaje para el avión, me dio algo de dinero a cuenta…

Parecía extranjera, hablaba un inglés muy defectuoso…

—¿De qué nacionalidad dirías que era? —musitó Brigitte.

—No sé…

—¿China, quizá?

—No, no… Bueno, quizá tenía el rostro un poco… exótico… Yo pensé que era de algún lugar de Asia… Algo así. Y como decía que residía en Hong Kong…

—¿Podrías describirla?

—Pues… Bueno, era delgada, menuda… Parecía tener mucha vitalidad…

—¿Estás seguro de que era una mujer?

El universitario miró a Brigitte sin comprender bien.

—¿Cómo dice…?

—¿Crees que podría haber sido un hombre?

Cukor parpadeó, cada vez más desconcertado.

—Un hombre… No sé… No creo, pero… ¡No lo sé! ¿Por qué habría de ser un hombre?

—Sigue contando.

—Eso es todo… Me dio el pasaje, algo de dinero, me dijo que un empleado norteamericano pasaría a recogerme al Dragon Hotel… Ah, y me dio una carta de presentación, desde luego.

—¿Dónde está esa carta? —exclamó Brigitte.

—En la maleta… El avión sale a las ocho y media, estaba…

—¡Trae esa carta! ¡Es la que lleva el membrete de la CIA y el nombre y demás datos de la persona a la que se supondría que habrías asesinado! ¡La carta, Larry!

El muchacho se levantó, cada vez más desconcertado y aturdido. Seguro: aquello era un sueño… El sueño de un estudiante que corre una sorprendente aventura de espionaje…

Pero la carta estaba allí. Se quedó mirándola, miró a Brigitte, que estaba junto a él, y cuando ella asintió con la cabeza, la abrió… En el sobre no había nada escrito. Sacó el papel, doblado en dos. Sus dedos resbalaron sobre el papel satinado varias veces, sin conseguir separar los bordes de la hoja de papel. Por fin, se humedeció los dedos, apretó con fuerza y desplegó la carta.

Efectivamente.

La carta tenía impreso en el ángulo superior izquierdo las iniciales de la CIA. Y el contenido era el siguiente:

Hong Kong Terrace Hotel, 4 marzo 1967, a las siete y media de la tarde… Nombre: Go Doh Bienh.

Eso era todo.

—¿Me crees ahora? —musitó Brigitte.

—Dios… ¡Querían utilizarme, matarme…!

—Por culpa mía y de la CIA. Sólo que, cuando hubieran encontrado esta carta en tu maleta, nadie habría podido adivinar que esa culpa era indirecta, como consecuencia de la venganza que están tramando contra la CIA y contra mí… Habrían creído que la CIA te había enviado a matar este hombre llamado Go Doh Bienh.

—¡Pero si ni siquiera sé quién es!

—No importa. Puedes estar seguro de que es un personaje importante. El nombre suena a asiático: vietnamita, camboyano, tailandés… Algo así. Puedes estar seguro de que su muerte sería, de un modo u otro, beneficiosa para Estados Unidos, con lo cual todo quedaría explicado…

—Creo… creo que estoy un poco indispuesto…

—Tranquilízate —sonrió Brigitte—. Todo terminará bien.

—No… No es eso…

—Llamaré para asegurarme de que podemos salir de la trampa.

—¿Qué… qué trampa?

—La que sin duda me han tendido a mí, para intentar matarme por tercera vez… Veamos si mi dispositivo de seguridad funciona debidamente. Si te notas mareado —sonrió—, será mejor que te sientes mientras hago la llamada.

Larry Cukor se sentó, y Brigitte sacó la radio del bolsito y la accionó.

—Hola, Baby.

—Hola, Simón. ¿Todo bien?

—Yo diría que sí. Pero no olvide lo que usted misma dijo: esta trampa tiene que ser muy especial, y su enemigo habrá tenido en cuenta todos nuestros sistemas de protección hacia usted.

—Tiene que ser algo diabólico, desde luego… De todos modos, voy a salir con el muchacho dentro de un par de minutos. Acerquen uno de los coches… Los demás, todos en sus puestos.

—Okay. ¿Ha conseguido algo?

—Mucho, Simón. Atentos a la calle: salimos.

Cerró la radio, miró a Larry Cukor, dispuesta a decirle que recogiese algunas cosas, porque estaría un tiempo oculto, y…

Larry Cukor estaba encogido en el sillón, con las manos crispadas en el vientre, tenso el rostro, muy pálido.

—Dios mío… —gimió el muchacho—. Dios mío, me estoy… me estoy muriendo…

Capítulo VI

Brigitte se abalanzó hacia él, tan pálida como el muchacho.

—¡Larry! ¿Qué tienes?

—Me muero… ¡Me muero! —aulló Cukor.

Se encogió tanto hacia delante que al final cayó de cara hacia el suelo. Brigitte lo sostuvo como pudo y lo dejó tendido boca arriba, pero el muchacho se encogió de nuevo y se colocó de lado, siempre con las manos crispadas en el vientre, distorsionado ahora el rostro en una mueca de intenso dolor, lívido… Unas gotitas de sudor aparecieron en su frente.

—¿Has comido o bebido algo? —exclamó Brigitte.

—No… No…

—¡Te han envenenado, Larry! ¡Tienes que haber comido o bebido algo, tienes que recordarlo! ¡Quizá si encontramos pronto lo que es, podré hacer algo por ti! ¡Tienes que recordar!

—Dios… Dios, qué dolor…

—¿Tienes leche en el apartamento?

—En el… en el refrig…

Brigitte corría ya hacia el viejo refrigerador. Lo abrió, sacó la botella de leche de un tirón y volvió a arrodillarse junto al muchacho.

—¡Hay muy poca! —gimió—. ¡Con esto no conseguiré hacerte vomitar nada, Larry! Empieza a beber, mientras voy a buscar más… Iré a uno de tus vecinos ahora mismo…

La mano derecha de Larry Cukor se crispó en una muñeca de Brigitte, con tal fuerza que casi al instante la mano de la espía quedó como paralizada, falta de sangre.

—No me deje… ¡No me deje!

—¡Suéltame! ¡Tengo que buscar algo para hacerte vomitar!

—¡No me dejeeee…! —chilló el muchacho, llorando de dolor y miedo.

—Larry… Larry, te lo suplico, tienes que soltarme la mano…

—No me deje… No me… de… je…

—¡Vas a morir si no me sueltas la mano! —gritó Baby, desesperada—. ¡Suéltame, Larry, por Dios!

Pero la mano de Larry se crispaba cada vez más fuertemente en la fina muñeca de la espía. Una mano grande, morena, de joven deportista rebosante de salud y músculos. Una mano que tenía, en aquellos momentos, no menos de diez veces la fuerza de Brigitte Montfort.

—No me deje… No, no, no…

Brigitte miró hacia todos lados, cada vez más desesperada, tan pálida como el muchacho. Vio su bolso sobre el sofá y alargó la mano libre hacia él. No alcanzaba. Se puso en pie y dio un tirón. Inútil… Larry Cukor continuaba gimiendo. Cada vez más débilmente, pero con aquella tremenda fuerza en su mano, que estaba triturando la muñeca de Brigite.

Ésta empezó a tirar, reuniendo todas sus fuerzas, arrastrando al muchacho, encogido, medio incorporado merced al esfuerzo desesperado de la espía, llorando ahora como un niño. Una ligera espuma de color gris verduzco salía por un lado de su boca.

Baby llegó hasta el bolsito, lo abrió y sacó la pistola. Tenía que golpear a Larry, desasirse, único medio de ir a por algo que pudiera utilizar para intentar salvar aquella joven vida llena de salud y vigor un par de minutos antes… Estaba alzando la pistola por encima de la cabeza de Larry, cuando éste la soltó y rodó por el suelo, blandamente, desaparecida de pronto la crispación, aquella fuerza brutal…

La espía se inclinó sobre él, le tomó el pulso… Fin. Ya no había nada que hacer.

—Por Dios… —gimió—. Por Dios, no… ¡Esto no!

Se incorporó, casi sollozando, acongojada, profundamente entristecida. ¿Qué clase de monstruo era aquel personaje, el último tentáculo? ¿De dónde había salido semejante bestia inhumana? ¿Qué clase de venganza era aquélla contra Baby y contra la CIA? ¿Qué clase de venganza era, que ya había costado la vida a tres jóvenes estudiantes? ¿Era un loco?

—No —musitó Baby—. No es un loco, no… Es listo, astuto, inteligente… Y no vacila ante nada… Su odio hacia mí debe de ser

espantoso, no le permite vivir en paz… Pero no es un loco. Lo está haciendo todo a la perfección… Dijo que le sería útil viva, y temo que así ha sido… Algo ha pasado que yo no sé… Algo por lo cual quizá se me pueda culpar de la muerte de este muchacho… Y la trampa contra mí todavía no ha funcionado…

Miró a su alrededor de pronto, sobresaltada. La trampa contra ella todavía no había funcionado, en efecto. Pero tenía que funcionar, no tardando mucho…

¿Qué clase de trampa?

Empezó a examinar rápidamente el pequeño apartamento, siempre pistola en mano. Podía haber otra ampolla de gas, quizás un arma, una bomba de tiempo…

Se quedó mirando, estupefacta como una principiante, el pequeño micrófono magnético, colocado detrás de uno de los trofeos ganados por Larry Cukor. Lo habían oído todo… ¡Todo! Sabían lo que sabía ella, lo habrían grabado, seguramente. Pero aquello no podía ser una trampa, ya que, al fin y al cabo, se decía la verdad, la inocencia respecto a la intervención de la CIA en aquel asunto, en lo sucedido en Aden, en La Habana, allí mismo…

—¿Dónde estaba la trampa?

Estaba mirando el micrófono todavía, pensando intensamente, cuando oyó el suave zumbido de su radio dentro del bolsito. La sacó y admitió la llamada.

—¿Simón?

—¡Baby, un coche de la Policía Metropolitana de New Haven está acercándose a toda velocidad a esa zona! ¡Va a llegar, o a pasar por delante de ese apartamento, antes de cinco segundos!

La trampa… ¡Allá estaba la trampa!

—Simón, plan de salida número tres. ¡De prisa!

—¡Ahora mismo paso el aviso! ¡Salga de ahí!

Brigitte cerró la radio, la guardó de nuevo en el bolsito, se colgó éste de un brazo y se acercó a la ventana que daba a la calle, tras apagar la luz del apartamento… El coche de la Policía aparecía en aquel momento por la esquina, doblándola a toda velocidad. Se detuvo apenas dos segundos después delante del edificio, y empezaron a salir agentes de uniforme, que corrieron hacia el portal. Otro se colocó en el centro de la calle, alzó un fusil lanzagranadas, apuntó a la ventana tras cuyos cristales estaba

mirando Brigitte…

Y en el preciso momento en que lanzaba la granada, Brigitte veía al oficial que mandaba el coche: un oficial menudo, delgado, de movimientos algo torpes, que alzaba la cabeza hacia la ventana. En una fracción de segundo, Brigitte Montfort vio los lentes oscuros, las delgadas facciones…

¡Allí estaba su enemigo! ¡La trampa!

La ventana reventó cuando la granada dio contra los cristales y entró en el apartamento. Los gases lacrimógenos se extendieron inmediatamente por el cuarto, y Brigitte, que tras recibir encima una lluvia de cristales había sacado la pistola para disparar contra el falso oficial de la Policía, comprendió que no podía perder tiempo en aquello. Guardó precipitadamente la pistola, sacó un pañuelito con encajes holandeses y se tapó la boca, tosiendo ya. Por la escalera se oían las recias pisadas de varios hombres, subiendo a toda prisa.

Estaba cerca de la ventana que daba al tejado de la casa vecina, cuando recordó la carta y el micrófono. Recogió rápidamente ambas cosas, conteniendo la respiración al máximo. Le lloraban los ojos, le dolía el cuello… Si seguía cinco segundos más allí dentro, iba a caer en manos de aquella gente…

Abrió la ventana, se encaramó y salió al tejado, tosiendo, estremecida interiormente por los gases que ya había absorbido… Oyó el crujido de la puerta al ser arrancada de cuajo, y la luz se encendió en el apartamento.

—¡La ventana! —Oyó.

Respirando ahora aire puro, pero sin dejar de toser, defectuosa la visión de sus ojos llenos de ardientes lágrimas, Brigitte Montfort se alejó corriendo por el tejado, hacia el otro extremo.

—¡Allá va!

Saltó a otro tejado. Luego, a un patio. Después, ascendió por una gruesa cañería hasta otro tejado… Como si estuviese completamente rodeada, oía por todos lados las recias pisadas, los resbalones sobre los tejados, las exclamaciones… Un par de linternas lanzaron su luz por todos lados, buscándola.

—¡Está subiendo al tejado alto! —La luz le dio de lleno—. ¡No disparéis! En aquel mismo momento, Brigitte saltaba a cubierto por el borde del tejado más alto, y quedaba tendida allí, siempre

oyendo los recios pisotones de aquellos hombres…

Y de pronto se dio cuenta de que también estaba oyendo el helicóptero, por encima de ella. Sacó su diminuta linterna-pluma y lanzó la señal, hacia arriba. Pareció que, instantáneamente, el helicóptero se descolgase, como sin mandos, hacia el suelo, justo por encima de Brigitte. El cable brilló a las inciertas luces de la ciudad que llegaban hasta el tejado. Y al extremo del cable, el cinturón acolchado de recogida…

Se lo estaba colocando en los sobacos, cuando apareció el primer agente uniformado por el borde del tejado. Sin vacilar, Brigitte le disparó, de lleno al rostro. El hombre lanzó un alarido y desapareció… Se oyeron gritos, un fuerte golpe, luego el rodar de algo.

La espía había enviado nuevamente la señal con su linterna.

El helicóptero ascendió inmediatamente, volando además de tal modo que interponía entre él y los policías de los tejados inferiores la masa oscura del edificio más alto de la manzana, en cuyo tejado había sido recogida la espía Baby.

Ésta subía más y más, pendiente del helicóptero por el fortísimo cable. Otro agente había llegado al tejado, pero se apresuró a esconderse cuando Brigitte, ya colgada, disparó hacia él. La bala dio en el borde del tejado y rebotó con agudo y fino tañido de metal vibrante.

Cada vez más alta, pendulando en el frío aire de la noche, la espía de lujo de la CIA se alejó de allí, perfectamente a salvo, al viento sus negros cabellos, tremolantes sus ropas, llorosos los dulces ojos azules. A su izquierda veía el mar, el puerto, las luces de los clubes de yates de New Haven. A la derecha, la ciudad, con sus amplias zonas verdes destinadas a parques de recreo… Pero, todavía muy cerca, la inconfundible mole de la Universidad de Yale. El aire era frío arriba, pero Baby Montfort, con toda New Haven a sus pies, a vista de pájaro, no lo notaba. No notaba nada. Ni siquiera que la subían hacia el helicóptero. No notaba nada porque su mente estaba fija obsesivamente en un solo pensamiento:

«Te encontraré, Tentáculo… Te encontraré. Va empeñada la palabra de la agente Baby.»

* * *

Simón entró en la cabaña del motel, y el otro Simón, que le había abierto la puerta, la cerró y quedó apoyado de espaldas en ella, guardando la pistola.

El Simón recién llegado se sentó en un silloncito y miró a Brigitte, que esperaba expectante. Junto a ella, Charles Pitzer y dos agentes más de la CIA.

—Tenía razón, Baby. El coche de la Policía fue robado. Unos hombres atacaron con gas a los auténticos policías, y los dejaron atados y amordazados, en paños menores, cerca de Wilbur Cross Parkway, casi en la orilla de Wintergreen Lake.

—¿Y respecto a ese Go Do Bienh…?

Fue Pitzer quien contestó:

—Es un militar de gran importancia en Camboya, según informes de la Central.

—¿Se dan cuenta? —musitó Brigitte—. El plan era complicado, pero efectivo. Se trataba de llevarme a mí al apartamento de Larry Cukor, que estaba condenado desde el principio a morir envenenado. Quizá su hora de muerte estaba calculada a las siete. Pero como yo llegué antes, pude hablar con él. Sin embargo, esto ya lo sabían, debido al micrófono que habían colocado…

—¿Por qué no fueron antes a por usted?

—Por varias razones. Una de ellas, posiblemente, que estaban esperando que el veneno hiciera su efecto, y el muchacho estuviera muerto. Otra, que si bien estaban convencidos de que podrían atraparme, se tenía en cuenta la posibilidad de que pudiera escapar, en cuyo caso eso les sería útil, en parte.

—¿Útil? ¿En qué sentido?

—Puesto que llegué antes de la hora en que la carta me citaba, era probable que sonsacase al muchacho, antes de que muriese. Por el micrófono colocado en el apartamento, comprendieron que así era, y que yo lo descubría todo. Incluso lo que se proponían con respecto a Larry Cukor y a Go Do Bienh… Por tanto, si yo descubría eso, y luego el micrófono, y por tanto me enteraba de que ellos sabían que yo conocía sus planes, era lógico que los cambiasen. Eso es lo que ellos creen que nosotros estamos pensando ahora.

—¿Ellos creen que nosotros estamos pensando que, puesto que usted conoce sus planes respecto a Go Doh Bienh, desistan de ellos?

—Exactamente.

—O sea, que nosotros debemos pensar que ya no enviarán a nadie a matar a ese militar camboyano llamado Go Doh Bienh.

—Justo y preciso, Simón. Lo cual es una ventaja para ellos.

—¿Ventaja?

—Claro. Si nosotros, convencidos de que nada van a intentar contra Go Doh Bienh, no enviamos a nadie allá, ellos tendrán el camino libre. Conseguirán otro estudiante, que hará el papel de Larry Cukor.

—¿Realmente cree que insistirán en ese atentado?

—Lo creo firmemente. Ésa es una de las ventajas de que yo consiguiera escapar… Me querían viva, desde luego. Al parecer, mi querido enemigo no desiste de hacerme morir de un modo poco corriente. No es amante de las balas. Lanzallamas, veneno, gas… Si me hubiesen atrapado, a estas horas estaría pasándolo muy mal. Desde luego, mi enemigo misterioso no es una persona… corriente.

—¿Qué quiere decir?

—Que no es corriente —sonrió secamente la espía—. Primero, aparece como una dama pelirroja, en mi apartamento. Luego, en el garaje, como un mecánico. A Larry Cukor se le presentó como una dama ya mayor, de rostro un tanto exótico y hablando pésimamente el inglés. Y esta noche, frente al apartamento de Larry, aparece como oficial de la Policía…

—¿Está segura de que era esa misma persona?

—Segurísima. Tiene un caminar inconfundible.

—¿Puede ser cojo?

—No sé.

—¿Y no le recuerda a nadie…, por su tipo, su cabeza, su modo de caminar…?

—No me recuerda absolutamente a nadie. Sin embargo, insisto en que está relacionado con OCTOPUS.

—¿Por lo del lanzallamas?

—Sí.

—Pero luego intentó matarla de otras maneras…

—Quizá comprendió que no era demasiado fácil matarme con… con comodidad, y ha ido eligiendo diversos sistemas. Desde luego, estoy segura de que no piensa desistir de acabar con mi vida.

—Hay algo que no comprendo —musitó Pitzer—: ¿por qué matar a un muchacho que podía hacerles un servicio? Primero le

dan dinero, un pasaje en avión, la carta con el membrete falso de la CIA, el nombre del hotel de Hong Kong donde debe alojarse y esperar… ¿Por qué utilizar a ese muchacho de esa forma? Podrían haber elegido a otro… A uno que no tuviese que ir a Hong Kong, a un estudiante cualquiera. Para tenderle la trampa a usted, no hacía falta complicar a Larry Cukor, que ya había aceptado ir a Hong Kong. Además, de este modo, usted se ha enterado de los planes respecto a Go Doh Bienh.

—Yo creo —musitó Brigitte— que, en primer lugar, esto ha sido un truco de Tentáculo para…

—¿De quién?

—De Tentáculo —sonrió la espía—. Yo llamo así a mi mortal enemigo tan amigo de trucos y trampas. Como decía, Tentáculo debe de saber, porque me conoce muy bien, que estoy atando cabos. Seguramente, pensó que yo podía saber demasiado… Y quiso saber qué era lo que yo sabía. Nada mejor que enviarme a Larry Cukor, con lo cual hablé largo y tendido. Ahora, Tentáculo sabe hasta qué punto estoy yo enterada de sus planes. Y podrá obrar en consecuencia. Eso, en primer lugar. De modo que utilizó a Larry Cukor exclusivamente para que, ante todos los datos que yo iba obteniendo del muchacho, fuese exponiendo mi teoría, y Tentáculo se fue enterando de mis posibilidades de llegar hasta la verdad. Ahora, sabe cuáles son mis pistas, y obrará en consecuencia. En segundo lugar, naturalmente, está deseando atraparme con su tentáculo. Eso, por encima de todo, estoy segura. Y mi visita a Larry podía ser un momento propicio. Y, en tercer lugar, y sopesando la posibilidad de que yo consiguiese escapar de su trampa una vez más, ahí quedaba el truco: que yo me convenciese de que, al estar enterada de los planes de Tentáculo, éste no enviaría ya a nadie a Hong Kong.

—Pero… ¿enviará a alguien?

—No sé… Puede que sí, puede que no… Pero ¿tiene usted alguna otra pista que ofrecerme, tío Charlie?

—No… No por ahora, claro…

—Entonces, iré a Hong Kong.

—¡Un momento! ¡Nadie la ha autorizado a…!

—Y por último —sonrió amablemente Brigitte—, había una circunstancia muy favorable también a los planes de Tentáculo; la

carta y el micrófono.

—¿A qué se refiere ahora?

—Supongamos que yo no me hubiese llevado del apartamento del muchacho la carta falsa de la CIA y el micrófono. Ahora, la verdadera Policía tendría ambas cosas, ¿no es así?

—Demonios —mascullό Simón.

—Exacto: la Policía tendría a otro universitario muerto. Y en su apartamento una carta de la CIA, un micrófono y la noticia de que un falso grupo de agentes de la Policía han estado allí, persiguiendo a alguien que escapaba. Resumen: un lío de espionaje. En el cual, de nuevo aparecía la CIA mezclada con la muerte de un joven universitario, policías falsos, alguien que escapa por una ventana… Y seguramente alguien podría sugerir que el muchacho fue envenenado por la propia CIA por… incompatibilidad de intereses a última hora. Cosas de ese estilo.

—¡Pero ese Tentáculo, o como se llame, es diabólico…!

—Yo también, si me lo propongo —sonrió Brigitte, tan dulcemente que Pitzer se estremeció—. Yo también puedo ser diabólica, tío Charlie. Espero poder demostrarlo en Hong Kong.

—No estamos seguros de que se vaya a intentar eso, Brigitte…

—Yo creo que sí se intentará. En estos momentos, algún joven universitario norteamericano está a punto de salir hacia Hong Kong… con el empleo de preceptor de dos niños norteamericanos cuyos padres, por negocios, están viviendo en Hong Kong. La misma historia, supongo, ya que, siendo buena…, ¿por qué cambiarla? A todos les cuenta la misma mentira, sólo que cambiando los lugares. Primero fue Aden, luego La Habana… Y ahora Hong Kong.

—Éste es un asunto peligroso, Brigitte…

—No me diga, querido.

—Tendré que ponerme en contacto con Washington, solicitando su permiso para que usted se desplace a Hong Kong.

—Buena idea. De paso, dígales que me tengan preparado un vomitivo.

—¿Un… un…?

—Un vomitivo. En cualquier momento puedo ser envenenada, de modo que no será mala idea llevar un vomitivo. Si lo hubiese tenido cuando lo de Larry, ese simpático muchacho estaría vivo todavía.

—Bien… Es una precaución que nunca está de más… Pero, desde luego, en esta ocasión no irá sola de viaje, Brigitte.

—¿Por qué no?

—¡Porque no es lo mismo enviarla a usted a hacer un trabajo que nadie conoce, a enviarla a un lugar donde quizá la están esperando para matarla!

—¿Por qué se excita así? —sonrió Baby.

—Porque… porque… ¡Porque me da la gana!

—Porque me ama… —rió ella—. Igual que mis queridos Simones… ¿No es cierto, caballeros?

Los cuatro agentes de la CIA sonrieron, sin decir que sí o que no. Pero, en verdad, hacía falta estar loco para no amar a Brigitte Montfort, alias Baby, la agente secreto que más vidas de compañeros en peligro había salvado en toda la historia de espionaje de la CIA.

—La ame o no —refunfuñó Pitzer—, usted no irá sola a Hong Kong.

—¿Tengo que llevarme a mis niños?

Los cuatro espías volvieron a sonreír.

—Así es. Los llevará con usted. Eso, en el supuesto de que la Central la autorice a ir a Hong Kong.

—Lo hará. Y entonces pondremos en práctica mi plan.

—¿Cuál plan?

—Siéntese a mi lado, tío Charlie. Y ustedes, muchachos, vengan aquí también. Les contaré cómo pienso cortar ese último tentáculo de la desaparecida OCTOPUS…

Capítulo VII

Exactamente treinta y dos horas después, esto es, a las diez de la mañana del día 4 de marzo de 1967, una pasajera descendía de un avión de la TWA en el Hong Kong International Airport.

Una pasajera más llamativa que un portaaviones en un charquito de agua. Era esbelta, magnífica de formas, rubia hasta la exageración, con unos enormes y espléndidos ojos azules que parecían sonreír a la vida y al mundo. Llevaba una escandalosa minifalda a cuadros, medias de color azul y una gorrita de punto, a cuadros, que era de lo más estrafalario.

Para dejar de ver a esta pasajera, hacía falta algo más que ser ciego: hacía falta estar muerto.

Llevaba una pequeña maleta roja y un bolso con florecillas también rojas. Caminaba como si no tuviese el suficiente espacio, y sus piernas, de forma delicada, pero firmísimas, se movían a un gracioso compás vertiginoso, como el repiqueteo continuo de una batería musical. Se llevó con ella mil silbidos y miles de miradas admirativas. Sin ningún contratiempo pasó los trámites aduanales, tomó un taxi y se hizo llevar al Hong Kong Terrace Hotel. Posiblemente, su cabellera rubia era visible desde una docena de millas, lo mismo en las aduanas que dentro del taxi, en el vestíbulo del hotel…

Cuando llegó a la conserjería de éste, se dio a conocer con voz estridente, vulgar:

—¡Soy Caroline Karr! ¡Reservé una habitación desde San Francisco, hace veinticuatro horas! ¿Está preparada?

Todas las miradas convergieron en ella. Algunas mostraron una cierta ironía, pero todas, sin excepción, una incontenible admiración ante aquella perfección física. Los zapatos, de alto tacón, eran de color rojo, con lo que destacaban escandalosamente de las medias, de la minifalda, de todo…

Aquella muchacha, en el vestíbulo elegante, silencioso y protocolario del Hong Kong Terrace, era como una cotorra introducida clandestinamente en una bandada de cisnes. Hasta el punto de que el conserje, a pesar de comprobar que, en efecto, la señorita Caroline Karr tenía reservada una *suite* de lujo en el hotel, vaciló visiblemente.

—Sí… Aquí está su nombre, señorita Karr… Pero si lo desea, con gusto le indicaremos un lugar apropiado para su estancia en Hong Kong…

—¿Apropiado? ¿Es indecente este hotel, acaso?

—No, no… Pero pienso que quizás a usted le gustaría… otra clase de ambiente.

—¡Me gusta este ambiente! ¡Le pedí a mi representante el mejor hotel de Hong Kong, y aquí voy a quedarme! ¿Okay?

El conserje del Hong Kong Terrace se resignó de momento.

—*Suite* 402, señorita Karr. La acompañarán allá.

—¡Naturalmente! ¡No voy a llevar yo la maleta! ¡Estaría bueno, vamos…! ¡Y cuando llegue el resto de mi equipaje, que lo suban inmediatamente a mi… a mi…! ¿Cómo ha dicho?

—*Suite*, señorita Karr —suspiró el elegante conserje.

—¡Pues a mi *suite*! ¿Hay baño en ese lugar?

—Por supuesto —casi gimió el conserje—. Todas las *suites* de este hotel tienen baño, señorita Karr… Algunas de ellas, incluso tienen dos.

—¿Y agua caliente?

El hombre estaba al borde del colapso.

—Agua caliente —gimió—. Sí, sí, también hay agua caliente.

—¡Está bien! ¡Se ha ganado usted veinte dólares de propina! ¡Aquí los tiene!

Tendió el billete al hombre, como quien enarbola una bandera maravillosa. El conserje enrojeció, y por un instante pareció que fuese a rechazar la propina. Pero parecía mucho más discreto aceptarla, y zanjar la cuestión, que discutir con la escandalosa rubia de ojos azules como el cielo.

—Muchas gracias, señorita Karr…

—¡Pero no se acostumbre a propinas de veinte dólares, ¿lo entiende?! ¡Nadie me regala el dinero!

—Sí… Sí, sí, lo entiendo. —El hombre parecía encontrarse

dentro de un traje impropio de su talla. Se pasó un dedo entre el cuello y la camisa—. Sí, lo entiendo, de veras. Bien venida a Hong Kong, señorita Karr.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Pues le diré que nadie me ha puesto en el cuello ese collar de flores que sale siempre en las películas!

—Eso es en las Hawai, señorita Karr —casi lloró el conserje—. Aquí nos limitamos a decir algunas palabras de bienvenida…

—¿Qué diferencia hay entre las Hawai y Hong Kong? ¿Eh? ¿Qué diferencia hay?

—Bueno… No sé… Es más bien cosa de costumbres…

—¿Y por qué aquí no hacen lo mismo que en Hawai, que está aquí al lado, en China?

El conserje casi se desmayó de verdad. Quedó tan destrozado, que ni siquiera encontró fuerzas para replicar… ¡Las islas Hawai en China, al lado de Hong Kong…!

Para su fortuna, para la buena marcha de su salud, un botones se hizo cargo del equipaje y de la llave de la *suite* de Caroline Karr, y se la llevó hacia los ascensores. El conserje sacó su blanquísimo pañuelo y se secó el sudor de la frente, escrutando las expresiones de los demás clientes del hotel, que tras el desayuno, o algunos de ellos esperando algunos minutos hasta su hora de desayunar, estaban esparcidos por el vestíbulo exótico, leyendo el periódico de la edición inglesa. Sí… Por suerte, parecía que, tras aquei trágico minuto, los hombres alojados en el Hong Kong Terrace decidían olvidar a la rubia y ocuparse de las noticias del mundo.

* * *

A las once y media tuvieron que recordarla, forzosamente, ya que la rubia apareció en el bar del hotel, como si hasta el último vaso fuese de su exclusiva propiedad.

—¡Muchacho! —llamó al camarero, tras sentarse a la barra y enseñar las piernas casi hasta las ingles—. ¡Trae para acá algo de beber!

El «muchacho», que era un camarero chino de casi cincuenta años, se acercó lentamente, en verdad sorprendido y casi atónito.

—¿Señorita?

—¡Algo de beber! Que sea bueno… ¡Lo mejor!

—¿Puedo sugerirle algo adecuado al momento, señorita?

La rubia se volvió velozmente y miró de arriba a abajo al sujeto desconocido que le había hecho la pregunta. Un ejemplar masculino auténticamente interesante: alto, moreno, de hermosos ojos negros, cabello ondulado, impecablemente vestido…

—¿Quién cáscaras es usted? —chilló la rubia.

—Domenico Stompanato, a sus pies.

—¿A mis pies? ¿Para qué?

—Para servirla.

—Oh… ¡Oh! ¿Lo dice en serio?

—Absolutamente en serio. ¿Es usted norteamericana?

—¿Se nota?

—Bueno… Creo que un poco, realmente.

—¡Eso me gusta! ¿De dónde es usted?

—Italiano… De Italia, ya sabe…

—Ah, sí… De Italia… Europeo, ¿no es eso?

—Pues sí… Europeo, exactamente.

—¿Y qué hace usted aquí, en el continente asiático?

—Viajo. —Stompanato se sentó en el taburete contiguo y sonrió confidencialmente—. Entre nosotros, señorita: esto no es precisamente el continente asiático. Hong Kong es una isla. Pertenece al continente asiático, sin duda, pero… es una isla.

—¿Y qué?

—Nada… ¿Acepta mi invitación? Por cierto, no he oído su nombre, señorita…, señorita…

—¿Cómo había de oírlo, si no se lo he dicho? —dijo la rubia, con voz estridente—. ¡Caroline Karr! ¡A sus pies!

Se oyeron un par de risitas en el bar. Domenico Stompanato se limitó a sonreír amablemente.

—Muchas gracias. Pero las damas no se ponen a los pies de los caballeros. Es al contrario.

—Puede que sea al contrario, señor Stompanato, pero usted ha dicho que estaba a mis pies para servirme, y se ha sentado a mi lado.

—¡Es cierto! —rió el italiano—. ¡Creo que soy bastante desconsiderado! Sin embargo, no está bien que esas cosas se hagan en público, señorita Karr.

—Ah —brillaron los magníficos ojos azules—. ¿Y… en privado?

—En privado… puede hacerse todo.

Caroline Karr se quedó mirando a Stompanato, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué puede sugerirme para beber que sea adecuado al momento? —musitó.

—Si quiere el consejo de un italiano entendido, no hay nada mejor para abrir el apetito que…

—¡Ya tengo suficiente apetito!

—Aun así, un vino italiano de aperitivo, es lo indicado. Un par de gotitas de ginebra y un poco de limón me parece un crimen, pero se acostumbra mucho en el mundo.

—¿Y por qué un par de gotitas de ginebra? ¿Cree que no tengo dinero para pagar un trago completo?

—Imagino que sí. De todos modos, si me lo permite, la invito.

—¿Por qué? ¿Espera conseguir algo?

—La satisfacción de estar en compañía de tan hermosa mujer.

La rubia quedó boquiabierta. Volvió a mirar a Stompanato de arriba a abajo y asintió con la cabeza.

—Me gusta —sonrió—. Me gusta usted, señor Pompano.

—Stompanato.

—Ah, sí, claro…

—Antes lo dijo bien. Stompanato. No es difícil. De todos modos, creo que el nombre es aún más fácil.

—¿Domenico?

—Exactamente. ¿Puedo pedir los martinis?

—¿Los qué?

Stompanato miró al camarero chino, que interpretó el gesto, asintió con la cabeza y se retiró a preparar los martinis. El italiano tomó a la rubia por un brazo y la llevó hacia una mesa. Apartó una de las sillas.

—Estaremos más cómodos aquí… ¿Está sola en Hong Kong?

—Mi representante vendrá dentro de dos días. He querido adelantarme para conocer este lugar.

—Hong Kong es muy interesante… ¿A qué se dedica su representante?

—A representarme a mí.

—Sin duda —rió Stompanato—. Y usted, ¿a qué se dedica?

—Soy… actriz.

—Magnífico de veras. ¿Ha venido a hacer alguna película en Hong Kong?

—¿Películas? ¡Puag! ¡He venido a actuar en una sala de fiestas! ¡Un número sensacional!

—Lo creo… ¿Qué clase de número?

—Pues… Bueno, cuando yo salgo al escenario, todas las luces están apagadas… De pronto, se encienden y me ven a mí… Vestida, por el momento. Luego, se apagan, y cuando se vuelven a encender, ya no estoy tan vestida. Se vuelven a apagar las luces, y cuando se encienden estoy con un esqueleto… y un poco menos vestida. Entonces me pongo a contarle mis penas al esqueleto. Nadie me ama, nadie me comprende… El esqueleto, sí, pero… pero es sólo un esqueleto. Pero a mí me parece que es algo más que un esqueleto, y entonces…

—¿Se vuelven a apagar las luces?

—Algo así.

—No siga, no siga… Creo que voy adivinando… ¿Conoce usted Hong Kong?

—No. Oiga, no será usted un periodista, ¿eh?

—Le aseguro que no. Mmm… ¿Ha dicho usted que hasta dentro de dos días no llega su representante? En tal caso, debo entender que tiene usted… dos días libres. ¿No?

—Es posible, señor Domenico. Y me apuesto cinco centavos a que resulta que usted también tiene dos días libres, y piensa que puesto que no conozco la ciudad de Hong Kong, puede enseñármela bien… ¿Okay?

—Okay —sonrió Stompanato—. Espero que no le parezca mala idea. Ahí vienen los martinis… ¿Aceptaría almorzar conmigo?

Caroline Karr lo miró fija, intensa, maliciosamente.

—Siempre he detestado el aburrimiento —susurró.

* * *

Almorzaron juntos. Tomaron café. Luego salieron a pasear por Hong Kong, en rickscha doble: el Peak, Avenida Victoria, los muelles de Hong Kong y Kowloon, hicieron travesía de ida y vuelta en *ferry*… Un mundo pintoresco, que hacía lanzar frecuentes exclamaciones a la rubia estrepitosa.

Domenico Stompanato lo aceptaba todo con una sonrisa mundana, amable, simpática. Tomaba ya familiarmente del brazo a la artista de streaptease norteamericana, y durante los viajes en *ferry* ya la besó en los labios, ante la indiferente actitud de los chinos que hacían el viaje en la misma embarcación.

A las cinco y media de la tarde, los dos estaban solos en una casa de claro estilo chino. Muy nueva y limpia, eso sí: cañas de bambú, papeles pintados, esterillas… Un bonito jardín, con un estanque lleno de lotos y carpas… Una casa hecha de gruesos troncos de bambú, silenciosa, apartada.

—¿Un poco de *whisky*? —propuso Stompanato.

—Bueno. ¿No es maravillosa la vida, Domenico?

—Mucho. Ponte cómoda… A tu gusto. ¿Con hielo?

—¿Hay hielo en esta casucha?

—Hay de todo —sonrió el italiano.

—¡Qué bien!

Stompanato salió de la pieza matizada por el sol en penumbra, y Caroline Karr se tendió sobre la gran esterilla cuadrada. Se estaba bien allí… Se quitó el vestido, tirándolo a un lado. Luego, tiró al mismo lugar su bolsito…

Cuando Domenico Stompanato apareció, con dos vasos de *whisky* con hielo, la rubia estaba más o menos en bikini, estirada lánguidamente sobre la esterilla blanda y suave. El italiano estaba por completo olvidado de los vasos de *whisky* junto a aquella hermosa mujer de rubios cabellos y boquita entreabierta, siempre prometedora.

—¿Y ahora? —musitó él.

—¿Ahora? —susurró ella—. Ahora, nada…

—¿Nada? Escucha, esto no es… algo que un hombre acepte con tranquilidad. Nos hemos besado, y…

—¿Y quieres… algo más?

—¡Claro!

—¿Como por ejemplo… matarme?

—¡Qué…!

La rubia se movió a una velocidad que desconcertó absolutamente a Domenico Stompanato. De estar dulce, mimosamente tendida en la esterilla, pasó a quedar a horcajadas sobre el pecho del italiano, tras un hábil empujón que derribó a éste

de espaldas. Y al mismo tiempo, con un rápido tirón a un lado de su zapato derecho, la rubia sacó de allí un agudísimo punzón, de seis pulgadas de longitud, cuya punta quedó apoyada en la garganta de Stompanato.

—Quieto, querido —sonrió ella—. Muy quieto. A menos que quieras quedar clavado en esta esterilla por la garganta.

—Quita… quita esto de aquí, Caroline…

—Oh, vamos, mi amor… Sabes muy bien que no me llamo Caroline Karr, sino Brigitte Montfort. La agente Baby, de la CIA ¿No es cierto que lo sabes?

—No… ¡No!

—Estás mintiendo como un cochino, amor… Mírame bien: sé que un teñido rápido y una voz chillona no ha podido engañar a Tentáculo. Está aquí, en Hong Kong… Pero, ¿dónde, exactamente?

—No… no sé… de qué hablas…

—Te haré otra pregunta más, Domenico. Si no la contestas, te atravesaré la garganta. ¿Dónde está el estudiante de Estados Unidos? Me refiero al que ha de matar…, o intentar matar, a Go Doh Bienh.

—Estás loca… No sé… ¡Aaaaaaaggg…!

El punzón se había hundido una décima de pulgada en su garganta. Stompanato palideció intensamente, temblando todo su cuerpo.

—No seas obcecado, amor. Sé muy bien lo que hemos estado haciendo los dos. Tú querías engañarme a mí, y yo a ti y a Tentáculo… Me refiero a la persona que te ha contratado, se llame como se llame… ¿Tú sabes su nombre?

—¡No!

—Pero sí sabes lo que va a ocurrir en el hotel donde los dos estamos alojados, ¿no es cierto?

—No… No…

—Lo sabes. Pero eso ya lo impediré yo por mis propios medios. Lo que quiero que me digas es el hotel donde está esperando el universitario norteamericano.

—Es… es un muchacho joven… No le conozco…

—Pero sabes dónde está. ¿En qué hotel? Y no me digas el Dragón, porque mis amigos, han estado ya allí y no hay ni rastro de un joven americano. ¿En qué hotel está? Lo digo porque mis amigos

irán allá a llevarse la falsa carta de la CIA. Así no habrá malentendidos con respecto a la CIA.

—No… no entiendo… nada… ¡Nada! Yo sólo… sólo tenía que mantenerte alejada del hotel, estar contigo… Hacer lo que quisiera contigo, y luego golpearte y tenerte viva hasta que vinieran a buscarte. ¡Es todo lo que sé!

—¿Ni siquiera sabes el nombre del hotel donde está ese muchacho americano?

—Creo… creo que es el Blue Island, cerca… cerca del embarcadero de los *ferries*… Pero no sé nada de esto, lo oí por casualidad…

—¿A quién? ¿A una mujer?

—No… ¡No! Era un hombre manco… Me dieron dinero para el pasaje, en Nueva York, y me prometieron diez mil dólares si hacía bien el trabajo… Apenas habías llegado al hotel, me llamaron a mi *suite* y me dijeron… me dijeron que tú eras la persona que les interesaba…

—¿Un hombre manco? ¿Alto, bajo, gordo, flaco…?

—Alto… Alto y flaco…

—¿Has estado en New Haven hace cuarenta y ocho horas, querido?

—Estuve… Me llevaron con ellos… Nos pagan muy bien… ¡Pero no sé nada, nada…!

—Pues yo te lo diré, amor —musitó fríamente la espía—: entre tú, y otros como tú, por dinero estáis ayudando a un asesino a comprometer a la CIA, a atentar contra mi vida, y, sobre todo, habéis matado ya a tres muchachos estupendos, todos ellos estudiantes universitarios. Eso es lo que estáis haciendo… ¿Estás seguro de que ha llegado el estudiante norteamericano?

—Sí… Sí, estoy seguro…

—¿Y ya no sabes nada más?

—No… ¡Lo juro! Yo sólo hago pequeñas… pequeñas cosas…

—Puede que sean pequeñas, Domenico…, pero a mí no me gustan. No me gustan nada. Y si he de serte sincera, creo que estarás mucho mejor en estado de cadáver. Las personas como tú no son necesarias en el mundo.

—¡No me mat…!

Brigitte Baby Montfort apretó el punzón, con fuerza. La fina

aguja de acero atravesó la garganta de Domenico Stompanato, llegó a la esterilla, la atravesó también, y se clavó en el suelo de tablas. También quedó, clavada con el punzón, la vida de Domenico Stompanato, que tras un grotesco estremecimiento quedó inmóvil, abiertos los ojos, crispada la boca… Baby se apartó de él. Fue hacia su bolsito, lo recogió y sacó la radio.

—¿Simón?

—¿Está bien, Baby?

—Perfectamente. ¿Sabemos ya algo concreto?

—Desde luego. Go Doh Bienh es un general camboyano, de gran prestigio en su país. Su actitud es claramente hostil hacia Estados Unidos, con respecto a la guerra de Vietnam. Precisamente, esta tarde, a las siete y media, tiene una entrevista con tres altos jefes de nuestro Ejército, en una *suite* privada del Hong Kong Terrace Hotel, para discutir sobre el problema que se planteará si Estados Unidos utiliza territorio camboyano en sus sistemas tácticos de ataque al Vietnam del Norte.

—Entiendo. Si uno de nuestros estudiantes mata a ese hombre, la cosa se va a complicar extraordinariamente. Yo impediré que suceda nada de ese estilo. Usted, con otro niño —sonrió—, diríjanse al hotel llamado Blue Island, cerca del embarcadero de los *ferries*… Dejen salir al muchacho con su acompañante, y en cuanto hayan salido, registren sus habitaciones y eliminen cualquier detalle que pueda comprometer a la CIA ¿Está claro. Simón?

—Clarísimo. ¿Y usted?

—Estaré esperando en el hotel la llegada de ese tonto muchacho universitario. Y entre los otros dos «niños» y yo, evitaremos el percance.

—¿Cómo lo hará?

—No se preocupe por eso. Yo siempre hago bien las cosas, Simón. Hasta luego.

Capítulo VIII

A las siete y cuarto de la tarde, la estrepitosa rubia llamada Caroline Karr estaba sentada en uno de los sillones del vestíbulo del Hong Kong Terrace Hotel, como si nada hubiera ocurrido de importancia en su vida.

En una mesita, ante ella, había un vaso de *whisky* con hielo, del cual bebía de cuando en cuando, lentamente, con una prudencia absoluta.

Como si temiera que el *whisky* pudiera estar envenenado.

Estaba con las piernas cruzadas, mostrando un par de rodillas perfectísimas, ahora enfundadas en medias de color rojo, igual que su jersey escotadísimo. Su presencia allí era como una llamarada que, por fuerza, tenía que atraer la atención de todas cuantas personas estuviesen en el vestíbulo o, simplemente, lo cruzasen. Además, fumaba de un modo en verdad exótico, como una vampiresa de los años treinta; en sus deditos había una larguísima boquilla de marfil y platino incrustado, y uno tras otro, los cigarrillos se sucedían en su extremo ancho. Los diminutos dientes blanquísimos apretaban la boquilla como si quisieran romperla.

Era una chica simpática, llena de picardía. Sonreía a todos los hombres, maliciosamente, como prometiendo algo. A buen seguro que de no haber sido tan llamativa, más de uno habría probado fortuna. Pero incluso en Hong Kong las cosas tienen que hacerse con discreción… Y el mejor modo de ser discretos, de pasar inadvertidos, era no acercarse a la rubia.

La cual iba ya por el cuarto cigarrillo, cuando dos hombres entraron en el hotel. Uno de ellos debía de tener cerca de cuarenta años. Alto, enjuto, de cejas espesas, ojos oscuros, aspecto fuerte… El otro era un muchacho rubio, lleno su rostro de pecas, con unos asombrosos ojos verdes rebosantes de alegría y vitalidad. También era alto, de hombros anchos. Llevaba un traje nuevo, blanco, made

in Hong Kong, y una corbata a rayas de tono claro. Parecía muy contento, y miraba a todos lados con una simpática sonrisa de felicidad. Tenía exactamente la expresión de quien está deseando ver a alguien que va a proporcionarle algo muy bueno.

Respecto al primer hombre, la rubia poco podía saber. Respecto al segundo, o sea, el muchacho rubio de los ojos verdes y la expresión alegre, lo sabía todo. Excepto el nombre, que no tenía importancia, en aquel momento: un muchacho norteamericano, estudiante en cualquiera de las universidades de Estados unidos.

Eso era todo. Y suficiente.

Y, según planes que el muchacho no podía ni remotamente sospechar, él estaba destinado a ser, dentro de pocos minutos y a los ojos del mundo entero, el universitario que, pagado por la CIA americana, había disparado contra el general camboyano Go Doh Bienh, el cual, según era sabido en las últimas noticias políticas, se oponía a que las tropas estadounidenses que peleaban en Vietnam pusieran el pie en tierras de Camboya.

Por tanto, si la CIA lo mataba, la cosa no admitiría demasiadas discusiones.

De manera que había que impedirlo. Y para eso, todo lo que hizo la rubia estrepitosa llamada Caroline Karr, fue quitar el cigarrillo de la boquilla, apagarlo en el cenicero machacándolo con fuerza, como correspondía a su vulgaridad…, y colocarse de nuevo la boquilla entre los bonitos dientes.

Hecho esto, sus mejillas se hincharon un instante, y se deshincharon inmediatamente, con fuerza.

Unos pasos más allá, el muchacho rubio se llevó velozmente la mano al cuello, con el gesto de quien acaba de recibir la picadura de un mosquito impertinente. Lanzó una exclamación y se rascó con fuerza. El hombre que iba con él preguntó algo, y cuando el muchacho se tambaleó, quiso sostenerlo. Pero el joven rubio tenía mucha envergadura física y se fue al suelo, pese a los esfuerzos de su acompañante…

En el vestíbulo del hotel creció un rumor de sorpresa, de expectación…

Algunas personas se pusieron en pie, acercándose rápidamente al lugar donde el muchacho había caído al suelo… Especialmente, dos hombres altos, de rostro duro, seco como piedra y mirada

penetrante.

En pocos segundos, los dos recién llegados estaban rodeados de clientes del hotel, camareros, el conserje…

La rubia, si bien miraba con curiosidad hacia allí, no se movió, ni parecía alterada en lo más mínimo. Colocó otro cigarrillo en la boquilla, bebió un sorbito de *whisky* y alzó las cejas, como si sólo sintiera un leve interés ante el tumulto que se iba formando…

Quizá porque sintió mucho más interés por los tres hombres que entraban entonces en el hotel. Iban de paisano, pero el gesto de sus hombros, su modo de caminar, eran marciales. Para quien estuviese al tanto del asunto, aquellos tres hombres podían ser los tres militares norteamericanos que acudían a sostener una conferencia de índole privadísima, y, por el momento amistosa, con Go Doh Bienh… Atisbaron unos segundos por encima de los hombros de los clientes del hotel, pero uno de ellos localizó al conserje y lo apartó del grupo, preguntándole algo… El conserje asintió con la cabeza y señaló hacia el ascensor. Los tres hombres se dirigieron hacia allí, y entonces la rubia volvió a prestar atención al suceso «incomprensible» que se desarrollaba en el centro del vestíbulo.

Uno de aquellos dos hombres altos, de rostro viril, estaba haciendo oír su voz por encima de los demás:

—Apártense… Por favor, apártense. Soy médico. Este hombre necesita ser atendido en un hospital… Por favor, abran paso.

El otro había alzado al rubio muchacho en sus brazos y caminaba hacia la salida del hotel, precedido por el que aseguraba ser médico. La gente los rodeaba, ahora un poco más calmados, pero palpitantes de curiosidad… Se oían comentarios…

La rubia sonreía complacida. Bien por Simón y Simón: se llevaban de allá al muchacho, según lo convenido. Estaban ya cerca de la puerta, bordeados de curiosos… Era poco probable que nadie se atreviese a molestar a un médico que se ocupaba de un muchacho que se había desmayado ante los ojos de todos…

Sí, señor: bien por Simón y Simón.

Entonces, la rubia miró al hombre que había llegado en compañía del muchacho. No seguía a los demás hacia la puerta, sino que estaba en el centro del vestíbulo, desconcertado, como perdido en un desierto súbitamente aparecido a su alrededor. Su mirada, interrogante, en demanda clarísima de consejo, se dirigía

hacia un rincón del vestíbulo… La muy falsa rubia miró también hacia allí, con el mayor disimulo posible… Pero una enorme maceta atestada de claveles chinos le impidió ver a la persona a la cual se consultaba con la mirada. Se puso en pie, desganadamente al parecer, y dio un par de pasos, mirando hacia el grupo de hombres que estaban saliendo del hotel.

Cuando calculó que podría ver a la persona situada en el rincón del vestíbulo, se volvió, lentamente.

Y quedó petrificada cuando su mirada se cruzó con la de aquella dama de cuerpo que parecía grueso, pero de rostro flaco, de ojos negros y penetrantes tras los cristales de los lentes. Cabello color ceniza, lentes, rellenos en el cuerpo… Falso. Todo falso.

Con anterioridad, había visto a aquella mujer un par de veces, durante el almuerzo, y luego al poco de llegar al hotel, tras matar al italiano Domenico Stompanato. Pero no le había prestado atención… Sin embargo, ahora, sabiendo que aquel hombre la miraba consultándola, comprendió la verdad. Un disfraz más, un truco más de Tentáculo.

Allá lo tenía. Fuese hombre o mujer, allá tenía a Tentáculo, ante ella, mirándola fijamente, con una irónica sonrisa en los delgados y pálidos labios. El cambio de miradas fue como un choque, sobre todo para la teñida agente de la CIA, que supo ver el intenso odio bajo aquella irónica expresión La expresión de quien, pese a todo, sabe que va a ganar la última partida; la expresión de quien está plenamente convencido de que no puede perder. Fue un cambio de miradas en el que destacó el odio, la ironía, una perversidad terrible por una parte, y la sorpresa, el reconocimiento, la alarma, por otra parte.

Fue el mutuo reconocimiento del enemigo, por primera vez desde hacía una semana.

No conocía a aquella mujer. O, si era hombre, tampoco. Claro que debía llevar maquillaje, trucos de desfiguración facial, cejas superpuestas, quizá microlentillas de contacto de diferente color al auténtico de sus ojos…

Allá tenía a Tentáculo: un personaje que no podría definir a pesar de estar viéndolo. Su mortal enemigo.

Con gestos calmosos, la agente de la CIA regresó a su asiento. Se sentó, cogió el bolsito y lo abrió, y cuando estaba a punto de

introducir la mano en él, quizás en busca de un arma, quizás en busca de la radio, alguien se sentó a su lado.

—Será mejor que deje el bolso quieto —oyó, en ruso.

Obedeció. Apartó la mano del bolso, ladeando la cabeza. Junto a ella había un hombre al que le faltaba el brazo izquierdo. La mano derecha estaba metida en el bolsillo de la americana, y era fácil comprender que empuñaba una pistola. El hombre debía de tener unos cuarenta años, era casi calvo, y sus oíos parecían de metal fundido, entre gris y azul…

El ceño de la espía internacional se frunció profundamente.

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte? —musitó, también en ruso.

—Su vista es buena —sonrió secamente el hombre—. Pero su memoria resulta… un poco lenta.

—Es posible —admitió secamente Brigitte—. Pero también es efectiva… Por tanto, sé que usted no es ni ha sido demasiado importante en mi vida.

—¿No lo soy ni siquiera en estos momentos?

—Ni siquiera en estos momentos. Sé muy bien que no va a dispararme aquí.

—A menos que usted se comporte… inadecuadamente.

—¿Cómo debo comportarme?

—Con discreción. Deje ya de lado ese estúpido papel de muchacha bella pero ordinaria que ha triunfado con su belleza, y póngase en pie. Nos vamos.

—¿Adónde?

—A su *suite*. ¿Trabajan para usted esos dos hombres? Los que se han llevado al muchacho, se entiende.

—No los he visto nunca. Uno de ellos decía que era médico… Sin embargo, tengo amigos cerca de nosotros, señor… señor…

—Pogorky. Stanislas Pogorky.

—Ah… ¿Y ella? —Movió la cabeza hacia el rincón del vestíbulo donde estaba Tentáculo—. ¿Quién es? ¿O es un hombre?

—¿Usted qué cree?

—Parece una mujer, y esa va siendo mi impresión más… concreta. Pero quizá sea un hombre menudo y flaco. No sé. ¿Quién es?

—Pronto lo sabrá. Ahora, subamos a su *suite*. Aunque si prefiere

que dispare ahora mismo, sólo tiene que decirlo.

—Iremos a mi *suite*. Dicen que mientras hay vida, hay esperanza.

—Sin duda. ¿Vamos ya?

Se pusieron en pie los dos. El hombre señaló con la barbilla hacia la escalera, no hacia los ascensores. Siempre, sin sacar la única mano del bolsillo de la chaqueta. Cuando se dirigían hacia allí, Brigitte ladeó la cabeza, hacia el rincón del vestíbulo. Allá estaba Tentáculo, mirándola con aquella cruel mirada irónica, como si la cosa no fuese con ella. O con él.

¿Mujer u hombre? Mujer, seguramente. Parecía no tener intención de ir con ellos a la *suite*.

En cambio, sí la tenía el hombre que había llegado con el estudiante norteamericano. Mientras subían, Brigitte oía sus pisadas detrás, siempre un tramo más abajo, pero, por supuesto, viéndola en todo momento.

Llegaron a la *suite*, ella abrió la puerta, entró, y Stanislas Pogorky la siguió, dejando la puerta abierta, para que segundos después entrara el otro hombre, mohíno.

—Eres un estúpido —dijo Pogorky, ahora en inglés—. ¿Ni siquiera has sabido qué hacer?

—Ha sido todo tan rápido… Ese muchacho se ha desmayado…

—¡Se ha desmayado! —exclamó sarcásticamente Pogorky—. Es triste tener que recurrir a tipos como tú y los otros. Igual que Domenico Stompanato. Se lo advertimos claramente: cuidado con la agente de la CIA No te confíes ni un segundo… Y ahora, él está muerto… ¿No es cierto, señorita Montfort?

—Tuve que matarlo, es cierto, señor Pogorky.

—¿Lo oyes? —masculló Pogorky—. En cuanto al muchacho americano, todo lo que ha ocurrido es que la señorita Montfort le ha disparado un dardo somnífero… ¿Cierto?

—Cierto —admitió Brigitte, sonriendo.

—Bien… El muchacho estará ahora en un hospital. Lo buscaré…

—Estúpido… ¡Estúpido! —le gritó Pogorky—. ¡Qué hospital ni qué…! ¡Se lo han llevado dos agentes de la CIA delante de tus narices!

—Pero dijeron…

Stanislas Pogorky cerró un instante los ojos, como si no pudiera resistir tanta estupidez.

—Ve a mi *suite*. Y trae el lanzallamas. Esta vez todo tiene que salir bien… con el permiso de la agente Baby.

—No lo tiene, desde luego —negó Brigitte—. Son ustedes muy persistentes, señor Pogorky.

—Cosas de… nuestro jefe. Espera —le dijo al hombre—. No quiero más riesgos. Arranca cualquier cosa que sirva para atar a la señorita Montfort, y la atas de pies y manos.

Brigitte dio un pasito más hacia el interior de la *suite* en el momento en que el hombre pasaba junto a ella. Y uno de sus lindos pies se torció, haciéndole perder el equilibrio…

—Oh —gimió—. Vaya, me he torcido…

Había levantado el piececito, con un gesto de dolor. Su gesto era el clásico de quien nota dolor en determinada parte del cuerpo: llevar la mano al lugar dolorido…

Pero en menos de un segundo el falso dolor desapareció. Sus pies quedaron firmemente apoyados en el suelo, mientras en su mano derecha brillaba el agudo punzón… Stanislas Pogorky lanzó una exclamación, pero el otro ni siquiera tuvo tiempo de eso: el punzón se clavó en su estómago, con tal fuerza que salió disparado hacia atrás, directo hacia Stanislas Pogorky, que apretó el gatillo de la pistola. Se oyó un pagado «plop», del bolsillo brotó una pequeña llamarada negruzca al ser chamuscada la tela…, y el hombre recibió la bala justo en los riñones. Se curvó entonces hacia atrás, muy abiertos los ojos por el dolor que laceraba su cuerpo en dos partes diferentes… Todavía estaba cayendo cuando Brigitte lanzaba el punzón hacia Pogorky, que casi cayó de espaldas al saltar para esquivarlo.

Se oyó el fino silbido, y la varilla de acero se clavó en la madera de la puerta, con sonora vibración.

Y estaba todavía Pogorky recuperando el equilibrio cuando uno de los pies de Baby golpeó en sus piernas, en un impecable golpe de judo… Se oyó otro «plop», pero la bala pasó muy lejos de Brigitte… Y en el aire, Stanislas Pogorky, instintivamente, sacó su mano del bolsillo para proteger su caída de espaldas en lo posible.

No lo consiguió demasiado, pero, además, apenas llego al suelo, los lindos piececitos de la agente Baby lo estaban esperando; un puntapié en corto y seco detrás de la cabeza pareció ser suficiente: quedó tendido cara al techo, inmóvil.

Brigitte se inclinó, le quitó la pistola y se acercó al otro hombre, cuya rapidísima agonía era evidente.

—¿Conoce a la mujer? —preguntó Brigitte—. ¿La conoce?

—Aasa… Aaa… AAA…

Eso fue todo. Quedó con los ojos desorbitados, fijos en el techo. Entonces, Brigitte fue hacia el sobre que había visto en el suelo apenas entrar en compañía de los dos hombres, y lo recogió. Un sobre en blanco, sin inscripción de ninguna clase. Lo rasgó, sacó un papel, y lo presionó con dos deditos, para desdoblarlo. Tras cuatro o cinco intentos vanos, se humedeció los deditos, y entonces sí pudo desdoblarlo.

Decía:

Esta carta se la envío por si una vez más consigue salir de apuros. Sólo que ahora, definitivamente, está condenada. Morirá dentro de tres minutos exactamente.

Baby palideció. Quedó unos segundos aturdida, comprendiendo lentamente la verdad, por fin. El papel… El papel era lo que contenía el veneno.

Estaba impregnado de un activísimo veneno. La carta se recibía doblada, tan juntos y adheridos los bordes del papel, que tras varios intentos por desdoblarlo, se tenía que recurrir a humedecer las yemas de los dedos con la lengua. Y entonces, el veneno del papel, que había quedado en los dedos, pasaba a la lengua de quien recibía la carta… Esto era lo que había ocurrido con Larry Cukor, desde luego. El muchacho había estado frotando el papel, luego se había llevado los dedos a la boca…

Y tres minutos después había muerto.

Tan lívido el rostro como el de un cadáver, Brigitte Baby Montfort alzó de pronto la mirada hacia la puerta de la *suite*, que se estaba abriendo.

Y se abrió del todo.

La mujer gordita a base de rellenos, quedó ante Brigitte, tan sorprendida como la espía. Durante una fracción de segundo, las dos se quedaron atónitas, mirándose, como si ambas se hubiesen llevado idéntica sorpresa.

Brigitte alzó de pronto la mano armada… Y cuando disparó con la pistola de Pogorky, Tentáculo había saltado ya hacia un lado de la puerta, atrayendo ésta, cerrándola. La bala dio en el marco y

quedó blandamente hundida allí, mientras en el pasillo se oían los precipitados pasos de Tentáculo alejándose. La espía dio un par de pasos hacia la puerta, pero se detuvo en seco.

¿Estaba loca? ¿Qué iba a conseguir persiguiendo a Tentáculo? En el suelo, Stanislas Pogorky se agitaba levemente, pero Baby tampoco le hizo el menor caso, porque en aquel mismo instante tuvo la sensación dolorosísima de que recibía un lanzazo en pleno vientre, que la obligó a encogerse bruscamente, casi cayendo al suelo.

—Dios… Dios mío…

Cayó de rodillas, apretándose el vientre con ambas manos, en una de las cuales estaba la pistola de Pogorky, que se agitaba más… Y arrodillada, la espía de lujo de la CIA llegó hasta el cadáver del hombre que había acompañado al estudiante norteamericano, y le quitó la pistola, con manos temblorosas. Luego, recogió su bolsito del suelo y continuó desplazándose de rodillas, hacia el cuarto de baño. Llegó allí casi diez segundos más tarde, entró y cerró por dentro con llave… Como si ése fuese su último objetivo en la vida, cayó al suelo, de lado. Apartó una de las manos de su vientre, abrió el bolsito y sacó la radio. Sus dedos temblaban tanto que le costó un terrible esfuerzo oprimir el botoncito de llamada.

—¿Sí, Baby?

—Si… Simón, vvvenga… en… en se… guida… Me han… me han… envenenado…

Capítulo IX

Cuando recibió la llamada de Baby Montfort, Simón iba con su compañero también llamado en clave Simón, en un coche, en cuyo asiento trasero, desvanecido, iba el joven estudiante.

—¿Sí, Baby? —sonrió.

Los dos oyeron la voz de Brigitte Montfort:

—Si… Simón, v-v-venga… en… en se… guida… Me han… me han… envenenado…

—¡Baby! —gritó Simón, lívido como un cadáver, igual que su compañero de la CIA—. ¡Baby, conteste!

El otro espía había girado ya el volante, y el coche, con gran chirrido de neumáticos, dio la vuelta completa en la calle, subiendo no menos de tres pies sobre una de las aceras y creando un pánico absoluto entre los peatones, la mayoría de ellos chinos. Dejando atrás un agitado murmullo de protesta, el coche emprendió el camino inverso, regresando al hotel, a toda velocidad. Es decir, todo lo contrario que habían estado haciendo hasta entonces: pasear lentamente por las cercanías esperando que el muchacho despertase de su sueño artificial… Un motorista de la municipalidad colonial de Hong Kong se negó, durante un par de segundos, a dar crédito a sus ojos cuando aquel bólido pasó por el centro de la ciudad, hacia la Avenida Victoria, sin respetar absolutamente nada.

En menos de dos minutos, el coche se detenía, casi saltando tras el brusco frenazo, delante del Hong Kong Terrace Hotel, y dos hombres salían disparados del vehículo justamente cuando otros dos parecían dispuestos a entrar en el hotel, tranquilamente. Pero su tranquilidad desapareció de pronto.

—¿Qué…?

—¡Arriba! —gritó Simón—. ¡Vamos arriba! ¡Tú quédate y atiende al motorista!

El motorista llegaba en aquel momento, y el agente secreto que

había llevado el volante del coche se dirigió hacia él, mientras los otros tres se lanzaban hacia el interior del hotel, corriendo, sin prestar atención a nadie… Ni siquiera a un hombre manco de rostro un poco demudado que salía en compañía de una dama de aspecto reposado, algo gordita, los dos un tanto apresurados.

Subieron las amplias escaleras blancas de tres en tres, a una velocidad asombrosa, como si sus facultades físicas no pudieran mermarse fuera cual fuese el esfuerzo que realizaran. Jadeantes, llegaron ante la puerta de la *suite* 402, que cedió inmediatamente, ya que había sido dejada abierta.

Los tres se precipitaron dentro de la *suite*, mirando a todos lados. En el suelo había un hombre, que parecía muerto. Uno de los de la CIA cerró la puerta y se acercó al hombre. Los otros dos, jadeando, se precipitaron al dormitorio…

—¡Baby…!

—¡En el baño! —jadeó el otro.

Corrieron los dos hacia allí. La puerta estaba cerrada por centro, y parecía muy sólida. Simón sacó su pistola, sin vacilar, apuntó a la cerradura y disparó. Un suave «plop», y la cerradura se hundió llevándose un trozo de madera astillada. Un puntapié acabó de dejar libre el paso al cuarto de baño.

Los dos hombres, sudando, se arrodillaron junto a Brigitte Montfort, que yacía de lado, pálido su rostro de muñequita. Cerca de una de sus manos se veía el bolsito, abierto. Y junto a él la radio de bolsillo.

Simón recogió una diminuta cápsula de junto a la boca de la espía de lujo, que se veía manchada…

—Ha tomado el vomitivo —murmuró roncamente, señalando el suelo—. Ayúdame.

La alzaron entre los dos. Cuando salían del baño, el otro espía estaba en la puerta, tan pálido como sus compañeros. Fue precediéndolos hasta el dormitorio y abrió la cama.

—Los zapatos… Y el vestido…

—¿Voy a por un médico?

—No es necesario. Yo tengo casi terminada la carrera. Y el caso es claro… Busca licor. Algo. Cuanto más alcohol tenga, mejor… Ve a por una *SadT whisky*, para neutralizar más el veneno. ¡Hay que salvarla, cueste lo que cueste!

* * *

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un cubo de plata del cual sobresalía una botella de champaña…

—Lleva dos días esperando ahí —dijo una voz amable—. Desde luego, es Perignon 55.

Abrió un poco los ojos, lentamente.

—Simón…

—Hola. Estamos a seis de marzo. Hong Kong bulle tan intensamente como siempre. Luce un sol aceptable, y usted está bien. ¿Quiere saber algo más?

—No sé… ¿Qué ha pasado?

Se quedó mirando los cuatro rostros amigos que la rodeaban, con una crispada sonrisa de alegría.

Simón consultó su reloj.

—Son las nueve y media de la mañana. Descanse, Baby. A las doce y media almorzaremos todos juntos, como alegres camaradas.

—¿Escaparon…?

—Desde luego. No se preocupe por nada. Todo está arreglado. Le ordeno que descanse Y no estoy solo en esta orden. ¿No es cierto, Simón, Simón, y Simón?

—Es cierto —dijeron los tres a la vez, sonriendo—. Ordenamos que Baby descanse.

* * *

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto —sonrió Simón—. Es usted una dormilona. La estamos esperando para almorzar desde las doce y media.

—¿Puedo moverme?

—Desde luego. ¿Quiere sentarse en la cama?

—Sí…

Simón y Simón la ayudaron, colocándole unos almohadones en la espalda. Quedó luego inmóvil, desmadejada, débil, con los brazos inertes. Vio fijas en ella las cuatro miradas, reflejando preocupación, y decidió solucionar aquello a su manera.

—Debo de estar horrible —se lamentó—. ¿Quién me deja un espejo?

Simón, Simón, Simón y Simón sonrieron ampliamente. Okay, de acuerdo: Baby les decía que todo iba bien. Estaba débil, pero volvía a ser la niña mimada de la CIA, de nuevo dispuesta a demostrar que merecía serlo.

—A ver —rió Simón—. ¡Un espejo para Baby!

Simón le dejó sobre la cama su bolsito, y Brigitte se miró en el espejito, temerosa.

—Horrible de verdad —musitó—. Estoy pálida, tengo ojeras, estoy despeinada… ¿Llevo dos días así?

—Ajá.

—Lamentable espectáculo para mis niños… ¿Todo está de nuevo en marcha?

—Ajá. Sólo estamos esperando que usted se ponga en órbita.

—¿Puedo levantarme, o estoy demasiado débil?

—Eso, usted sabrá, encanto.

—¿Vino la Policía colonial, o…?

—La CIA no quiere publicidad. Conseguimos arreglarlo todo… Ah, tendrá que añadir a su cuenta de gastos la suma de cien dólares… Una multa de tráfico.

—Impropio de un espía —sonrió la divina—. Vamos a ver qué tal están mis piernas.

—La última vez que se las vimos estaban estupendas.

Sonriendo, Brigitte apartó las ropas de la cama. Se dio cuenta entonces de que estaba en prendas íntimas, y dirigió una maliciosa mirada a sus compañeros de espionaje.

—Granujas…

Ciertamente: Baby volvía a ser Baby. El peligro había pasado.

—Mientras se da esos toquecitos tan femeninos en el cuarto de baño descorcharé el champaña. ¡No puede imaginarse lo que nos costó encontrar Dom Perignon en Hong Kong!

—Pero no hay nada que un espía no pueda conseguir —bromeó Brigitte—. A ver si me gusto más en el espejo grande…

No se gustó nada. Pero cinco minutos escasos de tocador la dejaron mucho más presentable. Y en dos días, Baby Montfort volvería a ser la adorable muñequita que todos conocían.

Cuando salió del cuarto de baño, los cuatro espías lanzaron un silbidito.

Simón le tendió una bata que había sacado del armario.

—Será mejor que se ponga esto, o no conseguiremos coordinar ideas.

—¿Encontraron las fotos en mi encendedor?

—Y están reveladas. ¿Ya?

—Ya.

Se acercó otro Simón, con la copa de champaña. Brigitte se sentó en el borde de la cama y bebió un sorbito.

—No está lo frío que a mí me gusta.

—El colmo —sonrió Simón—: todavía tiene quejas de nosotros… Por si le interesa, sepa que la señora gordita y el manco salieron de Hong Kong anteayer mismo, en avión, rumbo a París. ¿Son éstos?

Brigitte cogió las fotos que había tomado en el vestíbulo del hotel y las examinó ligeramente. Estaban allá el estudiante norteamericano, su acompañante y Stanislas Pogorky y Tentáculo. Esta última, vista de demasiado lejos al ser tomada la foto, no podía distinguirse muy bien, pues la ampliación dejaba un tanto borrosas sus facciones.

—¿Han ido a París?

—Salieron rumbo a París. Es todo lo que sabemos.

—¿Y el muchacho universitario?

—Devuelto a casa. A su llegada a Washington lo han esperado… Tenía una carta en su maleta, desde luego. Ahora está ya en la Central para ser examinada, aunque poco se ganará con ello. Sus vecinos del hotel se dejaron el equipaje… y un lanzallamas. El equipaje lo examinamos cuidadosamente, y encontramos un par de micrófonos magnéticos, dos receptores, una pistola… Salieron muy deprisa del hotel. Simón se cruzó con ellos. Hemos requisado todo eso y el lanzallamas. El resto del equipaje es cosa de los propietarios del hotel.

—¿Tomaron huellas?

—También están en Washington.

—Bien… Parece que todo está en marcha, ciertamente. ¿Avisaron a Europa que…?

—Toda Europa está buscándolos. La mujer de los disfraces será difícil de localizar, desde luego. Pero imaginamos que el hombre manco no lo será tanto. Claro que hay que tener en cuenta la muy razonable posibilidad de que se provea de un brazo artificial. Con lo cual las cosas están en verdad difíciles. Al menos, usted está viva.

—Fue astuta —sonrió otro Simón.

—Todavía no sabemos si lo hizo a propósito o sin darse cuenta realmente —protestó otro.

—¿De qué hablan? —se interesó Brigitte.

—Cuando llegamos, estaba encerrada en el cuarto de baño, con dos, pistolas… ¿Por qué?

—Me encerré para que no llegasen hasta mí. Y me llevé las pistolas porque si querían entrar no podrían disponer de ellas para romper la cerradura, con lo cual les dificultaba el trabajo… Al menos, el tiempo suficiente para que llegasen mis niños.

—Me debes cinco dólares —rió Simón, tendiendo la mano hacia otro Simón—. Ya te dije que de tonta, ni un pelo. Ni aunque la envenenen.

—Bien…, ¿qué tal si almorzamos algo? —propuso el otro Simón —. Todo debe de estar frío ya.

—Vamos allá… ¿Vino algún médico a cuidarme?

Simón fue a la mesita donde habían dejado el almuerzo exactamente a las doce y media. Alzó una de las tapaderas metálicas y olió ávidamente.

—Delicioso… La atendí yo mismo.

—Ah… Y dígame, doctor, ¿cuándo podré volver a espiar?

—Un par de días, como mínimo. Mejor, cuatro. No hay que precipitarse. Nuestros compañeros de Europa están buscando intensamente, por todos los medios.

—Puede que ya no estén en Europa, Simón.

—Pero sí en el planeta Tierra. Por tanto, la CIA los encontrará. El negativo de sus fotos fue a parar a Washington, y calculo que en estos momentos esas fotos están circulando a miles por todo el mundo.

—¿Podría yo disponer de cuatro copias?

—Sin duda. Puedo ir a cierto lugar de Hong Kong donde obtendré reproducciones de las que tenemos nosotros. ¿Para qué las quiere?

—¿Cuándo podrá tenerlas, Simón?

—Después de almorzar… —Gruñó el espía—. ¿O piensa matarnos de hambre?

* * *

Hacia las cinco de la tarde, Brigitte acabó de escribir, en la máquina proporcionada por la gerencia del hotel, la cuarta carta. Cogió el último juego de fotografías, las introdujo en el sobre también, y lo cerró.

—Vía aérea y urgente. Simón.

El agente de la CIA las cogió entonces y miró los sobres.

—John Pearson, Wilhelm von Steinheil, *monsieur*…

—¿Qué importan los nombres? —musitó la espía.

—¿Quiénes son?

—Amigos míos. Muy buenos amigos. Simón.

—Magnífico… Tiene usted amigos en París, Londres, Berlín, y hasta en la isla de Malta…

—Urgentes y por avión —sonrió Brigitte—. Y ya puede sacar los pasajes en avión para París.

—¿Para cuándo?

—¿Mañana? —musitó Brigitte.

—Ni hablar. Ya le he dicho que no hay prisa… Aunque nosotros llegásemos a París hoy mismo, todo sería lo mismo. Las cosas tienen que seguir su curso.

—Pero si llegamos…

—Que no. Dos o tres días en Hong Kong la beneficiarán. Tres, mejor que dos. ¿Qué quiere? ¿Estar débil cuando vuelva a encontrar a su amiga Tentáculo?

Brigitte quedó pensativa unos segundos. Simón tenía razón, por supuesto, y ella era demasiado impaciente… Lo cual no daba buenos resultados con Tentáculo. También su compañero tenía razón: por mucho que corriesen, todo seguiría igual. Si la CIA en toda Europa estaba buscando a Tentáculo, la presencia de ellos en aquel continente sólo podía perjudicar esa búsqueda, ya que había que tener en cuenta la posibilidad de que fuese Tentáculo quien viese a la agente Baby, y, en lugar de intentar matarla, como hasta entonces, alzase el vuelo hacia otra parte del mundo. Al menos, ahora sabían que estaba en Europa. O así lo creían, al menos.

Y, por último, además de la CIA, alguien más iba a buscar a Tentáculo y al hombre manco en Europa.

—De acuerdo, Simón. Saldremos dentro de tres días hacia París. Pero ni uno más.

—Ni uno más, prometido. Es usted una gran chica, Baby.

Capítulo X

Incluso en el Grand Hotel, de París, uno de los mejores del mundo, causó sensación la llegada de aquella damita de grandes ojos azules y elegancia sin tacha en su esbelto cuerpo perfecto. En cambio, no se había prestado ninguna atención especial a los dos hombres que llegaron un día antes y que, sentados en el vestíbulo, por separado, sentían un gran

interés por los periódicos Le Monde y Le Figaro respectivamente.

Estos dos hombres, de rostro viril y enjuto, sí sentían, en cambio, interés por todo, y más aún cuando llegó la damita de los maravillosos ojos azules. Entonces, perdieron todo interés por el periódico, y, cosa extraña, no la miraron a ella, como hacía todo el mundo, sino que se dedicaron a mirar con gran detenimiento a su alrededor. Por último, miraron a otros dos hombres que habían entrado en el hotel, detrás de la damita.

Y un cambio de miradas entre aquellos cuatro hombre fue suficiente: todo iba bien.

La damita procedía de Hong Kong. Los dos caballeros que se inscribieron después que ella, de Tokio. Así, al menos, constaba en sus pasaportes. Los tres eran ciudadanos americanos, pero no se conocían…

Con sendas sonrisas comprensivas, los dos hombres llegados de Tokio dejaron que se atendiera debidamente a la damita espléndida, la cual, por cierto, hablaba el francés maravillosamente. En un minuto, se metió en el bolsillo al personal del hotel que la atendió: conserjería, recepción, botones…

Y así, el viernes, día 10 de marzo, hacia las ocho de la noche, la más audaz espía del mundo quedaba aposentada en una de las más lujosas *suites* del Grand Hotel, en París.

La propina a los tres botones que se encargaron del equipaje, fue generosa, pero no en exceso. Con lo cual ellos supieron que aquella

era en verdad una gran dama: sabía dar propinas. Ni poco, que indica avaricia; ni mucho, que puede indicar esnobismo, falta de clase, o, por lo menos, de costumbre en desenvolverse en el gran mundo.

Durante la cena, magnífica en su vestido de noche, la nueva clienta del Grand Hotel convenció a los serios y expertos camareros de un modo definitivo. Una dama. Sabía lo que debía pedir en cada momento.

—*Champagne, mademoiselle?*

—*Mais oui, naturellement… Il y á Perignon 55?*

—*Sans doute. Merci, mademoiselle.*

Después de la cena, *mademoiselle* Montfort, cansada del viaje, decidió retirarse a sus habitaciones.

Y muy poco después estaba en *deshabillée*, preciosa y delicada como una flor de primavera…, pero examinando rutinariamente una bonita y diminuta pistola de cachas de madreperla. Lo cual quizás habría sorprendido no poco al admirado personal del hotel.

Todavía se habrían sorprendido más de saber que la damita recibía a los hombres por pares en su *suite*.

Cuando sonó la llamada a la puerta, ella alzó la cabeza vivamente, y la pistola apuntó inmediatamente hacia allí. Luego, sonriendo, fue hacia la puerta.

—¿Sí?

—Simón.

Abrió la puerta, y Simón y Simón entraron, mirando a todos lados. Ella cerró y señaló hacia el dormitorio, adonde los dos la siguieron, cada vez más convencidos de que su gentil compañera de peligros era la más hermosa mujer del mundo… Eso, aparte de ser la mejor espía.

—Magnífico hotel —comentó Simón.

—Como otros muchos —sonrió Baby—. ¿Alguna novedad?

—No… Sería demasiado que Tentáculo supiese que acabamos de llegar a París. ¿Ha examinado la *suite*?

—Todavía no.

—La ayudaremos…

—Oh, vamos, queridos niños… Sé hacerlo. Además, como bien ha dicho Simón, es poco probable que Tentáculo haya tenido tiempo de organizar alguno de sus trucos. Naturalmente, no está en

París.

—¿Por qué cree eso?

Brigitte suspiró, desalentada.

—Sería demasiado fácil. ¿Van a ir esta misma noche a ver al residente jefe en París?

—Desde luego. Simón y Simón estarán cerca de usted en todo mornento. De todos modos, no se descuide. Mmmm…

—¿Sí, Simón?

—Quizá sería mejor que nosotros registrásemos la *suite*. Si hubiese algún artefacto…

—¿De veras quieren hacer algo por mí? —sonrió la divina espía.

—¡Desde luego!

—Déjenme dormir. Estoy cansada de verdad. Mañana…

Se calló de pronto, quedando fija su mirada en la radio de bolsillo, colocada en la mesita de noche. Una diminuta luz roja estaba encendiéndose y apagándose silenciosamente, en señal de llamada.

Brigitte la atendió enseguida.

—¿Qué hay, Simón?

—Van a llamar a su puerta ahora mismo. El conserje del hotel.

—¿Armado?

—No lo parece. Lleva —se oyó la llamada a la puerta de la *suite* en aquel momento—. Ya ha llamado. Lleva una bandeja con cartas, o telegramas.

—Bien.

—Dígales a Simón y Simón que tengan cuidado.

—De acuerdo —sonrió Brigitte—. Buenas noches, Simón.

Cerró la radio y salió del dormitorio. Simón salió con ella y se colocó detrás de una cortina, pistola en mano. El otro Simón se quedó en el dormitorio, detrás de la puerta, mirando por la ranura entre ésta y el marco, también pistola en mano.

Y Baby Montfort abrió la puerta de la *suite*.

—Oh, señorita Montfort… Tendrá que perdonarnos… He venido personalmente para pedirle disculpas.

—¿Por qué motivo? —sonrió ella—. Todo está bien, a mi gusto… El hombre adelantó la bandeja, en la cual se veía un telegrama.

—Llegó anteayer, de madrugada. No había constancia de usted

en el hotel, de modo que decidimos conservarlo… He recordado hace unos minutos su llegada, y… Le suplico que nos perdone.

—Está bien… No tiene importancia. Muchas gracias.

—Estoy afligidísimo, señorita Montfort…

—Le aseguro que no tiene importancia. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Montfort.

Ella cerró la puerta, y Simón y Simón aparecieron, guardándose las pistolas.

—¿De quién es? —preguntó Simón.

—Todavía no lo he abierto, querido… Veamos… Lo abrió y lo leyó. El telegrama no podía ser más breve:

NIZA. Uno.

—Niza, Uno… ¿Está segura de que es para usted, Baby?

—La dirección está clarísima —sonrió la espía—. Brigitte Montfort, Grand Hotel, París. Además, estaba esperando algo así, Simón… Y tenía que ser él quien diese el primer informe.

—¿Quiere decir que Tentáculo está en Niza?

—En efecto.

—¿Y quién es ese uno…? ¡Un momento! —exclamó Simón—. Pero… No puede ser, claro…

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Pues… Bueno, imagino que ese Uno no será Número Uno… Claro que no puede ser. Numero Uno murió hace algunos meses en Europa… Fue una lástima de verdad: el mejor espía que ha tenido la CIA, Baby.

—¿De veras? No sería tan bueno cuando lo mataron en… en no sé dónde.

—¿Lo conoció usted?

—Un poco[3]. Sí… Un poco. Pero, claro, si está muerto, pues este Uno no puede ser él, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Quién es, entonces?

—Un amigo de gran preferencia, que se firma así porque está convencido de que es el hombre más importante de mi vida.

—¿Y lo es? —sonrió Simón.

—Todos son importantes. Bien… Parece que vamos a estar muy poco tiempo en París.

—Supongo que este hombre llamado Uno es de su completa confianza.

—Absoluta, Simón. Vaya esta noche a ver si nuestros compañeros de Europa pueden confirmar esto. Aunque no es necesario: si Uno lo dice, es que están en Niza. Y mañana temprano, obtenga los pasajes de avión para Niza. Emmm… Creo que será mejor no pagar la cuenta del hotel, de momento. Dejaremos las *suites* a nuestra cuenta, como si sólo fuésemos a Niza para una brevísima estancia y pensáramos volver a París.

—De acuerdo. Buenas noches, Baby.

—Hasta mañana, queridos.

* * *

El zumbido de la radio la despertó. El suave «bip-bip-bip» había sustituido a la lucecita roja durante la noche, a fin de poder oír una posible llamada de urgencia, como ocurría entonces. Sólo que no debía de ser demasiado urgente, ya que era de día. Un pálido sol, deslucido y triste, bañaba París. Eran las nueve y cuarto.

—Diga, Simón.

—Un hombre la va a visitar. Ahora llama.

Brigitte miró por la abierta puerta del dormitorio hacia la de la *suite*, donde, en efecto, sonó la llamada.

—¿Lo conocemos. Simón?

—Yo no.

—¿Cómo es?

—Más bien bajo, delgado… Viste de negro, sus ojos son muy pequeños… Y tiene una gran nariz.

—Oh, oh —rió Brigitte, que al oír que su visitante era bajo y delgado se había estremecido—. Creo que sé quién es, Simón. No hay cuidado. De todos modos, voy a asegurarme. Si no efectúo una llamada dentro de un minuto, es que pueden estar tranquilos.

—De acuerdo.

Brigitte salió de la cama, se puso la deshabillée sobre la camisita de dormir y fue a la puerta, con la pistolita en la mano derecha y la radio en la izquierda.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Puede recibirme, *mademoiselle* Montfort?

Sonriendo, la espía abrió y se quedó mirando con una expresión entre irónica y amable a su visitante.

—Mi querido *monsieur* Nez… ¡Cuánto tiempo sin vernos![4]

Monsieur Nez, cosa asombrosa en él, sonrió amistosamente, tendiendo su mano.

—¿Cómo está, Brigitte? —se interesó, en verdad amable.

—Bastante bien. —Brigitte se había apartado, el señor Nariz entró y ella cerró—. Me parece una tontería preguntarle si ha recibido mi carta, puesto que está aquí.

—Sí —suspiró *monsieur* Nez—. Estoy aquí. Y usted también está aquí, en Francia, en la mismísima París… Lo cual quiere decir que va a complicarme la vida… ¿He venido demasiado temprano, quizá?

—No, no… La verdad es que hubiese tenido que levantarme aún más pronto: salgo hoy mismo hacia el Sur.

—¿Ya lo sabe? —se asombró el subjefe del Deuxième Bureau.

—¿El qué?

—¿No ha dicho que va hacia el Sur?

—Sí. ¿Y qué?

—Entonces, lo sabe…

Brigitte se echó a reír.

—¡Qué manera más tonta de hablar, *monsieur*! La de los dos, desde luego. Que si el Sur, que si lo sabe, que si no lo sabe… ¿De qué estamos hablando, *monsieur*? ¿Un cigarrillo?

—*Oui, merci.*

Monsieur Nez se sentó en uno de los silloncitos del dormitorio, y Brigitte lo hizo en el borde de la cama, tras ofrecerle un cigarrillo. Ella encendió otro, y se quedó mirando con clara simpatía al espía francés.

—Así es la vida, *monsieur* —sonrió de pronto—. Varias veces, yo le he ayudado a usted, en beneficio de Francia y, de un modo especial, del Deuxième Bureau. Y…

—Ayuda que le ha sido pagada en dólares americanos.

—Oh… Ah, sí, es cierto… Un pequeño detalle de escasa importancia, porque a veces, *monsieur*, los servicios de Brigitte Montfort no tienen precio. ¿Que son cien, doscientos, trescientos mil dólares…, comparados con la gracia, la astucia y la eficiencia de la espía internacional más cara de todas? ¿O acaso va a atreverse a pedirme unos cuantos dólares por su ayuda, *monsieur*?

—Debería hacerlo.

—¿Pero no lo hará?

El señor Nariz vaciló, como irritado.

—No lo haré.

—*C'est magnifique*…! —exclamó la divina espía—. Eso quiere decir que, en el fondo, me estima de un modo considerable, *monsieur*… ¿No es cierto?

—Dígame lo que está ocurriendo —gruñó el francés—. ¿Por qué está buscando a esa gente?

—Son unos… agitadores políticos internacionales.

—¿Y piensan hacer alguna de sus jugadas en Francia?

—Bueno… Si están en Francia, supongo que no será por el simple gusto de visitar tan hermoso país. La última vez que los vi, en Hong Kong, pude estropearles sus planes, y escaparon, rumbo a París… Tengo la seguridad de que están proyectando algún… desagradable incidente en la Dulce Francia.

—¿Qué clase de incidente?

—No lo sé, *monsieur*. Pero sí estoy segura de que se trata de la muerte de alguna persona importante.

—¿Un francés?

—No forzosamente. Un personaje importante en la política, quizá las ciencias, la economía, la milicia… No forzosamente francés, pero sí debe de estar en Francia en estos días, ahora, hoy.

—¿Y usted quiere impedir ese… atentado?

—Desde luego. Además, tengo una cuenta de tipo personal con los personajes cuyas fotos le envié.

—¿Y va a salir hoy en su busca?

—Espero que antes del mediodía, de modo que podré almorzar en Niza.

—¿Va a Niza a buscarlos?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Pues porque… —Brigitte entornó los ojos—. ¿No están en Niza, *monsieur*?

—Según mis noticias, no, *mademoiselle*.

—¿No? ¿Dónde están, entonces?

El señor Nariz sonrió amablemente.

—Bueno… Digamos que el Deuxième Bureau, muy bien enterado de la gran… capacidad de cierta agente secreta

norteamericana, siente una gran curiosidad por los casos de esa eficaz agente en Francia. Cierto subjefe del Deuxième Bureau ha pensado que valdría la pena meter… la nariz en el asunto.

—Tiene usted demasiada nariz para meterla en esto, *monsieur* —dijo fríamente Brigitte—. Puede decirle al Deuxième Bureau que la agente secreta norteamericana no acepta condiciones ni tratos de ninguna clase. Y añada, *monsieur*, que la agente americana no escribió al Deuxième Bureau, sino a su amigo personal, el señor Nariz.

—No tiene por qué irritarse —farfulló el señor Nariz.

—No me irrito, *monsieur*. Solamente estoy decepcionada. Espero que los servicios secretos franceses no tengan que volver a recurrir jamás a la espía americana, porque la respuesta sería NO. Buenos días, *monsieur*.

Se puso en pie. *Monsieur* Nez permaneció sentado, gruñendo.

—Está bien, está bien… Sólo quería intentarlo, señorita Montfort. Comprenda que sienta interés por los pasos de una espía de su categoría…

—Francia no gana ni pierde en esto, se lo aseguro.

—Debo creerla, claro… ¿No necesita… digamos, una discreta colaboración del Deuxième Bureau?

—De momento, no. Y ahora, *monsieur*, si me lo permite… Tengo algunas cosas que hacer antes de salir para Niza.

—¿Por qué a Niza? Esas personas que busca no están allí.

—¿No? —sonrió Brigitte.

—No una de ellas, al menos. Me refiero al manco… Se le ha visto con dos brazos, pero eso no engaña a un espía con una semana de experiencia. Ha sido reconocido por la fotografía.

—Estupendo… ¿Y no está en Niza?

—No.

—¿Dónde, entonces?

—En Chamonix.

—Imposible, *monsieur*. ¿Está intentando alguna jugada sucia?

—No diga tonterías… ¿Por qué es imposible que ese hombre esté en Chamonix?

—Un amigo mío, de cuya capacidad profesional no se me ocurriría dudar jamás, me ha asegurado que las personas que busco están en Niza.

—Su amigo, sea quien sea, está equivocado. Están en Chamonix, en un lugar llamado Logis Mont-Blanc, junto al Gran San Bernardo. Un albergue caro, naturalmente. A todo confort.

Brigitte se quedó mirando al subjefe del Deuxième Bureau fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Cuándo ha sabido eso, *monsieur*?

—Ayer tarde. Vine al hotel, pero usted aún no había llegado… Y durante la noche me ha parecido más correcto dejarla descansar. ¿Va a salir hacia Chamonix? ¿O hacia Niza?

—Lo pensaré. De todos modos, agradezco la gentileza que ha tenido al ayudarme…, aunque sea a regañadientes. Puede comunicar al Deuxième Bureau, de parte de cierta espía americana, que, como en otras ocasiones, dicha espía les servirá con mucho gusto.

Se dirigió hacia la puerta de la *suite*, y el francés se colocó a su lado.

Antes de abrir la puerta, Brigitte le tendió la mano, sonriente.

—Muchas gracias, *monsieur*.

El señor Nariz retuvo unos segundos la fina manita de la espía.

—¿Volverá a París, Brigitte?

—Quizá. ¿Por qué?

—He pensado que quizá le gustaría conocer la ciudad de la mano de un experto.

—Ya conozco París —rió Baby—. Sin embargo, tendré en cuenta su invitación si regreso a esta hermosa ciudad. De nuevo gracias, y hasta la vista, *monsieur*.

El señor Nariz besó la manita de Brigitte y salió de la *suite*, dejando a la espía muy pensativa. Naturalmente, allí había algo que no estaba funcionando debidamente. Si Número Uno le decía que aquellas personas estaban en Niza, era que estaban en Niza. De eso estaba tan segura la agente Baby, que habría apostado la vida. Sin embargo, *monsieur* Nez tampoco tenía por qué engañarla. Y su información era más reciente… La radio estaba llamando, de modo que la atendió.

—¿Qué hay, Simón?

—¿Qué quería el narigudo?

—Asegura que Stanislas Pogorky está en Chamonix.

—¿Sí? Pues Simón tiene ya los billetes para Niza, en el vuelo

ciento…

Baby Montfort tomó una decisión súbita, intuitiva:

—Que los cambie. Iremos a Ginebra, y allá alquilaremos un coche, o lo compraremos, para ir hasta Chamonix. Pero no antes de las cinco de la tarde: tengo que salir de compras.

—¡De compras! ¿Es una de sus bromas, Baby?

—No, no —sonrió ella—. Afortunadamente, estamos en París, y espero que encuentre todo lo que necesito… Oh, sí, estoy segura de que lo tendré todo antes de las cinco de la tarde. ¿Van a seguir guardándome las espaldas. Simón?

—Desde luego.

—Pues estén alertas, porque saldré de compras dentro de media hora. Y a las cinco, hacia Chamonix… Prefiero los deportes acuáticos, pero también es divertido esquiar…

Capítulo XI

Hacia los ocho y media de aquel mismo día, un automóvil negro, que veinte años atrás habría sido considerado moderno y de gran lujo, se detuvo delante del Logis Mont-Blanc, en Chamonix, encarado hacia el Gran San Bernardo, como encerrado entre los altos picachos del Mont Blanc y Aiguille Verte. Soplaba un viento frío, y había en el aire unos menudos copos de nieve, que se arremolinaban formando caprichosos dibujos blancos en la negrura de la noche.

Del albergue brotaban raudales de luz, y por las ventanas escarchadas se deslizaba, apenas audible, la música. Una gran construcción de troncos, amplias terrazas, ventanas con contrafuertes de madera… Hacia el Mont Blanc, las pistas de esquí, de color azul a la luz de la luna, como si la nieve también estuviese allí jugando a mostrar diversos colores…

El chófer del antiguo pero bien cuidado automóvil saltó inmediatamente de su asiento, para abrir la portezuela izquierda de atrás. Al mismo tiempo dos botones del albergue más caro y lujoso de Chamonix salían a toda prisa desde el vestíbulo.

Del coche descendió una dama. Una dama como de sesenta años, vestida de negro, con blancas puntillas en la pechera, zapatos de medio tacón, un gran medallón al cuello… Y manejando un bastón de empuñadura de plata con una pericia que patentizaba una larga costumbre.

—Deprisa, *madame* —dijo el chófer—, el tiempo es muy crudo en este lugar.

El portero del albergue acudía ya con su paraguas, para proteger a la dama de los minúsculos copos de nieve. Se ganó una agradecida mirada de los negros ojos, todavía brillantes tras los cristales de los lentes de cristales ovalados.

—Me cuidaré del equipaje, *madame la duchesse* —dijo el chófer.

—Très bien, Henry. —Estaban ya en el vestíbulo, y la dama miró al portero—. Detesto la nieve, joven. Pero, a veces, hay que correr riesgos, en bien de la familia.

—La nieve no llega hasta aquí, *madame* —sonrió el portero—. Estoy convencido de que tendrá una feliz estancia.

—Lo dudo, lo dudo…

—Por aquí, *madame*…

La condujo hasta el vestíbulo, completamente solitario en aquel momento, a excepción del recepcionista. Desde el bar-comedor, la música llegaba ahora con mucha más potencia y claridad. Pero la construcción del albergue había sido hecha de tal modo que el bar quedaba aislado.

El conserje supo aquilatar inmediatamente la calidad de aquella dama.

—Buenas noches, *madame*… Bien venida a Logis Mont-Blanc. Es de desear que haya tenido un feliz viaje.

—Infernal… Infernal, joven, infernal… Aunque…, ¿hay nieve en el infierno?

—Creo que no, *madame* —sonrió el conserje—. Pero no podría asegurarlo. Nunca he estado allí.

—Todo llegará, joven, todo llegará… ¿Han llegado mis sobrinos, por cierto?

—¿Sus sobrinos, *madame*?

—Mais oui. Tres altos, escandalosos y perezosos muchachos, de apellido Simonet… ¿No han llegado?

—Temo que no, *madame*.

—Me lo temía —suspiró la anciana dama—. Nunca han tenido formalidad…

—Quizás estén en otro albergue, *madame*, esperándola a usted.

—¿En otro albergue? Imposible, imposible… Ah, no, no. Esos muchachos saben elegir muy bien su alojamiento. En cuanto a mí, estoy tan cansada que aceptaría cualquier cosa. Aunque… Dígame, joven, ¿hay algo en el bar que una dama respetable no deba ver u oír?

—Desde luego que no, *madame*.

—*Magnifique*! Entonces, iré a tomar algo que… algo que siente bien a mis viejos huesos… ¿Le interesa mi nombre y demás datos, a efectos de inscripción, joven?

—Si *madame* tiene la bondad…

—Mais oui. Soy Annette Simonet, duquesa de Montpelier… Henri le proporcionará la documentación que precise… ¿Todo listo, Henri?

—Oui, *madame la duchesse* —se inclinó el chófer, que acompañaba a los dos botones, cargados de viejas maletas y un baúl.

—Mis sobrinos no han venido… Ah, pero no me sorprende, no… ¿Qué habitación tengo, joven?

—La dieciséis, *madame la duchesse*.

—Bien… Acomódese usted también, Henri. Y no querré nada más por hoy. Buenas noches, Henri.

—Buenas noches, *madame*.

Annette Simonet, duquesa de Montpelier, se volvió de nuevo hacia el conserje.

—Si llegasen mis sobrinos, no les diga dónde estoy. Ellos solos encontrarán el bar, estoy segura.

—Muy bien, *madame la duchesse*.

El chófer y los botones se encaminaron hacia la escalera de madera que llevaba a las habitaciones, mientras la duquesa se dirigía hacia el bar, con graciosos pasos menudos, golpeando orgullosamente el suelo con el bastón de empuñadura de plata.

—Menudos pájaros deben de ser los sobrinos —comentó el portero, sonriendo burlonamente.

—¿Apuestas algo a que *madame la duchesse* se las arreglará muy bien para darles su merecido?

—¿Estás loco? —rió el portero—. ¡Conozco muy bien a la gente de carácter en cuanto la veo! Y esa señora duquesa…

Madame la duchesse hizo su aparición en el bar con toda naturalidad, mirando a todos lados por encima de sus lentes ovalados, brillantes sus ojos negros, impecable en su vestido oscuro, venerable con sus cabellos grises bien peinados, su rostro simpático y grave. Se dirigió sin vacilar a una mesa vacía, en un rincón cercano a una punta del mostrador, y se sentó, sin dejar de mirar a su alrededor, con expresión entre divertida y mosqueada. Jerseys de colores, gorras con una borla en la punta, gruesas botas, rostros quemados por la nieve, música moderna… Había esquíes por las paredes, un par de cabezas de ciervo, una piel de oso, cristales de

colores… Las paredes eran de troncos, lo que daba una sensación cálida, de confort, de intimidad. La chimenea estaba encendida. En el centro del bar, unos cuantos muchachos bailaban sin tocarse, mirándose, riendo y doblando las rodillas, casi en silencio… Afuera, debido a la escarcha de los cristales, apenas se veía la nieve…

Asombroso. Algunos de los clientes del albergue se permitían vestir de etiqueta… Quizá pensaban ir a Chamonix, a divertirse. O quizá se tomaban la cena en serio, y se vestían adecuadamente… Todo era allí como blando y brillante, acolchado, recogido, tibió…

—¿*Madame*?

—Mmm… Coñac. «Napoleón». Caliente, por favor.

—*Tout de suite.*

Las muchachas eran muy jóvenes. Algunas de ellas llevaban pantalones largos, de hombre, y un jersey a la espalda, cuyas mangas se anudaban en la garganta. En el rincón opuesto, un grupo de personas mayores hacían comentarios indiferentes, quizá sobre el tiempo, quizá sobre el día pasado, quizá sobre el día venidero…

En una mesa, solo, estaba Stanislas Pogorky.

Pero parecía tener dos brazos, no uno solo. Además, estaba claro que ocultaba su calva cabeza con una peluca bastante bien conseguida, en la que se veían incluso algunas canas en las sienes. Casi parecía atractivo. Sólo que si le arrancaban la peluca y el brazo artificial, el desengaño sería grande.

La mirada de *madame la duchesse* pasó brevemente por encima de Pogorky. Brevemente pero escrutadora, perspicaz. Pogorky la había mirado también a ella unos segundos, pero con clara indiferencia; su máxima atención se centraba en uno de los muchachos que bailaban en el centro del bar, riendo… Siempre apacible, entre risueña y crítica, la mirada de *madame la duchesse* regresó hacia los jóvenes bailarines. Casi seguro que no se equivocaba: Stanislas Pogorky dedicaba su atención al más alto; moreno, ancho de hombros, ojos oscuros… Un estupendo ejemplar de muchacho simpático e inteligente, en pleno desarrollo, camino de convertirse en un hombre interesante. Eso, suponiendo que pudiera sobrevivir a su aventura en Chamonix.

—Coñac, *madame*.

—*Merci*… Ah, joven, ¿quiere hacerme un favor?

—Desde luego, *madame*.

—¿Ve usted ese caballero del esmoquin impecable?

—¿El *signore* Tomasini?

—No sé cómo se llama. Me refiero al que tiene esas… enormes espaldas y la cintura tan estrecha, cabello ondulado… Y parece que ojos negros… Es terriblemente atractivo, ¿no es cierto, joven?

—Sin duda, *madame* —sonrió el camarero.

—Veo que está solo, como si este… ambiente frívolo no acabase de gustarle. Yo diría que se aburre. ¿Quiere invitarlo de mi parte a una copa de «Napoleón»? Y dígale que si tiene ganas de charlar de algo que valga la pena, ya tiene compañera. ¿Lo hará?

—Desde luego, *madame* —sonrió el camarero de nuevo—. Y estoy seguro de que el *signore* Tomasini va a pasar un rato agradable… Con su permiso, *madame*.

El camarero se alejó. *Madame la duchesse* le vio llegar junto al muy atractivo caballero del esmoquin impecable. Dijo algo, y el llamado Tomasini lo miró Escuchó unos segundos, y sus negrísimos ojos inteligentes, quizás un tanto fríos, miraron a la duquesa. Asintió a lo que decía el camarero, que se alejó. El *signore* Tomasini recogió su vaso de sobre el mostrador, bajó del taburete y se acercó lentamente a la mesa de Annette Simonet. Se detuvo ante ella y sonrió cortésmente.

—Angelo Tomasini, *madame* —se presentó—. A sus pies.

Annette Simonet tendió su blanca manita para que el atlético, apuesto y atractivo personaje pudiera besarla.

—Annette Simonet, duquesa de Montpelier… Encantada, señor Tomasini. ¿Quiere sentarse?

—Con mucho gusto, *madame*.

Se sentó. Era elegante, y pese a su atlética esbeltez parecía firme y duro como el acero.

—¿Está sorprendido por mi petición, señor Tomasini?

—Muy poco, *madame*. Aunque, realmente, es difícil encontrar una persona que sienta placer por una amena conversación. Debo añadir, *madame*, con todos los respetos, que su edad ha influido mucho en mi aceptación. Su edad y su… porte. Espero no haberme equivocado.

—Temo no entenderle, señor Tomasini. Oh, por favor, si usted considera que le será más grato conversar en italiano, podemos hacerlo.

—El francés es un idioma encantador, incluso para un italiano. Respecto a mis palabras anteriores, *madame*, quizá le parezca un tanto… inmodesto por mi parte, pero estoy un poco hastiado de señoras de cierta edad que buscan mi compañía más o menos… discretamente.

—Oh… Entiendo, señor, entiendo… ¿Le parezco de ésas?

—No estaría yo aquí, *madame*.

—Muchas gracias… Sin embargo, comprendo a esas damas que usted alude, señor Tomasini. La verdad es que resulta usted un hombre de lo más varonil e interesante. Y tiene la edad… justa. ¿Treinta y cinco?

—Treinta y seis, *madame*.

—Un hombre completo —suspiró la duquesa. Pero no tema, señor Tomasini: soy una dama de verdad.

—Así me lo ha parecido. ¿Tiene algún tema de conversación predilecto, *madame*?

—Pues… Siempre me ha gustado hablar de la gente en general… ¿Qué clase de personas hay en este lugar?

—Poco interesantes para sus… puntos de vista, creo. ¿Ha venido usted sola a Chamonix?

—No, no… He venido con Henri, mi chófer. Y estoy esperando la llegada de mis tres sobrinos. Tres simpáticos muchachos, sanos y fuertes. Muy inteligentes, pero algo perezosos, y quizá distraídos. Cabe en lo posible que incluso sabiendo que la cita era en este albergue, estén… por ahí, tomando unas copas.

—Ya entiendo. Respecto a las personas de este albergue, *madame*, usted misma puede verlas: jóvenes simpáticos pero algo tontos a la hora de divertirse; excelentes deportistas, eso sí. Es un placer verlos esquiar. Incluso, en ocasiones, resulta muy placentero oír sus risas y sus bromas. Éste es un lugar encantador… Luego, las personas mayores. Interesantes, la mayoría. Pero, excepto un par de personas en total, los demás no me interesarían de un modo especial.

—¿Y qué personas son ésas, señor Tomasini?

—Una, es el joven moreno de los hombros de atleta… No para de bailar. Yo diría que está… terriblemente contento. Pero, si me ha llamado la atención, ha sido, precisamente, por su relación con otra persona, ésta de más edad. Parecen buenos amigos… Me refiero al

caballero solitario de aquella mesa —miró apenas un segundo—. No quiero parecerle malicioso, *madame*, pero juraría que ese caballero lleva peluca postiza. Y un brazo artificial.

—¡Increíble! Hace falta muy buena vista para darse cuenta de eso, señor Tomasini.

—Bueno —sonrió Tomasini—. A algunas personas nos gusta observar a las demás. Resulta interesantísimo.

—Sin duda, sin duda… Dígame, señor Tomasini, ¿ha estado alguna vez en Niza?

—¡Por supuesto, *madame*! ¿Quién no ha estado en Niza? Precisamente, hace un par de días estaba allí y… No va a creerlo, *madame*: el caballero del brazo artificial también estaba en Niza.

—Asombroso.

—¿Verdad? Al parecer, los dos sentimos el mismo deseo: tomar el sol de nieve, de montaña… En esta época del año, las playas resultan… demasiado húmedas, incluso en Niza. Aquí, al menos, uno no se llama a engaño, sabe exactamente lo que puede esperar del clima del lugar.

—Un clima horrible. Detesto el frío, señor Tomasini.

—Bueno… Me parece muy prudente a su edad, *madame*. Oh, y volviendo al señor del brazo artificial: se llama Michel Bouvoir, y ocupa las habitaciones número veintidós, en el último piso. Sistema americano.

—Tan bueno como otro cualquiera. Parece que el señor Bouvoir está muy solo también, ¿no es cierto? Porque yo diría que el muchacho sabe divertirse por su cuenta.

—Ah, el muchacho… Habitación veinticuatro, contigua a la del señor Bouvoir. Se llama Leslie Bowles. Norteamericano, desde luego. Yo diría que… un avispado estudiante universitario. Acento del Sur… Posiblemente, de Miami.

—Señor Tomasini, me está usted asombrando —exclamó la dama—. Nunca he conocido a nadie con esa capacidad para deducir tantas cosas.

—Es mi *hobby*, como dicen los americanos. Se me olvidaba un detalle, respecto a la soledad del señor Michel Bouvoir: dejó a alguien en Niza. Una dama de la edad de usted, aproximadamente.

—¿Su amante? —sonrió maliciosamente la duquesa.

—Oh, *madame*, por favor… Admita que el señor Bouvoir es lo

más opuesto a mí; es decir, a un hombre en la edad… justa para interesar a una dama de cierta edad.

—Quizá sean familia…

—No creo. La dama en cuestión tiene alquilada una villa en Niza… Ville Bouganville. No es muy grande, pero resulta confortable y bien situada, sobre el mar, en Basse Corniche, a la derecha yendo hacia Mónaco. Por cierto que esa señora tiene a dos amigos en la villa… Dos hombres cuyo aspecto más bien me resulta antipático… Y si yo fuera dado a lo novelesco, juraría que van armados.

—¿Cree que sean… gangsters? —Se asustó la duquesa.

—Todo es posible, *madame* —sonrió Tomasini—. Pero si lo son, yo diría que de muy poca… calidad.

—¿Y la dama de Ville Bouganville? ¿Cómo es, qué opina usted de ella, señor Tomasini?

—Bueno… Se hace llamar Marie Leblanc, y parece que pretende dar la impresión de que es francesa.

—Pero ¿no lo es?

—¡Desde luego que no! Por unas raras casualidades, pude oírla en cierto momento… Justamente cuando estaba conversando con el señor Bouvoir respecto al viaje de éste a Chamonix a este albergue, hace un par de días… Yo diría, por el tono de voz, que la dama llamada Marie Leblanc es… rusa. Rusa, sí… O algo parecido. Todavía no he conseguido clasificarla…

—¿Podría ser armenia? —musitó la duquesa.

Angelo Tomasini se quedó mirándola asombrado.

—¡Pero exactamente, *madame*…! ¡Por supuesto que sí: armenia! Ah, Dio mio… ¡Armenia! En ese caso, el señor Bouvoir, aunque hable el francés y el inglés mucho mejor que ella, creo que también tiene que ser armenio.

—¿Y esos hombres que están con Marie Leblanc en Ville Bouganville?

—Ah, ésos son franceses, *madame*. Con toda seguridad.

—Entonces, claro, saben qué Marie Leblanc no es francesa.

—Deben de saberlo, ciertamente.

—Y resulta entonces que el señor Bouvoir es un impostor.

—Sin duda, *madame*. Estafadores, quizá… ¿No es apasionante conversar de la gente, *madame*? ¡Se entera uno de cada cosa…! ¿Un

cigarrillo, *madame*?

—No, no, gracias… No siento deseos de toser.

Angelo Tomasini rió simpáticamente, mirando con claro agrado a *madame la duchesse*.

—¿Puedo decirle, *madame*, que me parece una dama encantadora?

—Señor Tomasini…, es usted demasiado amable… No está obligado a tanto.

—Pero es lo que pienso, realmente, *madame*. Ah, Dio mio, algunos hombres llegan siempre tarde.

—¿Cómo…?

—Me pregunto cómo sería usted hace… treinta años, *madame*. Incluso menos.

—Eso es muy difícil de imaginar, señor Tomasini —rió la duquesa de Montpelier.

—Mmmm… No demasiado. Veo que está terminando su coñac… ¿Me permitiría invitarla?

—Una copa es suficiente. Gracias, de todos modos.

—Ah, se me olvidaba… Queda un personaje que puede que resulte interesante cuando llegue aquí, a Chamonix. Y, concretamente, a este albergue. Parece que tiene anunciada su llegada para mañana, hacia el mediodía.

—¿Quién es?

—Pues es… un político más o menos importante, de nacionalidad turca. Su nombre es Cassim Abdel. Creo haber oído algunos rumores respecto a que su actitud no es favorable a las bases de proyectiles dirigidos norteamericanos en Turquía. El señor Abdel está… preparando un agresivo discurso contra esa clase de armas americanas, y al parecer, el esfuerzo le ha agotado tanto que ha decidido descansar unos días en Chamonix… ¿Sabía usted, *madame*, que aquí se descansa muy bien?

—Así debe de ser, cuando un político de esa categoría escoge el lugar.

—Claro… Oh, por cierto: el señor Cassim Abdel viaja con su esposa. Una bella dama, según se dice. Una dama bella y gentil, de gran talento caritativo.

—¿Talento caritativo?

—La señora Abdel es muy conocida y querida en Turquía, por su

bondadosa disposición a ayudar a cuantas personas acuden a ella; generalmente, los pobres. Puedo asegurarle que nada causaría tanto dolor en Turquía como un accidente de esa dama… mientras se dedicaba al bonito deporte del esquí. Oh, y cualquier otra clase de accidente, desde luego. En cuanto al señor Cassim Abdel, tiene muchos y muy buenos amigos en Turquía, naturalmente. Es un matrimonio… muy popular y muy estimado, tanto personalmente como públicamente.

—Es de desear que no sufran accidente alguno, en tal caso. Va a perdonarme, señor Tomasini…

—¿Se retira ya?

—Bueno, no quisiera ser descortés con usted, que tan amable y paciente ha sido conmigo… De manera que si tiene deseos de conversar más rato, o tiene algo sobre lo cual le gustaría hablar…

—Por esta noche, el placer ha sido suficiente, *madame*, se lo aseguro.

Además, estoy plenamente convencido de que lo bueno debe dosificarse, de tal modo que no hastíe. Siempre conviene quedarse con un poquito de deseo sobre las cosas, magnífico modo de guardar buen recuerdo de ellas.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Tomasini. Ha sido un placer conocerlo.

Angelo Tomasini se puso en pie, sonriendo, y tomó la mano que le tendía la dama, para besarla suavemente.

—El placer ha sido mío, *madame la duchesse*. Hacía tiempo que me moría por encontrar una mujer como usted.

—Buenas noches, señor Tomasini.

—A sus pies…

La duquesa de Montpelier se retiró, con sus pasitos menudos, todavía vivos, un poco inclinados los hombros, manejando siempre orgullosamente su bastón.

A los pocos segundos, el camarero que la había servido se acercó a la mesa, donde Angelo Tomasini estaba terminando su *whisky*.

—Encantadora dama… ¿No es cierto, señor?

—Mucho.

—¿Otro *whisky*, señor?

—No… No, no…

—¿Alguna otra cosa? Es un placer servirle a usted, señor

Tomasini.

—Muchas gracias… Y… Bueno, creo que sería una buena idea celebrar el hallazgo de una dama como ya quedan pocas.

—Sin duda, señor —sonrió el camarero—. ¿Se lo sirvo ahora?

—No, no… Nada de *whisky*. Champaña. Perignon 55. Con guindas.

—¿Con… guindas?

—Sí. Póngame al máximo frío una botella de champaña, y consiga donde sea y como sea unas cuantas guindas. Colóquelas también al fresco, en un recipiente de cristal. Yo mismo lo subiré a mi habitación, cuando me retire dentro de media hora.

—Muy bien, señor.

* * *

En sus habitaciones, la duquesa de Montpelier estaba hablando a un diminuto aparato metálico, sentada en el borde de la cama de tal modo que unas espléndidas piernas asomaban por entre la severa tela negra.

—De acuerdo, Simón. Ahora, pórtense bien y permanezcan astutamente escondidos. Seguiré esperando en vano la llegada de mis sobrinos. Hasta mañana.

Cerró la radio y quedó pensativa. Tan pensativa, tan absorta en sus pensamientos, que pasó media hora así…, hasta que sonó la llamada a la puerta. La anciana duquesa cogió su bastón y fue a abrir. Ni siquiera tuvo la precaución de preguntar quién era.

Abrió, y el *signore* Tomasini entró tranquilamente, sin mirarla. Fue directo al dormitorio, dejó en la mesita la botella de champaña y las guindas y sacó dos copas de champaña de un bolsillo de la chaqueta del esmoquin. La duquesa, que le había seguido tras cerrar la puerta, lo estaba observando amablemente.

No se alteró cuando Angelo Tomasini se acercó a ella y le quitó cuidadosamente la peluca, las cejas grises, el maquillaje que marcaba unas discretas arrugas en el rostro de la dama… Cuando él la abrazó por la cintura y la besó profundamente en los labios, ella alzó los brazos, siempre sujetando el bastón, para rodear el musculoso cuello varonil.

Fue un beso largo y profundo, silencioso hasta el máximo, ya

que los dos habían contenido la respiración. Luego, la dama suspiró:

—Te estaba esperando, Número Uno…

Capítulo XII

Madame la duchesse de Montpelier se levantó tarde al día siguiente, tras desayunar en el lecho, si bien la camarera la encontró ya perfectamente arreglada, impecable su peinado. Seguramente, se habría llevado un buen susto si aquella anciana y encantadora dama se hubiese quitado la peluca, el maquillaje y las microlentillas de contacto que convertían en negros sus muy azules ojos.

Pero, por supuesto, *madame la duchesse* no cometió semejante desatino.

Y, hacia las doce del mediodía, apareció en el salón-bar, con su inseparable bastón y su amable sonrisa de censura a todo lo que veía. Echó una mirada al bar, frunció el ceño y fue a recepción…

No. Sus sobrinos no habían llegado todavía. *Oui, madame la duchesse*, con toda seguridad; no han llegado. Esto pareció irritar un poco a la dama, que salió del albergue con un paso más vivo, enfurruñada…

¡Ya les daría ella lo suyo a aquellos perezosos…!

En la terraza al aire libre se estaba bien. El sol de marzo calentaba lo suficiente para que resultase un placer, sin llegar a molestar. Lo malo era cuando llegaba alguna ráfaga del Gran San Bernardo.

Stanislas Pogorky, es decir, el falso Michel Bouvoir, estaba en la terraza; pero no sentía el menor interés por los esquiadores que se veían en las pistas, deslizándose velozmente, como puntitos de colores sobre la brillante, casi cegadora nieve, alzando nubes de espuma de nieve pulverizada, que brillaba en un tornasol fantástico, lanzada con fuerza por los esquíes…

No. Stanislas Pogorky, alias Michel Bouvoir, no sentía el menor interés por los esquiadores. Ni siquiera por *madame la duchesse*, cosa que posiblemente le iba a perjudicar. Toda su atención estaba casi furiosamente centrada en la explanada del hotel, allá donde se

detenían los coches que llegaban de Chamonix, del centro. *Madame la duchesse* pidió una botella de agua tónica, fría, para espanto del camarero, y se dedicó a beber pausadamente. A beber, y a mirar a todos lados por encima de los lentes, como una viejecita entre simpática y un poco impertinente.

A las doce y media aproximadamente, un fantástico automóvil de ocho plazas, negro, brillante, se detenía ante la entrada del albergue. Se apearon inmediatamente dos hombres: el chófer y otro que había viajado atrás. Luego, otro hombre y una mujer, una dama interesante, de grandes ojos negros, un tanto exóticos quizá… *Très bien*: allá llegaban la señora y el señor Abdel. ¿Los otros dos hombres? Mmmm… El chófer y el secretario, sin duda. Una temporada de descanso, quizás un par de semanas… Pero siempre dispuesto a desarrollar cualquier idea que el inefable señor Cassim Abdel pudiera tener respecto a su agresiva actitud de no permitir las bases norteamericanas de proyectiles dirigidos hacia la URSS.

Tres o cuatro botones se estaban haciendo cargo del abundante equipaje. Ah, las mujeres… Siempre cargadas con cuantas más cosas mejor. Los hombres eran diferentes: un par de trajes y unas camisas…

Y, pensando en los hombres, ¿qué hacía el impostor *monsieur* Michel Bouvoir, por verdadero nombre Stanislas Pogorky?

Lógico: miraba con el máximo interés, y también con el máximo disimulo, hacia los recién llegados. Por cierto, que *madame la duchesse* había disipado ya todas sus dudas respecto a los ataques de que había sido objeto. En efecto, había conocido tiempo atrás a Stanislas Pogorky. Había sido uno de los hombres de la organización OCTOPUS… Sólo que cuando ella lo había visto, en el Arrecife de las Gaviotas, Stanislas tenía dos brazos de verdad, no uno artificial. Sin duda, su huida del arrecife no había sido fácil, hasta el punto de que, seguramente entonces, le costó un brazo. De todos modos, fuese como fuese, Pogorky, uno de los hombres de «Octopus», por nombre verdadero Najo Vakan, había conseguido escapar a la fabulosa redada que la CIA, habilísimamente dirigida por la más astuta espía del mundo, había efectuado en el Arrecife de las Gaviotas. Ya se sabe: en una gran pesca, los pececillos pequeños tienen oportunidad de escapar de la red. Porque, sin discusión, Stanislas Pogorky había sido un pececillo. Tan pequeño y

minúsculo que era absurdo atribuirle ahora la dirección de aquel asunto de venganza directa contra la agente Baby y nada menos que contra la CIA en peso…

Entonces, evidentemente, la clave estaba en poder de la dama que estaba esperando los resultados de la actual maniobra, en Ville Bouganville, en Niza, Basse Corniche, a la derecha yendo hacia Mónaco. Porque ahora, con toda seguridad, Baby sabía que era una mujer, no un hombre. Número Uno la había visto, y había dicho «mujer». Y cuando Número Uno hablaba, la sentencia era definitiva. Como lo del telegrama que decía NIZA, simplemente. Claro: cuando él lo envió al Grand Hotel de París, Pogorky estaba en Niza. Luego, puesto que Pogorky se fue de Niza, y la mujer se quedó, Número Uno decidió, antes de enviar nuevo aviso a Baby, que sería interesante vigilar un par de días los movimientos de Pogorky, mientras en Niza, alguno de los numerosísimos amigos del genial espía se quedaba vigilando Ville Bouvanville…

Bien…

¿Quién era la mujer? ¿Quién era, que tan en serio se tomaba la venganza contra Baby… y contra la CIA, causantes de la destrucción de la organización OCTOPUS, y, por tanto, de la muerte de su jefe, Najo Vakan, a manos del agonizante espía ruso Yuri Sivonov, que utilizó un lanzallamas? ¿Quién era la mujer?

Los Abdel habían entrado ya en el hotel…, después de que Stanislas Pogorky les tomara unas fotos con una micro cámara, desde luego. ¿Para qué las fotos? ¿Un recuerdo del hombre que pensaban asesinar…? ¿De qué podían servir…?

Una vibración en el bolso de *madame la duchesse* atrajo la atención de ésta, que lo abrió y lo acercó a su rostro, como si dentro llevase un espejito… Sólo era una llamada por la radio de bolsillo.

—¿Qué ocurre, Simón? —musitó.

—Se está arriesgando demasiado. Pogorky puede reconocerla de un momento a otro.

—Lo dudo, si no lo ha hecho ya. ¿Qué quiere usted? ¿Que se den cuenta de que tengo una radio?

—Ocurra lo que ocurra, la estamos protegiendo.

—Ya lo sé, porque son ustedes más visibles que la Estatua de la Libertad. Adiós, Simón.

Cortó, bajó el bolsito y miró hacia el cobertizo de los esquíes.

Uno allí… Otro junto a la subida del telesilla… Otro en la pista plana, simulando dar los primeros pasos sobre esquíes… Con sus jerseys de colores, sus gruesas botas… Ah, quedaba el Simón que hacía el papel de chófer, llamándose Henri… Ése estaba en la puerta del garaje, como si todo estuviese hecho y fuese para él un placer esperar órdenes de *madame la duchesse*.

Buenos muchachos aquellos de la CIA Sólo que con un excesivo miedo a que la muerte les arrebatase a su Baby… ¿Excesivo? Bueno, habían estado a punto de quedarse sin ella en varias ocasiones, y, al parecer, no estaban dispuestos a permitir otra intentona…

A la una menos cinco o seis minutos, el *signore* Tomasini, magnífico con su atuendo deportivo, regresaba de la pista, esquíes al hombro. Vio a *madame la duchesse* cuando caminaba hacia el cobertizo, y fue hacia ella después de dejarlos.

—Buenos días, *madame*.

—Espléndidos, señor Tomasini… ¿Ha madrugado mucho?

—Pues… No. No. —Brillaron los negros ojos de Tomasini—. La verdad es que me sentía un poco fatigado.

—Oh… ¿Una mala noche?

—¿Mala? Por el contrario, *madame*: una noche excelente. Yo diría que… inolvidable.

—Muy excelente ha de haber sido la noche, señor Tomasini… ¿Realmente sabe usted esquiar?

—Yo sé de todo, *madame*. Perdone que lo diga de un modo tan tajante, pero me fastidia la falsa modestia. ¿Puedo sentarme a su mesa?

—Lo estoy deseando… Oh, ¿sabe usted que ya han llegado?

—¿Quiénes, *madame*? —Se sentó Tomasini.

—Aquellos señores turcos de que me habló anoche. Bueno, supongo que son ellos. Su aspecto, sobre todo el de la señora, es bastante revelador.

—Ah, sí… ¿Qué está bebiendo, *madame*?

—Agua tónica.

—¿Puedo invitarla a un martini?

—¿Seco y solo?

—A su gusto.

—Entonces, y aprovechando que es una hora muy adecuada, tomaré el martini… Aunque le tengo miedo, señor Tomasini.

—¿Al martini? ¿O a mí?

—Al martini —sonrió la duquesa—. Usted parece una buena persona.

—Yo creo que el martini no es más peligroso que una copa de coñac… ¿Por qué le parezco una buena persona, *madame*? Ser un buen conversador y una persona culta no significa tener buenos sentimientos.

—Pero los tiene.

Angelo Tomasini sonrió amablemente.

—Debo decirle, *madame*, que he matado a más hombres que dedos tenemos usted y yo en las dos manos. Y por si le interesa —la negrísima mirada se desvió fugazmente hacia Stanislas Pogorky—, puedo repetir la experiencia en cuanto sea necesario.

—Casi me convence usted, señor Tomasini —rió la duquesa—. No se olvide de mi martini.

Angelo miró hacia el camarero, que se acercaba rápidamente. Ni siquiera lo dejó llegar: le pidió dos martinis secos, y de nuevo quedaron solos, aislados, a conveniente distancia de Stanislas Pogorky, que tras mirar con impaciencia hacia las pistas, se había puesto en pie y descendía los escalones de la terraza, hacia el cobertizo.

—¿No le interesa una demostración de esa clase, *madame*?

—Por el momento, no.

—Bien… ¿Almorzaremos juntos?

—Será mejor que no, señor Tomasini. No quisiera que se murmurase sobre nosotros… Me apenaría atentar contra su reputación, joven amigo.

—¿Mi reputación? —rió Angelo Tomasini—. ¿O la de usted?

—La suya, la suya —rió también la duquesa—. Creo que los hombres apuestos que frecuentan con exceso la compañía de viejas damas adineradas reciben un nombre muy feo. Y lo estimo demasiado para que se diga eso de usted.

—Gran consideración la suya, *madame*. Bien… Tomaremos un martini juntos, almorzaremos por separado, y… ¿Dormirá la siesta, *madame*?

—Seguramente. Hay tiempo, joven amigo, hay tiempo. ¿Me permite? —De nuevo había notado la vibración en su bolso; lo subió, lo abrió de nuevo y preguntó, tras accionar la radio—: ¿Qué

ocurre ahora, Simón?

—Ese hombre… El que está con usted ahora… ¿Quién es?

—¿No lo sabe, Simón?

—No.

—Eso indica que no me protegen demasiado bien, porque ese hombre entró anoche en mis habitaciones… ¿No lo vieron?

—Está bromeando, Baby… ¿Quién es?

—Angelo Tomasini… Un viejo amigo de toda confianza.

—No sé… Hay algo en él que me es familiar… ¿Está segura de que no es americano?

—Se lo preguntaré más adelante. ¿Quiere dejar de fastidiarme, Simón?

—Es usted una desagradecida…

—Y usted un simpático. Llame a Simón-Henri y dígale que a partir de este momento quiero saber qué hace Pogorky cada segundo de tiempo. Y, si es posible, con fotografías. ¿Está claro?

—Clarísimo. No se fíe de ese Tomasini.

Brigitte cortó la comunicación. Cuando alzó la cabeza había una fría sonrisa en los labios de Angelo.

—La CIA siempre tan desconfiada. Aunque no tanto como debieran. En general, sus agentes pecan de ingenuos, en el fondo. Como un tal Número Uno, que falleció hace algunos meses, traicionado por la propia CIA.

—¿Murió? ¿Realmente, señor Tomasini?

—Realmente.

—Entonces…, ¿por qué cierta agente llamada Baby está recibiendo colaboración de Número Uno? ¿No será que, pese a todo, Número Uno no puede olvidar que es americano, que tiene buenos sentimientos, y que, en el fondo, siempre hará lo posible por ayudar a su querida CIA? ¿No será eso, señor… Tomasini?

—No creo. Número Uno es muy rencoroso. Actualmente, se dedica al espionaje por su cuenta, y gana todo el dinero que quiere… Es asombroso que un espía bien entrenado pueda ganar, a veces, incluso medio millón de dólares en una sola operación de un par de días.

—Sin embargo, Número Uno está trabajando gratis ahora.

—Pero no por la CIA, ni por Estados Unidos, ni por nada que signifique lealtad, amor patrio… Nada de eso. Si Número Uno está

trabajando gratis ahora quizá sea porque ame a la agente Baby. Y, además, si los rumores no mienten, *madame*, el agente Número Uno le debe la vida a la agente Baby.

—Creo que llegan los martinis —sonrió la duquesa dulcemente, pero quizá un tanto triste—. Me gustaría encontrar el modo de convencer a Número Uno de que no todo es malo en el mundo.

Angelo Tomasini sonrió gélidamente.

—Por supuesto que no, *madame*. Los martinis no son malos. Son excelentes.

Capítulo XIII

Después de la siesta, *madame la duchesse* decidió tomar el té en el bar. Por supuesto, el *signore* Tomasini estaba allí, siempre varonil, absolutamente impecable, duro y frío como el acero. Sin embargo, la anciana duquesa mereció una amable sonrisa del hombre más atractivo de Chamonix en aquellos días. Eso fue todo, y suficiente.

—¿Con limón, *madame*?

—Sí, sí, con limón… Pero no demasiado. Dos gotitas.

—*Oui, madame*. ¿Chino o indio?

—Indio. Últimamente, el té chino me cae bastante mal. René…, ¿usted cree que los chinos se decidirán a invadir el mundo? El camarero quedó simpáticamente reflexivo.

—Pues no lo sé, *madame*…

—¡Es que son tantos…!

—Cantidad no significa calidad, *madame*.

—Ah, es cierto, es cierto. Rene… ¿Le gusta a usted la política?

—La aborrezco, *madame*. En mi opinión, y con el permiso de *madame*, la mejor política es vivir y dejar vivir.

—Eso me recuerda una canción italiana… Espero poder preguntarle esta noche al señor Tomasini si la recuerda. Mientras tanto, tomaré té con limón y no demasiado dulce.

—*Tout de suite, madame.*

Angelo Tomasini estaba jugando al *poker*. Hasta en eso se notaba en él aquella indestructible seguridad en sí mismo. No se alteraba lo más mínimo. En cambio, alguno de los interesantes caballeros que compartían la mesa de juego con él, mostraban con bastante frecuencia su buena o mala suerte. Número Uno, en todo momento, permanecía inalterable, fríamente cortés. Algunas damas esposas de los demás jugadores, se habían reunido cerca de la mesa, y era notorio que su máximo interés no se ceñía precisamente al juego del *poker*, sino a los jugadores… Especialmente, a uno de ellos, de

negros ojos, hombros anchos y mueca seca y fría… Sin duda alguna, Angelo Tomasini no necesitaba mover ni siquiera un dedo para que las mujeres se fijasen en él…

Hacia las seis, Cassim Abdel y su esposa aparecieron en el salón-bar, con la complacida expresión somnolienta de quien ha descansado a satisfacción. El chófer no se veía por ningún lado, pero el secretario apareció casi inmediatamente, y se sentó con ellos a una mesa, cerca de la chimenea, donde ardían alegremente unos troncos. Afuera, los copos de nieve eran gruesos, pero blandos, blanquísimos, suaves… Caían lentamente, como si no hubiese aire… Casi a las siete, Simón-Henri entró en el salón-bar, buscando con la mirada a la duquesa. Ésta le hizo una seña, y el atlético chófer se acercó rápidamente.

—¿Algo nuevo, Henri?

—Oui, *madame la duchesse*… Parece ser que el coche no funciona debidamente.

—Oh… Vamos, vamos, Henri… Es un magnífico auto el nuestro, ¿no es así?

—Lo era hace unos años, *madame*.

—Bien… ¿Qué sugieres?

—*Madame* debería verlo. Y autorizarme a llegarme a Chamonix en busca de una pieza nueva.

—Es una idea excelente, Henri. Hasta es posible que en Chamonix encontremos a mis sobrinos. Pero si el coche está estropeado, ¿cómo iremos a Chamonix?

—No está estropeado… del todo, *madame*. Pero convendría cambiar una pieza si queremos que su vida se prolongue una temporada más.

—Entonces, iremos a Chamonix. Ve a sacarlo del garaje y vuelve a avisarme…

—Está ya delante del hotel, *madame*.

—Ah, bien… En marcha, entonces.

Lo más notable, a juicio de la duquesa, era la ausencia de Michel Bouvoir, es decir, de Stanislas Pogorky, en el salón-bar. Tampoco estaba el atractivo muchacho llamado Leslie Bowles, el estudiante que, según Número Uno, podía pertenecer a la Universidad de Miami…

Ya fuera del hotel, el portero acompañó a la duquesa hasta el

coche, con su paraguas. Henri cerró la puerta, pasó al volante y puso en marcha el vehículo.

Y apenas recorrida una milla se detuvo junto a unos abetos con las ramas llenas de nieve, fuera de la carretera que llevaba a Chamonix, al centro.

—¿Y bien. Simón?

El agente de la CIA encendió la luz interior del coche y sacó un sobre de un bolsillo interior.

—Tenemos unas cuantas fotografías, Baby. De todos modos, la actitud de Pogorky es tan obvia que no merecen, realmente, un interés especial. Aquí las tiene.

Brigitte tomó el sobre, sacó las fotografías y las fue examinando, una a una, sin prisas, lentamente. Si había algo que la obligase a desconfiar, eran las cosas obvias. De todos modos, en verdad, parecía que la cosa estaba muy clara. Muy clara si se consideraba que Stanislas Pogorky no había conseguido descubrir la verdadera identidad de *madame la duchesse*. En cambio, si la había descubierto y quería aparentar que no, la cosa podía ser una inteligente trampa. No lo parecía, desde luego.

Se veía a Pogorky vigilando a los Abdel; tomando fotos de su entrada en la *suite* correspondiente; conversando con el universitario norteamericano, que sonreía como un niño feliz; delante de la puerta 28, es decir, la de los Abdel…

—¿Esto es todo?

—Ni mucho menos: Stanislas Pogorky ha entrado en las habitaciones de los turcos poco después de salir éstos. Ha permanecido allí casi media hora. Llevaba un paquete. Eso, al entrar. Al salir, no llevaba nada.

—¿Y luego?

—Ha ido a sus habitaciones. A los pocos minutos, ha vuelto a salir, y ha entrado en las del muchacho llamado Leslie Bowles. Todavía está allí con él, ya que Simón no me ha llamado para notificarme lo contrario.

—¿Han colocado algún micrófono?

—Desde luego, guapa. Simón está grabando la conversación de nuestro joven compatriota y de Pogorky. Es éste quien visita al chico. En cambio, nadie entra en sus habitaciones.

—¿Ni rastro de la mujer, de… Tentáculo?

—Ni rastro.

—Debe de continuar en Niza… Póngame con Simón.

Simón asintió, sacó su radio, la accionó y la tendió a Brigitte, que enseguida oyó la voz de otro de sus compañeros.

—¿Sí?

—Hola, Simón.

—Ah… Nada menos que la genial Baby. ¿Cómo le va?

—Bien. ¿De qué están hablando, Simón?

—De un excelente empleo. El muchacho americano se lo está creyendo todo como un tonto. La técnica habitual, Baby. Debo añadir que Stanislas, Pogorky tiene un pico de oro.

—¿Está convenciendo al muchacho?

—Por completo. Resulta que el hombre que están esperando es un americano, claro, que no tardará en llegar al albergue. Mientras tanto, Pogorky está convenciendo, al jovencito de que debe comportarse seriamente… Por ejemplo, no bailar esta noche en el bar. Esa serie de tonterías que hace que todo parezca más serio y verosímil.

—¿Se habla de muertes, de armas, de atentados…?

—No, no.

—¿Dónde está usted exactamente ahora, Simón?

—En el cobertizo. Ya de noche, y con esta simpática ventisca nadie siente interés por los esquís.

—¿Está solo?

—*Mais non, madame la duchesse* —rió Simón—. Sus otros dos sobrinos están conmigo.

—Magnífico. Quiero que uno de ustedes vaya a las habitaciones de Cassim Abdel. Y que registren bien. Absolutamente bien, Simón. ¿Está claro?

—Clarísimo, duquesa. Iré yo mismo, encantado. La llamaré dentro de veinte minutos.

—Fantástico, Simón. Estoy con Simón-Henri muy cerca del albergue. Quiero noticias lo más pronto posible. Por supuesto, estarán referidas al truco que Pogorky haya preparado en las habitaciones de los Abdel.

—¿Qué hago con lo que encuentre?

—Inteligente pregunta, Simón. ¿Necesita respuesta?

—No —volvió a reír Simón—. Desde luego que no, Baby. Veinte

minutos.

—Okay.

* * *

—¿Baby?

—Adelante, Simón.

—Truco anulado. Y Pogorky sigue con el muchacho, en las habitaciones de éste. Yo diría que la cosa se está poniendo seria, por lo que me cuentan Simón y Simón… ¿Quiere que le pasemos la grabación?

—No es necesario… ¿Cuáles son los planes de los Abdel para esta noche?

—Entiendo que hay cierto festival musical en Chamonix, y no piensan perdérselo.

—¿A qué hora es el festival?

—A las diez y media.

—¿Y siguen los Abdel en el salón-bar?

—Por el momento, sí. Parece que piensan cenar pronto, para poder asistir a ese festival musical.

—Eso es todo, Simón. Sigan atentos.

Brigitte cerró la radio y se quedó mirando pensativamente a Simón-Henri, que musitó:

—¿Y…?

—Volvamos. Ha llegado la hora. Al menos, eso creo, si algo voy comprendiendo de las maquinaciones de Stanislas Pogorky.

* * *

Stanislas Pogorky sonrió amablemente.

—Bueno… Todavía no es la hora, Leslie. Pero no creo que tu futuro… patrón tarde demasiado en llegar.

—Yo creo —sonrió el muchacho—, que ese señor Anderson es bastante raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

—No sé… Desde luego, parece generoso. Llevamos aquí tres días, dos en Niza…

—Es un hombre muy ocupado; pero no raro, me parece a mí.

—Bueno… Es posible que no sea raro. De todos modos, lo estoy pasando muy bien en este lugar. Por mí, podría retrasarse un año, si ése es su gusto.

Stanislas Pogorky rió amablemente.

—Sólo tardará un par de horas. Demasiado tiempo para pasarlo sin tomar un trago… ¿Eh? ¿Qué dices?

—No creo que al señor Anderson le satisfaga oler mi aliento si bebemos.

—Tonterías… El señor Anderson quiere un hombre normal… Lo bastante normal e inteligente para que le guste el *whisky*, o lo que sea… Siempre moderadamente, desde luego. Y aquí tengo yo una botellita que podríamos llamar de emergencia.

—Está bien… Beberé un poco…

Pogorky tendió la botellita de bolsillo al muchacho, que la destapó y bebió un trago prudente. Cuando bajaba la botella, Pogorky le guiñó un ojo, animándole, y entonces Leslie Bowles alargó el trago…

—No está mal, ¿eh?

—No… No está mal… ¿Sabe qué le digo? Que me gustaría vivir siempre como ahora.

—¿En qué sentido?

—Pues como ahora… Dinero en el bolsillo, gente generosa a mi alrededor… No sé… Muchas chicas bonitas, lugares como éste, un buen auto, música, diversión…

—Ésa es vida de millonario, Leslie. Y yo no te ofrecí tanto.

—Ya lo sé… De momento, me conformaré. Pero puede que algún día sea millonario. Entonces, volveré aquí, yo solo, con los bolsillos llenos de dinero, sin estar esperando a nadie… Millonario… O quizá algo mejor.

—¿Mejor que millonario? —rió Pogorky.

—Mucho mejor… ¿Usted no bebe?

—Oh, sí… Pero me interesa eso… ¿Qué es mejor que ser millonario?

—No sé… Artista. Pintor, novelista, músico, quizás… Algo que permita vivir en cualquier parte, conociendo el mundo, las gentes… Creo que es una estupidez encerrarse en un pueblo, o en una ciudad, y hacer siempre lo mismo, ver la misma gente, las mismas

caras, los mismos gestos… Lo bonito es viajar, estar en todo el mundo… Hoy en Chamonix, mañana en Hawai, o en Tokio, Acapulco, París, Roma… Eso es lo hermoso de la vida.

—¿Sólo eso?

—Aparte de vivir —rió desganadamente Leslie Bowles—. Porque mientras se está vivo hay oportunidades. Se sueña, se desea, se fantasea, se tienen esperanzas sobre una vida mejor. En cualquier momento, esa vida… esa vida…

—¿Qué?

—Esa vida puede… puede…

—¿Te encuentras bien?

—Sí… Bueno, no lo sé… Me siento… mareado…

—¿Mareado? ¡Pero si apenas has bebido!

—Sí, ya… ya lo sé… Pero me siento… mareado… No… No, no, no es eso… Creo… que tengo sueño…

—¿Has pasado mala noche?

—Al contrario… He dormido… estupendamente… Y, sin embargo, tengo… tengo un sueño como…, como nunca… como nunca lo… lo he tenido…

—Quizá será mejor que te acuestes un rato. Y si tienes sueño, duerme. Descansa, Leslie. No creo que a *Mr*. Anderson le gustase conversar con un muchacho que se duerme en pie. Podría pensar que ésa sería tu táctica cuando te ocupases de sus hijos.

—Claro. —Leslie Bowles sonrió cansadamente—. Claro, no le… le gustaría… Creo que voy a acostarme unos minutos… Pero si llegase el señor Anderson…

—Te avisaría, naturalmente. Pero quizá se retrase. No te preocupes por nada, muchacho. Yo me encargaré de todo. Ven… Te ayudaré a llegar a la cama.

Leslie Bowles se dirigía ya hacia el lecho, tambaleándose. Stanislas Pogorky no tuvo necesidad de ayudarlo a llegar, porque el joven americano sentía tantísimo sueño que casi corrió hacia allí, dando tumbos de un lado a otro. Se sentó y quiso inclinarse a quitarse las botas. Pero habría caído de bruces si Pogorky no lo hubiera sostenido.

Lo tendió sobre la cama y se quedó mirándolo con cruel ironía.

– ¿Puedes oírme, Leslie Bowles?

—Sí… Sí, le… le oigo…

—La cosa llega a su fin. Ya no despertarás. Y no creas que te he envenenado, no… Es solamente un soporífero. Dentro de unos minutos estarás profundamente dormido… Si te dejase, dormirías hasta mañana al mediodía. Lo malo es que no será sueño lo que habrá en ti.

—No… le… entiendo…

—Es que resulta todo un poco complicado. Lo definitivo será que todos creerán que eres un asesino, un fanático. Un chico inteligente que está trabajando para la CIA americana. Para su país, naturalmente.

—No… no entiendo… No entiendo…

—Van a morir unas personas dentro de poco, Leslie. Y todo te acusará a ti de su muerte. A ti y a la CIA Esta vez, realmente, la CIA habrá llegado demasiado lejos: enviar a un muchacho a cometer un asesinato doble, quizá triple. Y luego ese muchacho se suicidará… Demasiado macabro y cruel incluso para la CIA Encontrarán cosas en tu maleta, Leslie: piezas de un mecanismo de explosión, una carta con el membrete de la CIA, instrucciones especiales, los nombres de las personas a las que se te ordena asesinar… A los ojos del mundo, esto será un nuevo asesinato de la CIA utilizando a un universitario de mirada inocente. Sólo que este universitario no habrá tenido luego coraje para seguir aguantando el tipo, y se suicidará… algo terrible, algo bestial… Y la CIA será la culpable. ¿Me estás oyendo?

—Quiero… quiero… dormir… dormir…

—Desde luego, muchacho… Duerme. Ya no despertarás. A las ocho en punto, el tiempo empezará a contarse al revés. A las ocho, los personajes que nos interesan empezarán a cenar… Luego, subirán a sus habitaciones… Eso será hacia las… ocho y media. Una cena ligera… Y cuando entren en sus habitaciones todo saltará por los aires… Dos habitaciones más allá de la tuya, Leslie Bowles. Sólo tenemos que esperar a que acaben de cenar. Y en cuanto entren en sus habitaciones, apenas quince segundos después…, ¡la gran explosión!

* * *

Las ocho y media.

Stanislas Pogorky, tras consultar su reloj, sacó un guante de fina piel de un bolsillo, se lo puso, y luego sacó una pequeña pistola automática.

La miró, sonriendo fríamente, y se aseguró de que todo estaba dispuesto para disparar con ella.

Leslie Bowles dormía profundamente, debido al narcótico. De ninguna manera podía protestar ante los manejos de Stanislas Pogorky… Éste le cogió la mano derecha, suavemente, y colocó en ella la pistola, haciendo que las huellas digitales del muchacho se marcaran claramente en el arma. Luego, dejó la mano del universitario sobre la cama, con la pistola entre los dedos. Todo era muy sencillo: sólo tenía que esperar a que Cassim Abdel y su esposa entraran en la habitación 28, que habían reservado hacía una semana, desde Istanbul. Esperar hasta oír la explosión. Luego, alzaría la mano de Leslie Bowles, con la pistola en ella; apoyaría la boca de la pistola en la sien del muchacho, apretaría el gatillo, y saldría de allí cuando todo el albergue estaría aún desconcertado por la explosión. Seguramente, sería de los primeros en salir al pasillo… Cosa muy natural, ya que todos harían lo mismo tras oír la explosión y el disparo… Y tras unas poco complicadas investigaciones de la Policía francesa, se llegaría a una conclusión sencilla, indiscutible: los Abdel habían sufrido un atentado mortal. Y en la habitación 24, un muchacho americano se había suicidado tras la explosión…

Un muchacho americano llamado Leslie Bowles, con una carta de la CIA que mencionaba a Cassim Abdel y el lugar, el día y la hora donde el atentado se había producido. Además, algunos mecanismos y complementos para artefactos de explosión…

Perfecto.

La CIA se vería en apuros una vez más, ante la opinión mundial. En cuanto a la agente Baby…, todo llegaría.

El orden de los factores no altera el producto.

Lo mismo daba desprestigiar primero a la CIA y matar luego a la agente Baby, que hacerlo a la inversa…

Y una cosa era segura: si la agente Baby no había muerto envenenada, acudiría a Chamonix en cuanto se enterase de lo sucedido en el Logis Mont-Blanc. Entonces, sería una buena ocasión para quitar definitivamente de en medio a la espía de los ojos azules

que había acabado con la organización OCTOPUS…

Apenas cinco minutos después de las ocho y media, Stanislas Pogorky oyó rumor de voces en el pasillo. Salió a toda prisa del dormitorio, hacia el confortable *living-hall*, y abrió la puerta media pulgada, silenciosamente… Todavía pudo ver a Cassim Abdel y a su esposa, entrando ya en su *suite*.

La cuenta hacia atrás. Regresó a toda prisa hacia el dormitorio, contando. Asió la mano de Leslie Bowles y colocó la boca de la pistola en la sien del muchacho. Lo demás estaba todo preparado, en la maleta. Pruebas contra la CIA.

—Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno… ¡Cero! Y nada. Ninguna explosión.

Stanislas Pogorky apenas pudo detener su dedo, que se crispaba sobre el gatillo. Tenía que esperar la explosión… Calma… No debía precipitarse… El mecanismo detonador que había conectado con la puerta debía funcionar quince segundos después de abrirse ésta… Pero siempre cabía la posibilidad de algún pequeño fallo, un leve retraso…

Volvió a mirar su reloj. Hacía ya más de medio minuto que los Abdel habían entrado en sus habitaciones. Y nada. No hubo explosión… El dedo de Pogorky se crispaba en el gatillo de la pistola, cuya boca se apoyaba en la sien del estudiante norteamericano. Calma… Mucha calma. No debía disparar antes de la explosión…

Un minuto. Minuto y medio.

¡Dos minutos!

Stanislas Pogorky dejó la mano del muchacho sobre la cama, con todo cuidado, de modo que los dedos del estudiante no soltasen la pistola. Echaría un vistazo al pasillo… Y quizá se acercase a aquella puerta, la de los Abdel…

Se volvió rápidamente, dispuesto a salir al pasillo…

—Buenas noches, *monsieur* Bouvoir.

Stanislas Pogorky quedó petrificado de asombro, tan desconcertado que estuvo no menos de cinco segundos sin saber qué pensar, o qué decir.

Y cuando iba a abrir la boca, *madame la duchesse* sonrió encantadoramente, dejó de apoyarse en el bastón y lo agitó hacia el armenio, reprobativamente.

—Ah, *monsieur* Bouvoir…, ¡qué malo es usted! —recriminó—. No debe pensar en hacer esas cosas con un muchacho tan saludable. Aunque no demasiado listo, ¿verdad, *monsieur* Bouvoir?

—¿Qué hace usted aquí? —masculló Pogorky.

—Pero, *monsieur*, eso es… obvio: dando un paseo.

—Salga… ¡Salga de aquí, señora!

—Annette Simonet, duquesa de Montpelier… Para servirle, *monsieur* Bouvoir. Pero…, ¡qué tonta soy! Le estoy hablando como si de verdad creyese que usted es Michel Bouvoir, cuando, en realidad, los dos sabemos muy bien que usted es mi querido amigo Stanislas… Stanislas Pogorky, el armenio que escapó con vida pero con un brazo menos de la redada de la CIA en el Arrecife de las Gaviotas.

—Baby… ¡Usted es la agente Baby!

Madame la duchesse se echó a reír alegremente.

—¡Amigo Pogorky, qué inteligentísimo es usted! ¿Realmente no me había reconocido?

Capítulo XIV

—Tiene usted… mucha suerte, Baby.

—Así parece —sonrió la anciana dama—. Pero eso no es malo, querido Stanislas. ¿O sí?

—¿Cómo ha entrado aquí?

Baby Montfort, bajo su disfraz de la anciana duquesa de Montpelier, sonrió despectivamente.

—Eso no se le pregunta nunca a un espía, Pogorky. He entrado por la puerta, en silencio, y utilizando mis propios medios para abrir cualquier puerta. Estaba usted tan… distraído, que no ha oído nada… Y yo diría que estaba esperando oír algo, realmente. ¿Qué cosa, Pogorky?

—¿Cuál es su juego? —susurró el armenio.

—¿Mi juego? Sencillo: destruir el de usted.

—Yo creo que eso le va a resultar muy difícil, Baby.

—¿Lo cree? ¿Por qué?

—Porque todo está ya en marcha.

Madame la duchesse volvió a sonreír despectivamente y dio unos simpáticos pasitos hacia Stanislas, manejando con su habitual soltura el bastón con empuñadura de plata. Se quedó delante del armenio, mirándolo como si fuese un gusano de una rara variedad.

—Si se refiere a su bomba conectada con la puerta de la habitación veintiocho, Pogorky, no espere en vano. Jamás explotará… Ni dentro de quince segundos…, ni dentro de quince siglos. Un amigo mío se ha tomado la molestia de… estropear el mecanismo. Oh, por supuesto, se ha llevado el artefacto, también. Mucho me temo, Stanislas, que los señores Abdel podrán asistir con toda tranquilidad a su velada musical en Chamonix. Y, por supuesto, estimado enemigo, vamos a respetar la vida de ese tonto y aventurero muchacho americano. Parece que está solamente dormido, ¿no es así, Pogorky?

—Sólo dormido.

—¿El truco del suicidio del fanático?

—Ésa era la intención.

—Tendrá que cambiar de intenciones, Pogorky. Y voy a darle cierto margen de… posibilidades, en su beneficio. Podemos hacer dos cosas. Una, pelear, a ver quién muere ahora mismo. Otra, conversar calmosamente, buscando un entendimiento razonable.

—¿Por qué he de buscar entendimientos? Es evidente que usted no está armada… No, al menos, de un modo que pueda inquietarme.

—Temo que no le comprendo.

—Quiero decir que si lleva armas no se ha molestado en exhibirlas. Eso significa que los dos tenemos las mismas posibilidades de ser los primeros en disparar. Y en esas condiciones no tengo por qué aceptar entendimientos. Brigitte se echó a reír mordazmente.

—¡Es usted un cretino, Pogorky! —exclamó—. Tengo cinco hombres que están rodeando el albergue… Y con ellos no le valdría esa posibilidad de recurrir al duelo de armas, al tirador más rápido…, igual que en el Viejo y Lejano Oeste. No somos pistoleros, sino espías. Por tanto, usemos la cabeza con preferencia sobre las armas. ¿Por qué morir, pudiendo evitarlo?

—¿Cuál es su proposición? —musitó Pogorky, moviendo lentamente la mano hacia el pecho.

—Puedo… regalarle su vida.

—¿A cambio de qué?

—Lléveme hasta esa mujer que quiere matarme con un lanzallamas.

—No.

—Mire, Pogorky, está perdiendo su vida segundo a segundo… Sé dónde está esa mujer: en Niza, en Ville Bouganville, acompañada de dos pistoleros de nacionalidad francesa, alquilados, naturalmente. Ella se hace llamar Marie Leblanc, pero ése, desde luego, no es su nombre… Dígame cuál es, y vayamos a buscarla… amistosamente. Prefiero no tener que matarla. Me conformaría con una declaración suya respecto a los sucesos ocurridos últimamente. Me molesta que el mundo crea que la CIA contrata asesinos sin experiencia —sonrió dulcemente—. Está claro, Pogorky, que la CIA dispone de asesinos

mejor entrenados que unos tontos muchachos que se creen todo lo que gente como usted quiere contarles. Por ejemplo, yo misma. Soy una asesina tan eficiente, tan escrupulosa e infalible en mi trabajo, que la CIA puede pregonar a los cuatro vientos que esos chicos que casi ni se afeitan todavía, no sirven más que para estudiar. ¿Acepta ayudarme a decir eso a los ciudadanos de Estados Unidos?

—No.

—Pogorky, puedo demostrar eso a mis compatriotas por mis propios medios. No me obligue a ello.

—¿Qué medios?

—El muchacho de Hong Kong dirá lo que nosotros le indiquemos. Y lo mismo hará Leslie Bowles. Dentro de unos pocos días, ellos atenderán una rueda de prensa americana, en la que se explicará toda la verdad. Como ve, no le necesito gran cosa. Sólo le estoy concediendo una oportunidad. Vamos a buscar a su jefe, a esa mujer que está en Niza, y todo acabará… medianamente bien.

—No.

—Como quiera —suspiró Brigitte—. Tenga la bondad de salir, Pogorky. Al pasillo.

El armenio sonrió.

—¿Sin matarla? —inquirió, al parecer muy divertido.

—A ser posible —lo miró gélidamente la espía—. Vamos, no sea estúpido. Puedo matarlo antes de que se dé cuenta. Y no olvide a mis cinco amigos. Jamás saldría usted vivo de este albergue si yo no le acompaño por mi propio pie.

—Eso lo veremos, agente Baby.

Stanislas Pogorky quiso llevar la mano derecha a su pistola, en el bolsillo interior izquierdo. Pero Baby dio otro paso hacia él y le golpeó con el bastón en la mano. Pogorky lanzó un grito de rabia y quiso abalanzarse contra la espía internacional… Recibió un bastonazo en plena boca que le partió los labios y lo tiró hacia atrás, hacia la confortable pared de troncos… Estaba a punto de rebotar en ella cuando el bastón, de punta, se hundió en su estómago, dejándolo casi sin aliento…

—¿Se da cuenta, Pogorky? —espetó *madame la duchesse*—. Es muy fácil dominarlo a usted… ¡Quieto! ¡No saque la pist…!

Pero Stanislas Pogorky había apartado el bastón de un manotazo, y de nuevo intentó sacar su pistola. Y lo hizo,

esquivando el siguiente golpe del bastón con empuñadura de plata, que sonó con fuerza sobre los troncos que formaban la pared.

—¡Ahora verá lo que…!

Stanislas Pogorky no pudo acabar su frase sentenciosa. Cuando estaba ya orientando su pistola hacia Brigitte, ésta apretó el puño del bastón, en la base, y una brillante hoja de acero agudísimo apareció ante los ojos de Pogorky por el otro extremo del bastón con una longitud de quince pulgadas…

Sólo pudo verla un instante. Apenas medio segundo. Porque enseguida aquella aguda hoja de acero se hundió en su garganta, atravesándola con escalofriante facilidad para clavarlo en la pared de troncos.

Stanislas Pogorky ni siquiera pudo gritar. Quedó ensartado mortalmente, muerto casi de modo fulminante. Su cuerpo se relajó, sus brazos cayeron, la pistola se desprendió de sus dedos… Y él quedó colgando de la pared, hincado a ésta por la fortísima hoja de acero Quedó en pie, con la cabeza caída sobre el filo del arma que lo había matado y que lo sostenía contra la pared.

—Se lo estaba ganando con todos los honores.

Brigitte se volvió. No parecía precisamente contenta.

—Celebro que opines así, Uno.

Angelo Tomasini, en la puerta del dormitorio, encogió los hombros.

—No tienes que buscar una justificación por haberlo matado, Brigitte. Él, y otros como él, lo merecen. Además, me habría parecido en verdad estúpido que te dejases matar.

—De todos modos, lamento haberlo hecho.

—A veces no te comprendo —musitó el fabuloso Número Uno—. ¿Qué otra cosa podías hacer? Lo intentaste, además. En ocasiones, creo que te atormentas demasiado por haber matado a alguien.

—No me gusta matar, Uno.

—Con lo cual, tu aspecto humano es de muy alta valoración. Pero sé que a veces sí te gusta matar: a gente como Pogorky, por ejemplo. Has matado muchas veces con gran placer, Brigitte. Y, como en todas esas ocasiones, la persona a quien has matado merecía la muerte mil veces. ¿Por qué te preocupas?

Baby encogió los hombros.

—Está bien, Uno, está bien…

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No sé. Llamaré a Simón. —Sacó la radio de bolsillo y la accionó—. ¿Simón?

—Sí, Baby.

—Todo bien. He tenido que matar a Pogorky, pero el universitario está bien. Está vivo, quiero decir.

—Magnífico.

—Eso es lo importante. Quiero que se ocupen de Pogorky y del muchacho… Desaparición total, Simón. A Pogorky lo entierran donde no sea encontrado hasta dentro de mil años. Al chico lo van a enviar inmediatamente a Washington.

—Pero… ¿desde Chamonix?

—No. Usted y otro vayan a Cannes, con el chico. Lleven todo el material recopilado: fotografías, grabaciones, y el informe. Para cuando yo regrese a Estados Unidos, el público tiene que estar ya enterado de la verdad de este asunto.

—Bien, pero… Es que vamos a dejar a ese muchacho con todo el material, los informes…

—Ustedes irán con él.

—¡¿Adónde?! —gritó Simón.

—A casa.

—¿Y usted se queda aquí? —aulló ahora el hombre de la CIA.

—No —sonrió Brigitte—. Yo iré a Niza.

—¿A…? ¡No!

—Cálmese, Simón. Todavía me quedan dos «nenes» para cuidarme. Y un amigo especial, el *signore* Angelo Tomasini. Esto está terminando ya. De manera que mientras ustedes regresan a Estados Unidos con el muchacho, y lo arreglan todo para que la prensa internacional se entere de la verdad, yo iré a por Tentáculo.

—Pero… pero…

—¿Qué objeción se le ocurre?

—Pue… Podríamos esperar a que todo estuviese solucionado definitivamente, y darle entonces una explicación mucho más completa a la prensa…

—No. Una explicación más completa, significaría dar a conocer que Tentáculo ha atentado varias veces contra mí. Y yo no quiero ser mencionada, ni siquiera con un nombre ambiguo. Se trata, simplemente, de dar a conocer al mundo que se estaba complicando

a la CIA en un complot de hostilidad internacional. Y, naturalmente, como es habitual, no será la CIA quien dé las explicaciones. Serán esos dos muchachos. Pero, Simón, habrá que prepararlos bien, enseñarles lo que deben decir, y, sobre todo, cómo deben decirlo. Y mientras ellos hablan, la CIA permanecerá en su característico silencio, y la agente Baby liquidará el asunto en Niza. ¿Alguna duda?

—No… Pero… Mire, Baby…

—Leslie Bowles tiene para dos horas de sueño todavía. Cuando despierte, ya deberá estar de viaje. Y no hacia el otro mundo, Simón… Buena suerte, y… ¡hasta la vista!

Cortó la comunicación. Número Uno la estaba mirando quizás un poco irónicamente.

—Bien —comentó con displicencia aparente—. A menos, has enviado a dos de tus «niños» lejos del peligro.

—Los he enviado a…

El falso Angelo Tomasini alzó una mano.

—A mí, no —rió—. Conmigo, tus mentiras no sirven de nada… Sé que los has enviado a casa para evitarles… molestias. Y estoy convencido de que harás lo mismo con los otros dos en cuanto veas una excusa aceptable. Sé lo que quieres: llegar tú sola hasta ese personaje al que llamas Tentáculo, y que en Niza se hace llamar Marie Leblanc. ¿Quieres que yo también desaparezca de escena?

—¿Lo harías, Uno?

—Lo haría. Yo también tengo ese rabioso amor propio: el que me juega una mala pasada, tendrá que lamentarlo. Si pido ayuda, es para pequeñas cosas, para ahorrar tiempo, o dinero… Pero a la hora de la verdad no necesito a nadie.

—¿Te molesta que no te lleve conmigo a Niza? —musitó Brigitte.

—No, querida —dijo seriamente Número Uno—. Además, sé que no vas a necesitarme. Compadezco a Tentáculo. ¿Te vas esta misma noche?

—Todavía no lo sé —musitó Brigitte—. Desde luego, esperaré las últimas noticias de mis compañeros. Quiero saber que todo ha salido bien, hasta el último detalle.

—Claro. Bien… Creo que, mientras tanto, sería muy… simpático que Angelo Tomasini y *madame la duchesse* de Montpelier

sostuvieran una simpática charla en el salón-bar, tomando coñac «Napoleón». Porque, *madame*, aquí no ha pasado nada —sonrió Número Uno—. ¿No es así?

—Así es, *signore* Tomasini: aquí no ha pasado nada.

* * *

Hacia las diez y media de la noche, *madame la duchesse* tuvo una súbita decisión, que parecía fruto de aquella irritación que todos habían notado durante el día: puesto que sus sobrinos no iban a Chamonix a reunirse con ella según lo convenido, ella regresaría a París…, y no querría saber nada más de ellos. Naturalmente, serían los tres alegres jóvenes quienes saldrían perdiendo: ni que se arrastrasen de rodillas volvería a darles un solo franco. El primero en saber tal decisión fue Angelo Tomasini, que estaba con la anciana dama cuando ésta recibió la noticia de que todo estaba en perfecta marcha, por medio de Simón-Henri, el cual recibió la orden de preparar inmediatamente el coche.

—Pero, *madame* —protestó Tomasini—, la noche no es buena para viajar en auto, y por lugares fríos…

—Les dije que les esperaría veinticuatro horas, y han pasado ya veintiséis. No más contemplaciones, señor Tomasini.

El camarero, que estaba junto a ellos, se mostró consternado.

—¿*Madame* nos deja?

—*Oui*, René. Regreso a París.

—Echaremos de menos a *madame la duchesse*.

—Eres muy amable. René. ¿Querrás avisar que preparen mi cuenta?

—*Mais oui, madame*… Oh, espero que volvamos a tener el placer de verla por aquí…

—Algún día. Y espero que volveré a coincidir con el señor Tomasini. Ha sido tan amable conmigo… Lo cual debo agradecerle doblemente si tenemos en cuenta que podría haber conseguido con mucha facilidad una compañera más joven para sus veladas.

—Oh, *madame* —rió el camarero—, ¡el *signore* Tomasini ha demostrado en todo momento tener muy buen gusto!

El camarero se alejó, y Número Uno se quedó mirando la brasa de su cigarrillo.

—Bien… De nuevo nos separamos, Baby…

—Volveremos a vernos —musitó ella—. Cuando menos lo esperemos los dos, volveremos a vernos. Quizá tú me visites en Nueva York, o yo me decida a tomarme unas vacaciones en cierta villa de la isla de Malta, propiedad del *signore* Angelo Tomasini… De un modo u otro, volveremos a vernos.

—Claro… ¿Me harás saber cómo termina todo?

—Desde luego.

—Gracias.

—No estés triste —susurró ella—. Nosotros nunca podemos estar tristes.

Angelo Tomasini sonrió suavemente.

—Es cierto… Los espías nunca podemos estar tristes. Se supone que no tenemos sentimientos. Ni siquiera rostro. Y si no hay rostro, ¿cómo podríamos reflejar la tristeza?

—Hasta siempre, Uno.

* * *

—Bon voyage, madame la duchesse.

Cuando *madame la duchesse* se disponía a abandonar el albergue, tuvo una pequeña sorpresa. Pequeñísima, en realidad, porque había estado sospechando aquello desde el principio.

El caballero vestido de negro, diminutos los ojos sobre la gran nariz, apareció ante ella de improviso, como distraído, pero se «sorprendió» mucho al verlo. Una sorpresa que captaron el conserje y el portero, mientras los botones sacaban el equipaje.

—Señora duquesa…, ¿usted aquí?

—Oh, *monsieur*… Le creía a usted en París.

—*Mais non*… Me pareció que sería grato pasar unos días en Chamonix.

—¿Vacaciones, *monsieur*?

—Sí, sí… Vacaciones…

—Mentira —bajó la voz la duquesa—. Usted me ha estado espiando, *monsieur* Nez. Usted, y dos de sus hombres. Cosa muy fea el espionaje, *monsieur*, ¿no le parece?

—¿Ha conseguido algo? —masculló el señor Nariz.

—Pues no… Lamentable, ¿verdad?

—Mucho.

—Ya ve… Un día entero esperando a mis sobrinos en tan desapacible lugar… Espero que el sol de Niza me alivie este frío tan desagradable…

¿Tendré el gusto de verle por Niza, *monsieur*?

—Quizás.

—Sin quizá, *monsieur* —rió quedamente la anciana dama—. Sé muy bien que mientras esté en Francia usted se ha propuesto no perderme de vista. Pero ya ve, *monsieur*: no ha pasado nada…

* * *

Y aquella noche, cuando Cassim Abdel regresó de su velada musical, vio un sobre en el suelo. Un sobre del hotel. También la carta tenía el membrete del Logis Mont-Blanc…

—¿Qué es? —preguntó su esposa.

—Nada… No sé… Una broma, supongo.

—Pero…, ¿qué dice?

—Está en inglés…

—Bueno, léelo.

—Dice que… Bueno, dice exactamente:

«Es grato estar vivo, ¿no es cierto, señor Abdel? Para agradecérmelo, lea atentamente los periódicos de pasado mañana. Sólo eso. Le deseamos una grata estancia en Chamonix. Firmado: CIA»

Capítulo XV

—Pare, Simón; esa debe de ser la villa…

Se veía todavía a cierta distancia, por entre pinos y almendros, en una exótica mezcla de colores y formas. Efectivamente, hacía sol en Niza. Un sol tibio, sin demasiada fuerza, pero suficiente para dar a todo una amable luminosidad. En marzo todo florece en Niza: almendros, junquillos, fresias, primaveras, jacintos, albaricoques, mimosas, árboles de Judea, asfódelos, jaras, tomillo, ginestas, tulipanes… Parece que el mundo se llene de colores y aromas. Y al fondo, a la derecha, bajo el cielo azul, el mar, no menos azul, y con franjas de limpio verdor salpicado de crestas blancas…

—Parece que no hay nadie —musitó Simón-Henri, al volante.

Brigitte asintió con la cabeza, pensativamente. Parecía, ciertamente, sumida en el silencio da la soledad absoluta. Se veían cerradas las ventanas llenas de flores… Y por entre ellas, los pinos y los almendros, se veía la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simón—. ¿Vamos allá?

—Tendremos que ir —asintió Brigitte—. Llevo muchos días buscando a Tentáculo para darme por vencida ahora que quizá pueda encontrarla. Nos separaremos para…

—Un hombre —cortó Simón.

Sacó la pistola, mirando hacia el hombre que había aparecido de pronto, dirigiéndose hacia el coche. Un hombre alto, esbelto, de cabellos rubios y rostro irónico, aristocrático. Llevaba unos pantalones blancos, calzado deportivo y un grueso jersey sin cuello. Destacaban sus ojos claros, juveniles.

—Guarde la pistola, Simón —sonrió Brigitte—; yo saldré del coche para hablar con ese hombre.

—Pero puede ser una trampa que…

—Es un amigo.

—¿Otro de sus amigos?

—Otro, en efecto. No salgan del coche.

—Estaremos vigilando a ese hombre.

—Háganlo, si ése es su gusto —rió la espía—. Pero será perder el tiempo. Hasta ahora.

Se apeó del coche, dirigiéndose hacia el hombre tan sorpresivamente aparecido entre los pinos que bordean la carretera de Basse Corniche, rumbo a Mónaco. Brigitte penetró entre los pinos libres, llegó ante el hombre, lo miró sonriente, y, de pronto, le echó los brazos al cuello y lo besó.

Cuando sus labios se separaron, el hombre la miró sonriente.

—Ha valido la pena molestarse por ti —admitió—. ¿Cómo está la agente Baby?

—Tan hermosa y maravillosa como siempre, señor Fantasma —rió la espía—. John, no sabes cuánto me alegro de verte después de tanto tiempo.[5]

—Me conformo con que te alegres la mitad de lo que me alegro yo de verte a ti.

—Entonces, puedes estar satisfecho —volvió a reír la divina.

—*All right*, Baby. Bien…, ¿cómo has tardado tanto? Te envié anteanoche un telegrama al Grand Hotel, de Paris, según tus indicaciones.

—Tuve cosas que hacer en Chamonix.

—¿El manco?

—Así es.

—Bueno, lo siento por él. ¿Esos dos muchachos del coche son de la CIA?

—No, no —mintió Brigitte risueña—. Son dos amigos de aquí, de Europa.

—Claro, claro —sonrió irónicamente Fantasma—. Bueno, voy a decirte lo que sé, Brigitte. No es mucho, y, además, a menos que me necesites inexcusablemente, deberé marcharme: he perdido ya un día en Niza, mientras me está esperando un delicado trabajo en Praga… Temo que en el MI5 me pidan explicaciones.

—¿Al mejor de sus agentes? Oh, vamos, John, no seas tan modesto… ¿Qué tienes que decirme?

—Ahí está la villa, como te decía en el telegrama. Pero ya no está la mujer. Se fue.

—¿Adónde?

—No lo sé. No podía seguirla, y me encuentro solo en Niza, con mucha prisa por llegar a Praga. Todo lo que puedo decirte es que el yate en el que se fue lleva por nombre Armianskaia.

—Armenia, en ruso —musitó Brigitte—. Bien, ya no me extraña eso… ¿No tienes la menor idea de su rumbo, John?

—Hacia el Este. Aparentemente al menos. Mira, Baby, yo puedo quedarme contigo si de verdad me necesitas…

—Has hecho demasiado, John, teniendo en cuenta que debías llevar a cabo otro trabajo.

—Sí, bueno… Pero insisto en que si precisas alguien que te respalde, yo lo dejo todo. No hablo por hablar.

—Lo sé muy bien, señor «Fantasma» —sonrió dulcemente la espía—. Pero no quiero que pierdas tu trabajo por mí. Sólo pedí ayuda de localización, y me la has prestado. Lo demás lo haré sola.

—Está bien… Pero me quedaré más tranquilo si te acompañan tus amigos. Hay dos hombres dentro de la casa, Baby.

—Ah… Es posible, sí. ¿Los conoces de algo, John?

—No… Yo creo que no pertenecen a nuestro mundo. Más bien diría que son un par de asesinos alquilados. Acompañaron a la mujer hasta el yate. Ella se fue, ellos regresaron a la villa, y desde entonces no se han movido de ahí dentro. Realmente, parece que no haya nadie en la casa, ¿verdad?

Se quedaron mirándose los dos, sonriendo burlonamente.

—Sin duda me están esperando —acabó casi riendo Brigitte—. De manera, que vamos a complacerlos.

—Estupendo. Eso sí que no me lo pierdo. Luego me está esperando un avión…

—Ve a tomarlo ahora, John. Cada uno tenemos nuestro trabajo, y no te estimaría tanto si tú fueses de los que hacen mal las cosas: haz tu trabajo. Mis amigos y yo haremos el nuestro.

John Pearson, alias Fantasma, vaciló un instante. Pero acabó sonriendo una vez más.

—All right, Baby. Si fueses otra, me quedaría para protegerte. Pero creo que contigo sería perder el tiempo. Muchas veces he pensado que soy un hombre de suerte, por tenerte como amiga en lugar de enemiga. Creo que viviría muy poco en este último caso.

—Eres un exagerado, John. Y ahora, te lo suplico: ve a tomar ese avión… Por cierto, ¿puedo ayudarte?

—Me parece que los dos sabemos andar solos por el mundo. Pediré tu ayuda, igual que tú, en pequeñas cosas… Y espero que nuestro próximo encuentro sea más… cálido y prolongado. ¿De verdad no quieres que entre contigo en la villa?

Brigitte volvió a besar al espía británico y luego se lo quedó mirando dulcemente.

—Buena suerte, Fantasma.

—Mejor suerte aún, Baby.

John Pearson se alejó a pie, por entre los pinos, en dirección a Niza, silbando y con las manos en los bolsillos, cuidando muy bien de pasar lo más lejos posible del coche donde Simón y Simón estaban esperando a Brigitte. Ésta regresó junto a sus compañeros, y apenas abrir la portezuela vio el rostro tenso de Simón, que tenía la radio de bolsillo en las manos.

—Acaban de llamar —dijo secamente.

—¿Quién? —se asombró Brigitte.

—No lo han dicho. Han llamado, he requerido quién era, y han cerrado la comunicación. Entonces he llamado yo, insistentemente; se oye la señal de llamada, pero quien sea no contesta.

—¿Simón y Simón salieron para Washington?

—Desde luego.

—Entonces… Entonces es alguien que conoce mi frecuencia de radio para operaciones personales en Europa, ¿no es así. Simón?

—Así es. Lo cual resulta en extremo peligroso.

—Lo sabremos pronto. La radio. Simón.

Se sentó junto a él y accionó la radio. Dejó que efectuase dos llamadas y cortó. Volvió a llamar, ahora con tres llamadas, y volvió a cortar. Por último, llamó otras dos veces y cortó de nuevo.

—¿Qué está haciendo?

—Ssst —sonrió Brigitte.

Casi en el acto su radio emitió la señal de llamada: bip-bip. Sólo dos veces, y se cortó.

Luego, tres veces. Por último, otras dos veces… Y Brigitte admitió entonces la comunicación inmediatamente.

—Baby al habla —dijo, sonriendo.

—Ibrahim el Kefer. Ven a la casa. Sola.

—Voy.

Cerró la radio y la devolvió a Simón, que gruñó:

—¿De verdad piensa entrar sola en la villa?

—Si Ibrahim me dice que lo haga, es que puedo hacerlo. Queden tranquilos, pero vigilando bien.

—¿Quién es Ibrahim El Kefer? Brigitte lo miró sonriente.

—Un amigo.[6] Como ve, Simón, ni uno solo de los cuatro a los que recurrí ha dejado de responder. ¿No es maravilloso? Quédense aquí los dos.

Volvió a apearse y se dirigió hacia las verjas. Las dos grandes puertas de rejas estaban cerradas, pero Baby se limitó a saltarlas ágilmente, escalándolas con absoluta facilidad. Luego, del todo despreocupada, fue hacia la casa por el sendero amplio, aspirando el olor a flores, a mar y a pinos… La puerta de la casa estaba abierta, de modo que sólo tuvo que empujarla y entrar. Se quedó mirando al hombre que la estaba esperando. Un hombre muy alto, de hombros anchísimos, ojos negros, perfil de águila: Ibrahim El Kefer, «Alexandria», Wilhelm von Steinheil… Otro de los fabulosos amigos de la espía Baby; un hombre tan fuera de serie como «*Mr*. Fantasma» o Número Uno. Tenía unos gemelos en la mano izquierda.

—Ese hombre —dijo—, el que has besado, lleva veinticuatro horas rondando esta villa, casi igual que yo.

Brigitte besó los labios de su amigo, y luego se lo quedó mirando fijamente.

—Wilhelm, ese hombre es también un amigo mío, que aceptó ayudarme cuando se lo pedí.

—Entiendo.

—Entonces, no estés disgustado por un par de besos.

El alemán sonrió. Abrazó fuertemente a Brigitte y la besó varias veces, mientras ella acariciaba su cuello dulcemente…

—A mi edad, y sabiendo quién es la agente Baby, no debería sentirme molesto por esas cosas. Sé que tu corazón es muy grande y generoso, Brigitte, tiene demasiada… cabida.

—Nunca se tiene demasiado grande el corazón, Wilhelm. Mmm… Supongo que me has enviado noticias al Grand Hotel, pero yo estaba en Chamonix, y de allí he venido a Niza.

—El manco fue a Chamonix.

—Lo sé. Un agente francés me avisó… Creí que había dos hombres aquí dentro, en la casa…

—Ven.

Le pasó un brazo por los hombros y la llevó al *living*. Había un bulto al fondo, cubierto por una sábana. Wilhelm von Steinheil la quitó… Y ante los ojos de Brigitte quedaron tres cadáveres. Uno de ellos tenía dos alargadas quemaduras en el rostro.

—¿Tres? —musitó Brigitte.

—Cuando la mujer se fue, estos dos la acompañaron hasta un yate llamado Armianskaia. Luego regresaron. Pero mientras el hombre al que has besado antes los seguía, yo me adelanté a ellos. Me escondí en el jardín. Resultó que mientras tu otro amigo y yo íbamos hasta el yate, otro hombre había entrado aquí… Los dos amigos de la mujer que tú buscas lo sorprendieron dentro… Y lo mataron. Es éste. Luego se quedaron tranquilamente en la casa. De cuando en cuando sacaban sus pistolas y miraban hacia la carretera… Tardé muy poco en comprender que estaban esperando a alguien para tenderle una trampa… Es decir, la trampa ya estaba tendida.

—Y la víctima era yo.

—Eso pensé. De manera que entré aquí, en la casa, por la cocina. Sorprendí allí a uno —señaló al de las quemaduras en el rostro—, y lo dominé sin matarlo… Pero el otro se precipitó cuando fallé el intento de sorprenderlo también, y tuve que dispararle… Mientras tanto, el hombre que has besado estuvo afuera. Ha estado afuera toda la noche, sin intentar acercarse. Por lo tanto, no se ha enterado de nada.

—Él sabía que yo sólo quería informes, no acción, Wilhelm.

—Bien… Ha sido más obediente que yo, ¿no es eso?

—Y también más frío. ¿Qué más pasó aquí dentro?

—Esperé a que el hombre al que había sorprendido primero recobrase el conocimiento. Me dijo que no conocía al que habían matado…

—Desde luego que no —musitó lúgubremente Brigritte—. Ese hombre era un amigo de Número Uno. Y con toda seguridad habrá otro de sus amigos que estará siguiendo el yate Armianskaia, ya que Número Uno debió de dejarles instrucciones concretas antes de ir a Chamonix.

—¿Número Uno? —musitó von Steinheil—. Pero oí el rumor de que había muerto…

—Para sus amigos, todavía está vivo.

—Entiendo… Bien, creo que contando con la ayuda de Número Uno, ni siquiera debiste acordarte de mí. Él ha sido… y es, según parece, el mejor espía en Europa de todos los tiempos.

—No vamos a discutir eso, Wilhelm —rió la divina—. De todos modos, me alegro de haber recurrido a mis cuatro amigos: es muy agradable comprobar que la amistad es buena y permanente. ¿Qué más pasó aquí?

—El hombre que quedaba vivo, después de decir que no conocía al que habían matado él y su compañero, se negó a decirme nada más. Entonces tuve que convencerle de que su actitud me disgustaba. Puse al rojo un cuchillo y le di un par de cortes en la cara… Se convenció enseguida de que no estaba bromeando ni fanfarroneando.

—A veces —musitó Brigitte—, creo que eres de verdad un jeque árabe indiferente y cruel. ¿Qué conseguiste que te dijera?

—Todo lo que sabía, según él. Una mujer que decía llamarse Marie Leblanc y ser francesa, pero que no lo era, los había contratado. Pagaba muy bien, y ellos, simplemente, la obedecían. Cuando les dijo que se iba, les ordenó protegerla hasta el yate. Luego les pagó para que esperasen aquí a una mujer… Una chica joven, de ojos azules y cabello muy negro, muy hermosa. Tenían que apresarla, si podían. Ella llamaría dos veces al día, y cuando tuviesen a la muchacha de los ojos azules les diría lo que tenían que hacer. Sin embargo, en el supuesto que la atrapasen poco después de haber hecho ella una de las llamadas, no debían esperar doce horas hasta la siguiente, sino partir en una lancha alquilada hacia Portoferraio, en la isla de Elba…, llevando a la muchacha con ellos.

—Portoferraio, Archipiélago Toscano, ante la costa meridional de Italia…

—A unas ciento cuarenta millas de Niza —sonrió secamente Alexandria—. ¿Nos vamos ya?

—Iré sola, Wilhelm.

—¿Sola? ¿Por qué? Te he ayudado otras veces…

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero ha sido siempre en trabajos no relacionados directamente conmigo. Esa mujer, estoy segura, dependía técnicamente de Stanislas Pogorky, el hombre manco de la fotografía que te envié a Berlín. Ahora, muerto Pogorky, ella no

sabe muy bien qué debe o puede hacer. Está huyendo. Su propósito de desprestigiar a la CIA en todo el mundo, cometiendo asesinatos sucesivos en todos los continentes, se ve, por lo menos, aplazado. En realidad, está vencida… Ese asunto, el de la espía Baby trabajando para la CIA en beneficio de la CIA misma, y de otras personas, está ya arreglado. Dentro de dos días, quizá tres, los periódicos mundiales comentarán la verdad del caso de los estudiantes norteamericanos asesinos… Eso está ya solucionado. Pero ahora, Wilhelm, quiero saber por qué esa mujer ha querido matarme también a mí, de un modo especial, con ahínco.

—¿A ti?

—En varias ocasiones. Sabe quién soy, dónde vivo… Supongo que cuando Stanislas Pogorky escapó de cierta redada en un arrecife, recurrió a ella, y luego la ayudó, la… asesoró. Ahora yo quiero saber por qué este odio especial hacia mí. Y quiero que me lo diga ella, que me lo explique. Sobre todo que me diga por qué quiere matarme con un lanzallamas… Es una venganza, Wilhelm… Una venganza contra mí, pero no acabo de comprenderla.

—¿Esa mujer quiere matarte quemándote con un lanzallamas?

—Sí.

—¿Y quieres ir sola a enfrentarte con ella?

—Sí, Wilhelm. Para trabajos generales, acepto ayuda de cualquiera de mis buenos amigos, como tú. Pero se trata ahora de que yo quiero convencerme de si sé proteger adecuadamente mi vida en todo momento, sin ayuda. Si no es así no debo seguir trabajando para la CIA.

—Ni para nadie. Si resulta que no sabes defenderte sola, esa mujer te matará.

—Es un riesgo estúpido el que quiero correr, ¿no es cierto?

—No —musitó «Alexandria»—. Creo que no. Te comprendo.

—Gracias. Voy a ir a Portoferraio, Wilhelm. Calculo que puedo llegar allá hacia las siete de la tarde, en una buena lancha, que luego me servirá para buscar el yate Armianskaia por esas aguas italianas. Mientras tanto, tú me harás otro favor.

—¿No iré contigo?

—No.

—Está bien —dijo roncamente el alemán—. Quizá volvamos a vernos otra vez, muy pronto… ¿Qué tengo que hacer?

—Llama por teléfono a Logis Mont-Blanc, en Chamonix, y pide por el *signore* Tomasini. Hablaréis en italiano. Y le dices al *signore* Tomasini, de parte de Baby, que venga a recoger a su amigo a Ville Bouganville; y que el otro, o los otros, quizás estén camino de Portoferraio, siguiendo un yate llamado Armianskaia; que convendría que los avisara para que dejen ya el trabajo.

—¿Eso es todo?

—Todo.

Wilhelm von Steinheil asintió sombríamente con la cabeza.

—¿Te espero en Niza? —musitó.

—No podré volver, Wilhelm. Si salgo con vida, deberé volar inmediatamente a Washington, para ordenar todos los datos y redactar el informe final… ¿Hasta la vista, mi amor?

El alemán besó suavemente los labios de Brigitte y luego susurró:

—Hasta la vista.

* * *

—Ahí viene —dijo Simón.

El otro Simón abrió la portezuela de atrás cuando Baby llegó al coche. La espía se sentó, suspirando.

—Vámonos, Simón.

—¿Adónde?

—Al puerto de Niza. Tenemos que alquilar o comprar una lancha veloz, para llegar antes de la noche a Portoferraio.

—Si tanta prisa hay, podríamos buscar un helicóptero que…

—Quiero llegar en lancha. Es menos aparatoso. En un puerto de mar, lo normal son las embarcaciones, ¿no?

—Pero si tanta prisa tiene…

—No… No hay prisa. El yate Armianskaia estará todavía allí por lo menos hasta mañana, esperando la buena noticia de que Baby ha sido apresada.

—¿Qué yate ha dicho?

—El Armianskaia… O sea, el «Armenia», exactamente. Vamos a por esa lancha. Y mientras tanto les explicaré todo lo que he averiguado…

—¿Qué ha pasado en la casa?

—He visto a otro amigo. En marcha… Se pondrá el punto final en Portoferraio, ahora que Tentáculo, según creo, se ha quedado sin ayuda…, desamparada. Es el momento de atacar en serio.

Capítulo XVI

Llegaron a Portoferraio hacia las seis y media de la tarde. Y pocos minutos después veían el yate Armianskaia, anclado como trescientas yardas mar adentro, frente a la costa nordeste de Portoferraio, algo lejos del pueblo.

Brigitte lo estaba examinando con unos pequeños prismáticos cuando oyeron el zumbido de los motores de una lancha acercándose velozmente. Vieron la estela de blanca espuma al rojo sol del atardecer, y por delante, la lancha, azul y blanca, rodeada de espuma pulverizada, con los colores del arco iris.

Los tres agentes de la CIA se miraron. Simón y Simón sacaron sus pistolas. Brigitte abrió su maletín y montó rápidamente el tubofusil.

—Manténganlos alejados —susurró—. Los voy a hundir con una granada rompedora.

Sacó una granada diminuta, que parecía un dardo, y la dejó caer en el tubo, invertida… Para entonces, la lancha dejaba oír su sirena, en una señal que los tres identificaron: CIA.

—Puede ser una trampa —musitó Simón.

—No lo creo —contradijo Brigitte—. A fin de cuentas, nuestros compañeros de Europa también han estado buscando a Tentáculo. Y si la han encontrado otros espías, ¿por qué no habían de encontrarla ellos?

La lancha se acercaba, ya a motor parado, siguiendo el impulso de la marcha. Un hombre se destacó en la popa, dejando caer el anclote al mar. Había otro, al volante de la embarcación. Y otros dos en la borda. No parecían tener armas al alcance, por el momento.

Por fin, la lancha se detuvo, casi tocando la de Brigitte, Uno de los dos que estaban en la borda, sin hacer caso de las pistolas de Simón y Simón, miró a Brigitte.

—¿Agente Baby? —preguntó.

—Sí.

—CIA —se presentó—; personal en Europa al mando del señor «Europa», jefe del continente. Le hemos estado enviando avisos a París, Chamonix… La hemos buscado en Niza. Finalmente, uno de nuestros compañeros allá nos avisó por la radio de que había salido de Niza en una lancha, después de visitar Ville Bouganville. La vieron con un agente del MI5… Y cuando usted abandonó la casa, como media hora más tarde, un hombre enterró a tres en el jardín. Nuestro compañero de la villa supuso que ambos eran amigos… personales de usted, y han dejado correr el asunto.

—Magnífico trabajo —aprobó Brigitte—. Estaba decepcionada de la CIA en Europa, compañero. ¿Por qué no han entrado en contacto conmigo, sin embargo?

—¿Para qué? Siempre preferimos la seguridad, el no contacto… Sobre todo cuando usted, por otros medios, ha ido llegando al lugar deseado. Noticias de Washington: Horace Blake, el muchacho de Hong Kong, y Leslie Bowles, el de Chamonix, han llegado sanos y salvos a la Central. Están estudiando sus declaraciones «espontáneas» a la rueda de prensa que ofrecerán pasado mañana. Se está esperando el informe final de la agente Baby para cerrar el caso. En eso se confía, al menos.

—Magnífico —musitó Brigitte, señalando hacia el Armianskaia —. Voy a poner el punto final ahora.

—De acuerdo. Vamos a ese yate.

—Voy a ir sola.

El agente de la CIA que mandaba aquel grupo en lancha frunció el ceño y se quedó mirándola casi irritado.

—¿Está loca? —preguntó descortésmente.

—No estoy loca. Pero iré sola a ese yate.

—No irá sola. Tenemos órdenes expresas de la Central, una consigna inapelable: proteger la vida de la agente Baby. Y nosotros vamos a obedecer esa consigna incluso contra su voluntad. La CIA nos indica que bajo ningún pretexto podemos permitirnos el lujo de perder una agente como usted.

—Lo mismo debían de pensar, hace meses, respecto a Número Uno.

El espía enrojeció.

—No tuve nada que ver con aquello, Baby.

—Todos tuvimos algo que ver con aquello. Ahora, puesto que dispone de radio para comunicarse con Niza, hágalo. Y que ellos envíen este mensaje a la Central, de parte de Baby: o voy sola a ese yate, o dejo de trabajar para la CIA ahora mismo.

—¿Por qué esa terquedad? —Gruñó el otro.

—Porque sólo seguiré trabajando para la CIA si estoy segura de que puedo valerme por mí misma. No me gustan los guardaespaldas fijos.

—¿No quiere nuestra ayuda? ¿Y ellos dos? —señaló a Simón y Simón—. ¿Acaso no han estado ayudándola en todo momento?

—Contra mi voluntad y mientras yo he considerado que no iba en menoscabo de mi seguridad en mí misma. Ahora, llega el punto final, y quiero ir sola. Puedo proponerles algo.

—¿Qué cosa?

—Ellos dos pasarán a su lancha. Yo iré sola en ésta, hasta el yate. Y ustedes lo cercarán, por si algo no va bien. No teman: la agente Baby no va a morir, porque si veo las cosas mal dadas, saltaré al mar, y entonces intervengan ustedes. Pero tanto en este caso como en el de su negativa a consultar a la Central, dimitiré de la CIA. Soy de los que opinan que los inútiles deben retirarse. ¿Va a llamar a la Central? ¿O acepta mi propuesta?

—Un momento —susurró Simón—. ¿Debemos entender que si no la dejamos ir sola al Armianskaia, la CIA va a perderla de todos modos?

—Exactamente, Simón. Dimitiré, por decirlo de algún modo.

—Entonces, vaya sola al yate. Sólo es su vida lo que se juega, Baby. Y estoy seguro de que en la Central preferirán arriesgar su vida a perderla a usted como agente.

—Desde luego que lo preferirán —miró al de la otra lancha—. Bien, ¿qué dice usted?

—Sólo le deseo la mejor suerte del mundo. Salten ustedes a esta lancha. Vigilaremos desde una distancia conveniente el trabajo final de la agente Baby.

Simón y Simón se quedaron mirando a Brigitte. Ésta les tendió la mano, sonriendo; la aceptaron en silencio y luego, sombríos, saltaron a la otra lancha. Brigitte pasó al volante y desde allí les tiró un beso con los deditos.

—Hasta pronto a todos, queridos.

Puso la lancha en marcha, hacia el yate.

—Está loca —insistió el agente de la CIA.

—Seguramente conseguirá lo que pretende —musitó Simón—. Nosotros vamos conociéndola bien. Pero, de todos modos, estemos atentos: ese yate, muera o no muera la agente Baby, no debe escapar.

—No escapará. Y mientras esperamos, observemos qué es capaz de hacer esa muchacha loca.

* * *

Brigitte detuvo la lancha a menos de sesenta yardas del yate, y se quedó mirando fríamente a los dos hombres que estaban observándola desde la borda. Quitó la granada rompedora del tubofusil y colocó otra granada, que contenía une ampolla de gas fulminante. Se incorporó de pronto, y, sin dar tiempo a los dos hombres a sorprenderse, los apuntó brevísimamente y disparó. Captó perfectamente el gesto de uno de ellos al llevarse la mano al pecho, donde se había estrellado la ampolla… El otro se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón… Y los dos rodaron por la cubierta, de pronto, fuera del alcance de la vista de Baby.

Ésta asió el remo de emergencia, e impulsó la lancha hacia el yate, sin necesidad de los motores. Llegó a proa, arrimó la lancha a la cadena del ancla y se agarró con fuerza a los eslabones, llevando fuertemente sujeto con los dientes su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Empezó a subir.

Se oía el rumor del mar, y el sol iba tomando unas estridencias rojas y moradas, casi negras. Detrás de la espía, a conveniente distancia, Puertoferraio. A la derecha, la solitaria playa.

Estaba ya casi tocando la borda, cuando detuvo su marcha, aferrándose a la cadena del ancla con las piernas y un brazo. Utilizó la mano libre para hurgar en el maletín. Sacó la boquilla, se la colocó entre los dientes, tras sujetar el maletín con la mano y tirarlo a la cubierta del yate, por encima de la borda, y luego subió ella.

Todavía no había conseguido ni siquiera acabar de escalar la borda, cuando vio al hombre, ante ella, mirándola ceñudamente y

apuntándola con una pistola. Llevaba ropas idénticas a los otros dos: pantalones azules y jersey negro. Tenía en la mano izquierda el maletín de Brigitte.

Dijo algo, pero Brigitte, todavía sin saltar a cubierta, movió negativamente la cabeza.

—Hable en ruso, al menos —pidió—. No entiendo el armenio.

—Suba… Ella la está esperando.

—Ah.

Sopló con fuerza en la boquilla, y en lugar de subir a bordo, se dejó resbalar hacia abajo. Supo que el hombre había notado el aguijón de la aguja con narcótico en la cara, y que su reacción inmediata debía ser disparar. Notó el chasquido de la bala por encima de la borda, pero no oyó estampido, ni ruido alguno… Si acaso, casi enseguida, el rumor de algo rodando por la cubierta.

Entonces, subió a bordo, por fin. Miró al hombre, que tenía para dos horas de sueño, como mínimo, igual que los otros dos. Recogió el maletín y sé dirigió resueltamente hacia las compuertas que llevaban al interior del yate. Las abrió, y vio los peldaños de madera… Abajo no se oía nada. Descendió lentamente, todavía sin sacar su pistola, y con la ya inútil boquilla entre los dientes…

Estaba dando el último paso en el pasillo descendente, cuando vio a los dos hombres, uno a cada lado de la entrada, que aparecían ante ella de pronto… Su trampa surtió efecto: cada brazo de Brigitte Baby Montfort quedó sujeto por dos manos grandes y ásperas, rudas. Ni la más pequeña posibilidad de soltarse de ellas. Además, no lo intentó. Uno de los hombres le arrancó el maletín de un manotazo, y lo tiró hacia arriba, hacia cubierta. Al parecer, no querían más trucos de la agente Baby.

Enseguida, apareció Tentáculo, saliendo de uno de los camarotes. Y esta vez al natural, Brigitte estuvo segura de ello. Era una mujer, en efecto. Una mujer menuda, seca, vestida completamente de negro, grises y blancos los cabellos, ojos pequeños, negrísimos, ardientes, de forma mongólica, brillando cruelmente, con un odio tan feroz que la espía Baby notó un helado estremecimiento. Era como una rama seca vestida, con los dos puntos malignos de los ojos feroces. Una mujer tosca, áspera, ruda, de manos sarmentosas, huesudas, como garras. Su rostro estaba muy tostado por el sol, como quemado incluso; ajado por el viento,

por el sol, por el frío.

Tan sólo su presencia era como una desagradable sensación de amenaza, de miedo…

Llevaba una extraña pistola en una mano. Una pistola grande, de casi quince pulgadas de longitud.

La mujer se adelantó y, todavía sin decir palabra, sin preámbulo alguno, alzó su mano libre, hacia el bello rostro de la espía internacional, que lo que menos podía esperar era aquello: la mano se crispó, como una garra, y las uñas se clavaron en su carne… Luego, la mujer espantosa tiró hacia abajo, rasgando la piel y la carne de Baby Montfort, dejando cuatro finos surcos en la delicada mejilla de la más hermosa espía de todos los tiempos.

Baby palideció, pero ni siquiera se movió. Sus azules ojos estaban fijos en aquellos negrísimos, ardientes como fuego negro, implacables.

—Vas a morir —dijo la mujer, en ruso, de un modo que habría resultado teatral en otras circunstancias—. Vas a morir, Brigitte Montfort… Pero, antes, tendrás que pedírmelo, suplicármelo… Me pedirás que te mate… ¡Me lo pedirás llorando!

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente la espía.

—¿No me reconoces? ¿No ves en mí ningún rasgo que te sea familiar?

—No…

—Mírame bien… ¡Mírame bien!

—Es inútil… No la conozco. La he visto en varias ocasiones, siempre bajo un disfraz diferente… Pero no la conozco. A Stanislas Pogorky sí lo conocía… Pero él está muerto ahora.

—Ya lo sé. Tú lo has matado… Eso significa que durante algún tiempo, hasta que encuentre a otro hombre capaz de guiarme por el mundo del espionaje, deberé permanecer inactiva. Pero no importa… No me importará esperar para intentar de nuevo cualquier cosa contra toda la CIA… No me importará esperar, porque tú ya estarás muerta. Llevo meses preparándolo todo, bajo la dirección de Stanislas… He sabido esperar… y sabré esperar de nuevo. La CIA no se librará de mí tan fácilmente. Encontraré otro hombre, o varios, que querrán trabajar para mí, en todo el mundo… ¡Y no descansaré hasta acabar con la CIA!

—¿Acabar con la CIA? —musitó Brigitte—. Está usted loca…

Podrá quizás acabar conmigo, pero no con la CIA Nunca.

—Ya se verá eso, agente Baby… Primero quise acabar contigo, y quizás eso fue una equivocación. Luego, pensé que podrías serme más útil estando viva. Quería matarte junto a alguno de los estudiantes de tu país, y así, la presencia de la CIA en el atentado de aquel día, habría sido más evidente… Pero ya no voy a esperar más…

—Dentro de dos o tres días, el mundo sabrá que la CIA no ha tenido nada que ver en esos asesinatos o intentos de asesinatos.

—Buscaré otro sistema. Con el dinero que tengo puedo encontrar hombres que preparen algún plan diabólico… Sé que lo conseguiré… ¡No me detendré hasta terminar con la CIA! Pero, ahora… ahora voy a terminar contigo…

—¿Con un lanzallamas?

—No… Has ido destrozando tanto mis planes, obligándome a ir de un lado a otro, que ni siquiera aquí, en mi refugio actual, tengo un lanzallamas… Pero fíjate en esta pistola que Stanislas me consiguió hace unas semanas en Checoslovaquia… Es una pistola eléctrica, con tres posiciones, tres potencias de corriente. Una, para producir quemaduras leves y provocar calambres. Otra, para producir quemaduras horribles… Y otra, cuya potencia eléctrica es suficiente para electrocutarte… Mira… Pruébala.

Colocó la punta de la pistola en el vientre de Brigitte y oprimió el disparador, mirando los ojos de Brigitte, que se había propuesto no parpadear siquiera, por mucho dolor que sintiera… Pero no fue sólo dolor… Fue la lacerante sensación de tener una brasa en el vientre, al mismo tiempo que se estremecía con tanta fuerza que casi se soltó de los brazos de los dos hombres… Sólo un instante. Enseguida, ellos tuvieron que sostenerla, porque sus piernas se doblaron, su cabeza quedó colgando sobre el pecho, blandamente…

La horrenda mujer asió sus cabellos y le alzó la cabeza de un violentísimo tirón. Su delgadísima boca apenas se movió, al musitar:

—Y antes de electrocutarte, voy a destrozarte… Te quemaré los ojos, la lengua, las manos… Quiero abrasarte viva… Quiero que mueras igual que él… ¿Lo recuerdas?

Brigitte parecía no tener fuerzas ni siquiera para hablar:

—¿Se… refiere a… Najo Vakan…?

—¡Sí! —Chilló la mujer—. ¡A él me refiero! ¡A Najo Vakan, al hombre que, con el nombre de «Octopus», y dirigiendo su organización, podría haber sido el amo del mundo si tú no hubieras intervenido! ¡A él me refiero, a Najo Vakan, a mi hijo!

—¿«Octopus» era… era su…?

—¡Mi hijo! ¡Primero la MVD y luego la CIA fueron contra él! Pero sólo tú… sólo tú pudiste vencerlo, matarlo…

—Lo mató un espía ruso, llamado Yuri Sivonov. No fui yo quien abrasó vivo a su hijo con el lanzallamas.

—Lo sé… Stanislas pudo escapar, herido, y consiguió llegar a mi domicilio en Armenia… Yo lo tenía todo… Mi hijo me enviaba mucho dinero continuamente… ¡Y sabré emplearlo en vengarlo! ¡Kira Sadja Vakan sabrá vengar a su hijo! Pagaréis cabeza por cabeza, ojo por ojo, mano por mano… ¡Lo pagaréis todo! Es cierto…, tú no lo mataste… ¡Pero el espía ruso pudo hacerlo gracias a ti! ¡Tú fuiste la causante de que la organización «OCTOPUS» fuese destruida, y mi hijo quemado vivo…!

—Es cierto. Yo fui la causante de todo. Y debo decirle que me alegro, porque su hijo estaba tan loco como usted misma.

Kira Sadja Vakan lanzó un alarido. Alzó de nuevo la pistola, la apoyó en el vientre de Brigitte y oprimió el disparador… La agente Baby volvió a notar aquella brasa en su carne, y de nuevo se estremeció fuertemente, notando en su cuerpo la descarga eléctrica de escasa potencia.

Y de nuevo pareció relajarse, a punto de rodar por el suelo…

Sólo que aquella vez ya no quiso continuar fingiendo. No quedó colgando blandamente de los brazos de los dos hombres, sino que se tiró hacia delante, soltando por sorpresa sus brazos de aquellas manos grandes y rudas, cargando con toda su fuerza contra Kira Sadja Vakan, que lanzó un chillido de rabia cuando el fino cuerpo de la espía golpeó contra el suyo, alzándola, enviándola lejos por el aire y luego rodando por el suelo, como un horrible fantasma negro y sarmentoso. La pistola eléctrica escapó de aquella garra humana y Brigitte saltó en su busca.

Sus finos deditos se estaban crispando en la gran culata cuando oyó el nuevo grito de la mujer:

—¡No la matéis! ¡La quiero viva!

Casi al mismo tiempo, el brazo de uno de aquellos hombres

rodeaba su garganta, en el primer movimiento para inutilizarla, inmovilizarla. Y a pesar de la enorme mole que representaba aquel hombre, la espía de lujo de la CIA clavó sus dedos en el tríceps del grueso brazo, se inclinó hacia delante, y el hombre salió disparado por encima de ella contra la pared… El golpetazo fue tan fuerte que pareció que el yate fuera a desencuadernarse, con fuerte vibración.

Baby acabó de incorporarse cuando el otro gigante se cernía sobre ella, abiertos los brazos, como un oso. Los brazos se estaban cerrando rápidamente cuando la espía apoyó la punta de la pistola eléctrica en el vientre del hombre, y casi simultáneamente movió la palanca de cambio de voltaje y apretó el disparador.

El hombre no acabó de abrazarla. Lanzó un chillido y salió disparado hacia atrás, llevándose las manos al vientre… Resbaló sobre su espalda hasta llegar bajo uno de los redondos ventanales, y quedó allí como muerto, con un negro agujero en el vientre, y dejando tras él un irritante olor a carne quemada.

Brigitte se volvió velozmente hacia el otro, que había rebotado furiosamente y cargaba contra ella con toda la potencia de su gigantesca estatura y poderosos músculos… El encontronazo fue tan fuerte, que Baby salió despedida hacia atrás, como una hoja al viento… La pistola eléctrica escapó de su mano, y ella dio contra el tabique, de espaldas y cabeza, y cayó sobre el hombre que seguía oliendo a carne quemada…

El otro, siguiendo el brutal impulso de su marcha, se había estrellado contra el tabique también, pero hacia el ángulo de la sala de recreo del yate. Fue un rebote estruendoso, y de nuevo pareció que el yate fuese a saltar en pedazos.

Pero el hombre conservaba todas sus energías. Se volvió hacia Brigitte, que estaba tendida en el suelo, junto a su compañero, y pareció estudiarla, vacilar antes de volver al ataque, en realidad todavía atónito ante el hecho de que aquella mujercita de dulces ojos lo había alzado por encima de ella segundos antes para estrellarlo contra la pared.

Kira Sadja Vakan se arrastraba hacia la pistola eléctrica, gritándole al hombre que no la matase, que la atrapase viva… Y lanzó un chillido de satánica alegría cuando sus huesudos dedos recuperaron la pistola.

—¡Agárrala! —gritó—. ¡Pero no la mates!

El hombre se acercó a Brigitte, con las manos por delante, vigilantes sus ojos oscuros… Tardó un segundo de más en comprender la verdad de la inmovilidad de aquella pantera de ojos azules. Y cuando lo comprendió y quiso llevar la mano derecha hacia el bolsillo trasero del pantalón, ya era demasiado tarde…

Brigitte había sacado la pistola del bolsillo del otro hombre.

Sólo tuvo que alzarla y disparar. Y sabía que para detener a aquel hombre no bastaría una bala, a menos que su efecto fuese fulminante…

Por eso, la bala que salió con apagado «plop» de la silenciosa pistola, fue directa a la frente del hombre.

Fulminante.

El hombre saltó hacia atrás y cayó de espaldas, muerto.

Brigitte volvió inmediatamente la pistola hacia Kira Sadja, que la miraba con ojos desorbitados, estremecida de odio. La espía se puso lentamente en pie, apuntándola con la pistola.

—En pie —ordenó a la bruja, manteniéndose alejada de ella.

Kira Sadja empezó a ponerse en pie. De pronto, lanzó uno de aquellos horribles gritos de furor y se lanzó contra Brigitte, con el disparador de la pistola eléctrica apretado… Una vibrátil línea azulada apareció en la boca del arma, como un relámpago en miniatura, igual que en los experimentos en siniestros laboratorios. Se oyó el fino siseo del arco eléctrico, que se acercó a Brigitte, de manos de Kira…

La espía se apartó velozmente, y Kira Sadja pasó por su lado… Y el arco eléctrico pasó a menos de cinco pulgadas del pecho de Brigitte, que en su espanto, en su prisa por esquivarlo, tropezó y cayó de espaldas… Kira Sadja se detuvo, como un gato sarnoso que ha pasado de largo por delante de su presa, y se volvió. Cargó de nuevo contra Brigitte, siempre apretado el disparador… La espía quedó sentada en un rincón, despavorida la expresión, fijos sus ojos en aquella descarga eléctrica que de nuevo iba hacia ella.

—¡No se acerque! —gritó—. ¡No se acerque, o disparo…!

Kira no le hizo el menor caso. Se plantó delante de ella y adelantó fieramente la pistola. Brigitte rodó hacia un lado, escapando del rincón…

Y allá, en el ángulo formado por los dos tabiques, se oyó el chisporroteo de la madera, que se ennegreció en el acto en un gran

boquete humeante. La espía ya no esperó más.

Apuntó brevísimamente y disparó. La bala, tal como se había propuesto, dio en un muslo de la arpía, que cayó de bruces al suelo… Pero siempre manteniendo fuertemente asida la pistola. Como si no sintiese dolor alguno, empezó a arrastrarse hacia Brigitte, rugiendo de rabia, gritando, aullando…

Brigitte corrió hacia la escalera que llevaba a cubierta, y ascendió tres escalones de un salto; se volvió allí, apuntando con la pistola a la mujer, que pareció comprender la inutilidad de su esfuerzo y yacía ahora inmóvil en el suelo, en el centro de la pieza, fijos sus ardientes ojos en la espía.

—No se mueva más —jadeó Brigitte—. Ya basta. No quiero matarla, Kira Sadja Vakan Pero vendrá conmigo a Estados Unidos. Hay muchas cosas que tendrá usted que explicar allá… Muchas cosas, que serán difundidas por todo el mundo…

—Maldita… —jadeó Kira—. ¡Maldita, MALDITTTAAAA…!

—Suelte la pistola, tírela lejos. Unos amigos míos van a venir a buscarla. ¡Le digo que la suelte!

Pero Kira Sadja Vakan, evidentemente, no pensaba hacerle el menor caso. Por el contrario: colocó la pistola en posición para electrocución, y, ante la espía, que quedó paralizada por el horror, apoyó la punta del arma en su seco pecho y apretó el disparador.

Aquel fue el horrible final del último tentáculo de la organización «OCTOPUS»… Punto final en Portoferraio.

Este es el final

Recluida en uno de los despachos secretos de la CIA en Langley, Washington, la espía de categoría de lujo Brigitte Baby Montfort acabó de hablar ante el magnetófono. Quedó pensativa unos segundos y, por fin, encendió un cigarrillo y se recostó en el sofá, suspirando. El despacho estaba solamente iluminado por una lámpara de pie, junto al sofá. Delante de éste, una mesita redonda, de cristal. Y sobre ella, cigarrillos, fotografías, apuntes mecanografiados…

Brigitte apretó un botón que había en el brazo del sillón y casi al instante se abrió la puerta del despacho, dejando paso a *mister* Cavanagh, el jefe central directo de la espía Baby. El hombre se acercó al sofá, tras cerrar la puerta, mostrando aquella leve cojera inconfundible. Se detuvo delante de Brigitte, que lo miró lánguidamente, con suave sonrisa.

—¿Ha terminado, Baby?

—Así es. Pueden enviarlo a los mecanógrafos cuando guste, señor. Está todo. ¿Podré regresar ahora a casa?

Mister Cavanagh se sentó en la punta del sofá y tendió un montón de periódicos a la agente secreto.

—Noticias de todo el mundo. La verdad sobre los jóvenes universitarios norteamericanos que se convertían en asesinos por mandato de la CIA.

—No me interesa la lectura ahora —sonrió Brigitte—. Sé muy bien que esa parte está solucionada. Y ahora, con mi informe interior, el caso queda cerrado para la CIA Y espero que para mí. A menos… a menos —sonrió deliciosamente— que todavía quede por ahí otro tentáculo de «OCTOPUS».

—Usted es capaz de acabar con todos los tentáculos de todos los pulpos, Baby.

—Vaya… Muy amable, señor… ¿Qué lleva usted ahí, en esa

caja…? ¿Secretos máximos de la CIA?

—Por supuesto que no. ¿Está… dolorida?

Brigitte alzó las cejas, sorprendida. Pero de pronto alzó sus deditos hacia las cuatro estrías secas que se veían en su mejilla.

—Ah… ¿Se refiere a esto?

—Sí.

—Bueno… No creo que tenga demasiada importancia. De todos modos, agradezco mucho su interés. Espero que pronto podré ponerme en manos de un cirujano plástico, que dejará mi rostro tan dulce y hermoso como siempre.

—La CIA le ofrece sus servicios para esto, Baby.

—La CIA, según me va pareciendo, es muy amable conmigo. Pero tengo mi propio cirujano para estos casos.

—Sí… Bien… El caso es que tengo entendido que sufrió otras heridas…

—Oh, sí… Un arañazo parecido en el seno derecho. También quedará del todo invisible, como si jamás hubiera tenido el menor rasguño. Se lo enseñaré cuando haya sido curado, y le apuesto algo a que no verá ninguna señal o cicatriz.

—Bien —se permitió sonreír *mister* Cavanagh—. Esperaré impaciente ese momento.

Brigitte rió dulcemente, y de nuevo miró la intrigante caja que llevaba *mister* Cavanagh.

—¿De veras no lleva nada ahí?

—Oh, sí… Algo sí llevo, desde luego. Fui preguntado acerca de sus preferencias sobre un obsequio, y me pareció que éste sería de su agrado.

Mister Cavanagh abrió la caja…, que contenía un recipiente de cristal con guindas y una botella de Perignon 55, todo ello enfriado por medio de hielo seco. Y dos copas, igualmente frías. Cavanagh llenó las dos, ofreció una a Brigitte, y alzó la suya.

—¿Chinchin?

—Chinchin —admitió la espía—. En verdad que la CIA me va resultando más y más simpática. ¿Por qué podríamos brindar, señor?

—Bueno… Sería grato para mí poder llevar al Mando Central la noticia de que la agente Baby ha brindado conmigo por una muy larga estancia entre nosotros, trabajando para la CIA ¿Cree que está

capacitada para poder seguir siendo la admiración del espionaje?

Había una amable sonrisa irónica en los labios de *mister* Cavanagh. Brigitte también sonrió, con aquella ternura inimitable, y alzó su copa. Y musitó:

—Por la agente Baby, niña mimada de la CIA Chinchin.

FIN

Notas

[1] Véase la novela titulada *Organización Octopus*, otra trepidante aventura de la agente Baby. < <

[2] En efecto, algunos estudiantes de New Haven, para probar que su humor es bueno, a raíz del rumor de que la CIA de espionaje estaba introducida en las universidades, encargaron tales chaquetas al «Culynary Institut of America» (Instituto Culinario de América), cuyas letras, ordenadas según el nombre en inglés, son, como puede verse, CIA, igual que las de la Central Intelligence Agency. < <

[3] Véase *Operación Estrellas*, de esta misma colección. <<

[4] Entre otras, *monsieur* Nez ha aparecido en la aventura de Baby titulada *La campana*, también publicada en esta colección. <<

[5] John Pearson, alias «Fantasma» (*Mister* «Ghost», en inglés), es un agente británico, del MI5, gran amigo de Baby. Ha aparecido en varias novelas de esta colección, destacando su intervención en la titulada *Si parla italiano*. <<

[6] Ibrahim El Kefer de alias, y también «Alexandria», es el barón Wilhelm von Steinheil, ex espía alemán, otro amigo de Baby, que ha aparecido en *El espía alemán, Viaje de placer y El coronel Popitek*, todas ellas publicadas en esta colección. < <